



# ANTOLOGÍA RELATA

Talleres Literarios







# ANTOLOGÍA RELATA

CRÓNICA, CUENTO, NOVELA,  
DRAMATURGIA Y POESÍA

Talleres Literarios

# 2018

Red Nacional de Talleres  
de Escritura Creativa



# ANTOLOGÍA RELATA 2018

## CRÓNICA, CUENTO, NOVELA, DRAMATURGIA Y POESÍA

### Talleres Literarios 2018

Red de Escritura Creativa - RELATA

MINISTRA

Carmen Inés Vásquez Camacho

VICEMINISTRO

David Melo Torres

SECRETARIA GENERAL

Claudia Isabel Victoria Niño Izquierdo

DIRECTORA DE ARTES

Guíomar Acevedo Gómez

COORDINADORA GRUPO DE

LITERATURA Y LIBRO

María Orlanda Aristizábal B.

ASESORES GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO

Vanessa Morales Rodríguez

Santiago Cepeda Rebollo

Andrés F. Gómez Rangel

Nicolás Camelo Velásquez (practicante)

EDITORIA

Janeth Posada Franco

© Ministerio de Cultura,

República de Colombia

© Red de Escritura Creativa, RELATA

© Derechos reservados para los autores

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE

ESCRITURA CREATIVA DEL AÑO 2018

CORRECCIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Taller de Edición • Rocca® S. A.

www.tallerdeedicion.com

IMPRESIÓN Y ACABADOS

Stilo Impresores

ALIADOS DE RELATA

BANCO DE LA REPÚBLICA

JEFE DE SERVICIO AL PÚBLICO

Luis Roberto Téllez

DEPARTAMENTO DE RED DE BIBLIOTECAS

BANCO DE LA REPÚBLICA

Sergio Sarmiento

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES

GERENTE DE LITERATURA

Alejandro Flórez

COORDINADOR DE ESCRITURAS DE BOGOTÁ

Ricardo Ruiz Roa

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE DE 2018

ISBN 978-958-5445-23-9



GOBIERNO  
DE COLOMBIA



MINCULTURA



TALLER DE EDICIÓN  
ROCCA

# ÍNDICE



PRESENTACIÓN	II
GANADORES	
NARRATIVA	
MATILDE VARGAS REYES María Eugenia Alonso de Aparicio	15
AMPARO Carlos Alberto Zea Moreno	20
ARENAS MOVEDIZAS Betuel Bonilla Rojas	24
PUESTO 8 Félix Mauricio Molina Leguizamo	28
POESÍA	
TRATADO DE PATOLOGÍA: NOTAS AL MARGEN Lucas Herrera Leiva	33
CÁNCER Jeimy Xiomara Ochoa Bernal	36
ÉPICA PARA LOS HÉROES CAÍDOS Henry Alexander Gómez Ríos	37
VIAJE Carolina Sánchez	40
PIEDRA REPOSADA Luis Alberto Murgas Guerra	41

TEXTOS REPRESENTATIVOS  
ASISTENTES TALLERES RELATA

NODO CARIBE ORIENTE

CUENTO

ALAS DE PALOMA, NEGRAS, NEGRAS César Mora Moreo	47
EL QUINTO TIGRE Guillermo Peinado Ospino	49
A MÍ LO QUE ME GUSTABA ERA TRABAJAR LA TIERRA Deiver Juez Correa	54
LA GUERRA FLORIDA Diana Verónica Méndez Sánchez	57
EL BESO DEL MALIGNO Andreina Barrios R.	59
EL ÚLTIMO MIÉRCOLES Gloria Amparo Tovar Becerra y Andrés Pico Montiel	61
CARRERA CONTRA EL TIEMPO Carlos Schortborgh	63
NO LOS ENTREGAMOS Antonio José Machuca Ortiz	66
LA CARGA Luis Carlos Mantilla Espinosa	68
UN CUENTO DE MIEDO Santiago Javier Reodarod	71

CRÓNICA

VILLANUEVA. ENTRE LUCES Y SOMBRAS Carlos Yesid Lizarazo	74
--	----

## DRAMATURGIA

ALGUNA VEZ FUI NIÑA: LIBRETO CONTRA EL TRABAJO INFANTIL Yeritza Viana Moreno	82
--	----

## POESÍA

MUERTE Samuel Posada Heras	89
PASIONES Verónica Victoria Venegas Vergara	93
TONADA A MI NIÑEZ Cecilia Urrutia Zorro	95

## NODO CENTRO

### CUENTO

GLORIA Y OTROS SILENCIOS Álvaro David Salazar	99
EL PEOR ERROR Jenny Cepeda Fuentes	101
REFLEJO Julio César Torres Meridieta	103
¿SI DIOS QUIERE? Ómar Roberto Quinche García	104
LA INVITACIÓN Gilma Castañeda	109
POR LA CARRETERA Yenny Castañeda Ramírez	112
YA SU MIRADA NO ME PUEDE TOCAR Margarita María Uribe Silva	117
EL SILBIDO FINAL DE LA DERROTA Óscar Fermín Ramírez Sánchez	121

LOS VESTIDOS	126
Sergio Andrés Forero Machado	
CRÓNICA	
¿CUÁLES MASACRES?	132
Daniela Buendía Silva	
NOVELA	
SOÑANDO DESPIERTO (FRAGMENTO)	138
Ana María Enciso Noguera	
POESÍA	
GÉNESIS	145
Estefanía Angueyra	
DE LA COSTUMBRE DE LOS DÍAS	149
Fabián Rodríguez González	
CIELOS	153
Ross Alíed Silva Villamil	
NODO SUR OCCIDENTE	
CUENTO	
LA VISITANTE	157
Magaly Pacheco Marimón	
LA PREVENCIÓN DEL NIÑO	161
Julián Zúñiga Upegui	
INERCIÁ	164
Yurany Mejía Pérez	
EL BAÑO	167
Armando Peña	
EL PRESENTE SIN FUTURO	169
Oswaldo Obando Andrade	



RUTINA	171
Luis Carlos Vélez Barrios	
LA CIUDAD CLEAN	173
Ana Milena Díaz Hurtado	
EL RETORNO	176
Rosalba Plaza P.	
¿POR QUÉ CELESTE, POR QUÉ?	181
Gonzalo Patiño Bolaños	
LAS EDADES DE PERSÉFONE	186
Leidy Johanna Valencia Arana	
LA DIVA DEL VERGEL	194
Yesid Alberto Cuero	
DRAMATURGIA	
COCOS NUCIFERA	199
Jessica Yuliana Sánchez Garzón	
POESÍA	
TRES POEMAS	210
María Elena Giraldo Sánchez	
DOS PERFILES POÉTICOS	213
Fabio Ciro	
INSTANTES DE ETERNIDAD	215
Luis Alberto Pacheco	
DELIRIOS DE POETA	219
Linda Marcela Chito Carmona	
A FUELLE ABIERTO	221
Adalgiza Charria Quinte	
FRAGILIDAD	225
Marino Agudelo Hoyos	

## TALLERES VIRTUALES

### CUENTO

EL CUADERNO VERDE Natalia García Mora	232
--	-----

### CRÓNICA

TRAS LAS HUELLAS DE SANTA INÉS Laura Iveth García Parra	235
--	-----

### POESÍA

EN LA SOLEDAD DE MIS 40 Gina Milena Noriega Narváz	242
---	-----

LOS AUTORES	243
-------------	-----

# PRESENTACIÓN



La *Antología Relata 2018* reúne textos representativos de 56 talleres presenciales de escritura creativa que, con el apoyo del Ministerio Cultura, se realizan en 39 municipios de 24 departamentos del país, así como de 3 talleres virtuales. Muchas y muy diversas son las formas en las que una sociedad se puede narrar y poetizar. En las páginas de este libro el lector encontrará relatos en los que la realidad y la ficción se entrecruzan, poemas que versan sobre la medicina y la música, la muerte y la enfermedad; visiones inquietantes de la infancia, apremiantes denuncias sociales, ingeniosos juegos del lenguaje, relatos adustos y contundentes, fragmentos de novelas en los que el extrañamiento ante las costumbres esboza insólitos retratos de la cotidianidad. Diversos son también los motivos que impulsan a los autores a reunirse y compartir aquello que han plasmado en el papel. Unos anhelan el esquivo reconocimiento, otros solo se quieren divertir; algunos se adentran por primera vez en el territorio de la palabra, otros están ya curtidos en el oficio de la creación; hay quienes buscan en la escritura un instrumento de sanación y trajinan la palabra escrita esquivando las trampas del olvido, remendando con su memoria los lazos de la comunidad.

Durante doce años *Relata* ha contribuido a construir una colectividad de lectores y escritores sin precedentes en el país. En los talleres de la red se exploran experiencias de vida y se enseña a los asistentes las particularidades del oficio de la escritura, fortaleciendo así la producción literaria en las diversas regiones de Colombia.

Para el Ministerio de Cultura es un honor presentar a los lectores esta *Antología Relata 2018*, en la que una multiplicidad de voces se encuentra, diverge y dialoga, componiendo así un sugestivo panorama de la irreducible experiencia humana.

SANTIAGO CEPEDA  
Asesor del Programa *Relata*  
Grupo de Literatura y Libro  
Dirección de Artes  
Ministerio de Cultura





# GANADORES





# NARRATIVA



MARÍA EUGENIA ALONSO DE APARICIO  
Primer puesto · Asistente  
Valle · Cali  
Taller Écheme el Cuento

# MATILDE VARGAS REYES



Matilde Vargas espera frente a un gran portón rodeado de hiedra verde que contrasta con el blanco de los muros de la casa. La impaciencia y el desespero se juntan, además del sol inclemente que la sofoca. Por fin abre un hombre de baja estatura, mezcla de indio y mestizo, hace una reverencia y pide que lo acompañe al recibidor. Se deja caer en un sillón y tiene que esperar de nuevo. A hurtadillas, sale al corredor y llega al salón principal, paredes también blancas, altas, decoradas con crucifijos y cerámicas; toca los descomunales cuadros colgados frente a un ventanal que da al jardín, el ventanal es otro cuadro más. Se sienta en el sofá, mira a lado y lado, de un brinco llega a la puerta lateral donde el mestizo entra para guiarla al estudio. Débora está de espaldas haciendo los últimos trazos a una de sus obras, el ambiente es tenso, nadie habla, la visita saluda pero nadie responde. La pintora se aleja, vuelve al óleo, sobre uno de los pezones de la tela da una pincelada blanca y murmura: era lo que le hacía falta. Da un giro y mira a la joven de arriba abajo. ¡Desvístete!

Matilde a pesar de su espíritu rebelde se avergüenza un poco. ¿No viniste a ser mi modelo? Por supuesto. ¡Entonces, desnúdate! Toma aliento, deja a un lado la boina, el lazo negro que ata el cuello de la blusa, se quita la falda y queda en interiores. Siéntate en ese diván, acuéstate, ponte de medio lado. La entrevistada se siente incómoda. Solo miro los ángulos que más te favorecen, haz como si fueras a tener un hijo, flexiona las piernas, crúzalas, lleva los brazos detrás de la nuca, colócalos sobre tu rostro, ponte boca abajo. Vístete.

La maestra sale del estudio, el mestizo conduce a Matilde al corredor donde se encuentran poco después. Débora sentada en un escaño de

madera con un refresco y los pies en alto sobre una butaca. Señala los ciruelos, los limoneros y los naranjos sembrados justo frente a ellas, habla de las maravillas del limón y el esplendor de las flores que atraen a los colibríes. ¿Cuándo puedes empezar? Ya, si usted desea. ¿Cuántos años tienes? Voy a cumplir dieciocho. Tenemos un inconveniente, si tus padres no me autorizan para que trabajes como modelo, tú y yo vamos a tener serios problemas legales además de religiosos. Yo traje una autorización de mi madre porque mi padre está ausente pero ella ya habló con él y están encantados de que trabaje con usted, mi madre siempre ha luchado por los derechos de la mujer. Débora lee la carta y le pide al ayudante que la guarde en un folio.

—Por Dios Matilde, cómo se te ocurre decirme eso. Matarías a Darío de un infarto. ¿Cómo la conociste? Dile que no vas a volver al estudio.

—Solo falsifiqué tu firma, Ruth Reyes de Vargas como te gusta, ¿cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? ¿No te das cuenta del lío en que te has metido?

—Madre, respira y dime qué tiene de malo posar desnuda delante de una mujer, ella tiene lo mismo que yo... no insistas, me voy de viaje con ella, ha ganado premios y yo ganaré reconocimiento.

—Niña por Dios, no has leído en los periódicos que la gente en Medellín está escandalizada, ella pinta prostitutas. ¡Escúchame bien, prooooostitutas! La Iglesia te va a excomulgar como quiere hacerlo con esa mujer.

—No me importa la Iglesia, madre, si posar mostrando media nalga es inmoral pues soy inmoral.

—Hablaré con esa Débora.

Hace caso omiso a los requerimientos de la madre y conoce a Roberto, el único que pudo calmarla para bien de la familia. Un noviazgo de dos años hace que los padres añoren una boda en la catedral con el arzobispo, primo del padre de Roberto. Ruth se pasea por los salones de moda cotizando vestidos de novia y las tías en el extranjero envían muestras de recordatorios. A los novios, ajenos a los deseos de las familias, no les interesa una boda majestuosa. Escondidos en una cabaña, a la orilla del lago, vino, besos. ¿Qué les digo a mis padres? Que vas a la hacienda de Bárbara y le dices a ella que guarde silencio.

Entran al salón, ven a la familia reunida, Matilde siente miedo, Roberto le aprieta la mano. Ruth alza la copa y brinda por ellos, no para de hablar, que si el vestido con encaje de bolillo, que si el satín, que si los padrinos...



madre, estoy embarazada... todos la miran, Ruth deja caer la copa, Darío manda a la mierda a Roberto. ¡Malnacido, sal de mi casa! Qué dirán el arzobispo y la familia, nuestras amistades. ¡Viajas a vivir con tus tías a los Estados Unidos! Roberto ha volado una hora antes, se encuentran en el aeropuerto donde las tías la esperan, la ven bajar del avión, pero nunca llega a ellas.

De pie junto a la ventana, ve bajar del auto a su nieta, le recuerda cuando se fue al extranjero, echada como un perro. En esa misma ventana vio a Ruth escondida entre las cortinas, nunca le perdonó la vergüenza, no pudo decirle adiós, ni presentarle a los tres hijos que tuvo con Roberto, mucho menos a los nietos. Ahora le dice adiós a la casa que tiene impregnados recuerdos alegres y vergonzosos, aunque nunca sintió vergüenza, sus hijos le dieron seis nietos. Solo quedó Helenita, la menor, que como su abuela quiere ser modelo.

La vista al cerro es una fotografía en movimiento, el comedor *vintage* trae a la memoria de la abuela los muebles de la pintora. Toma un cojín y analiza cada puntada, jamás podría hacer esto, dice en voz baja. La cocina se integra en el mismo espacio, utensilios que su nieta jamás usará. Deja el café en el mesón y va al dormitorio de Helena.

—Helenita, princesa, ¿qué haces? ¿Por qué te afeitas?

—Abue, ya no nos interesa tener vello en ninguna parte.

—¿Por qué?

—Por higiene, para sentirme mejor, para tener más sensaciones, abue... tú sabes.

—Pero mi niña, quedaste calva, si el Todopoderoso nos hizo con peluche fue por algo.

Ver a Helenita desnuda le hizo recordar su cuerpo posando para Débora, delgado con caderas pronunciadas y busto erguido. El color de piel llamaba la atención sobre todo en Europa, para ellos era exótica, ojos miel y manos de pianista. La observó mientras terminaba de vestirse.

—¿Abue, te llevo al spa para que te depilen? Las axilas, las piernas, el bigote, el bikini.

—¿Y para qué bikini? Que ni tengo, ni me gusta, las mujeres parecen cortadas por la mitad.

—Abue, así se le dice a la depilación del vello púbico. Vamos, dale abue, no todos los días se cumplen ochenta y cinco años y tú estás regia.

Es una mañana que se viste de frutas y flores que los campesinos sacan al camino. Fue el mismo recorrido que hizo con Roberto. Helenita hija,

¿estás segura de que esta carretera sí nos lleva? Yo conozco bien estos parajes y jamás vi esa cosa de la que me hablas. Abue, me dijiste que venías con el abuelo, todo ha cambiado, mira, es allí donde está ese techo rojo. Matilde vuelve a la puerta con hiedra verde.

Una joven con uniforme las atiende y las deja en el salón. Frente a la camilla, el cuadro de la *Masacre del 9 de abril* de Débora Arango decora la pared. Después de tantos años se vuelve a desnudar delante de una desconocida, al tiempo revive ese 9 de abril. Mira la pintura, suspira, cierra los ojos, se encuentra en el almacén de su padre, la gente corre, grita en medio de una revuelta, ella llora y sale con la multitud por la carrera séptima viendo cómo arrastran al asesino. Recuerda que había dejado a su padre solo y se devuelve en medio del caos. El alma se le congela, el negocio de Darío Vargas se incendiaba. No pudo entrar, las llamas la sofocaban y el calor era intenso como el de la depilación. Abre los ojos y mira a la esteticista, percibe algo que desde la muerte de su marido no sentía.

Matilde se acerca a la ventana, mira la montaña, se siente cansada, diferente. Toma la foto de Lorencita, sonrío con picardía. Qué pensarías si te contara lo que me hice esta tarde. A lo mejor te hallabas junto a mí y te estabas burlando. Si fuiste capaz de tinturarte el cabello de violeta, creo que me hubieras acompañado y depilado el peluche para secundar mi aventura como siempre lo hiciste, mi madre te tenía celos, te convertiste en la confidente de su hija y eso la alteraba. Nunca te agradecí que me llevaras a recorrer el mundo. Viví a plenitud hasta que conocí a Roberto, y ves, el amor hizo que me estableciera en Colombia como querían mis padres. Lo amé demasiado, pero envidio a Helenita, va por el quinto novio y a todos los ha metido en la cama, yo solo estuve con Roberto. Ella no quiere tener hijos, ni perder su libertad, quiere viajar por el mundo, conocer gente, disfrutar el modelaje, ganar muy bien, si me hubiera adelantado a la época... la tradición, Lorencita, siempre está y no deja vivir como debe ser, como Helenita, pero, sabes, no me arrepiento, siempre hice lo que se me vino en gana. Solo que envidio a la niña a veces.

Fija la mirada en el óleo de Débora. De razón mi madre estaba furiosa, el color de piel aún lo conservo y los muslos los pintó más prominentes. La flacidez no estaba, inclina la cabeza hacia atrás, se siente cansada. Creo que ninguno de mis hijos, ni mis nietos heredaron la fuerza de él y mi elasticidad. Sonríe y se ve desnuda ante el espejo. Suficiente de recuerdos, hoy no quiero camisión quiero sentir el satín en mis arrugas.

Lee un rato a Anais, siente hormigueos en el estómago y las manos con sus dedos de pianista recorren sus pechos caídos, el vientre y los muslos, abre las piernas. Tocar esa desnudez que le hicieron en el spa la llena de placer. Ahora entiendo a Helenita. Respira y sigue tocando la piel sin peluche, jadea y jadea. Descansa y repite el recorrido, en paz, sin remordimientos, con todo el tiempo que la vejez le otorga, jamás había experimentado lo que ahora, ni siquiera su marido hizo que respirara tan hondo.

Helenita, ¿a qué hora es el funeral de tu abue?

CARLOS ALBERTO ZEA MORENO  
Segundo puesto · Asistente  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Novela Ciudad de Bogotá

# AMPARO



La Madre, con sus críos enceguecidos en medio de la noche, se deslizó sigilosa por los recovecos del barrio. Miraba a un lado y a otro, en busca de un lugar en donde guarecerse. Se detuvo en una esquina mal alumbrada. Trepó por la fachada y entró por el tejado de la construcción. Bajó por el ducto de ventilación, se pegó a la pared y se internó suavemente sin ser escuchada.

Bordeó la sala. Cercó el corredor. Chocó con una lavadora. Olfateó. Trató de escalar en el momento en que un ruido sordo le marcó el camino hacia la nevera destaralada. Descubrió una cavidad metálica, en donde el motor encendido irradió una nueva sensación en su piel. Se resguardó hasta que sus crías la vieron salir.

Cortó la oscuridad como lo había aprendido de su madre. Husmeó. Se perfilaron los muebles de la sala. Avanzó por el corredor. Serpenteó pegada a la pared descascarada, hasta que llegó al fondo de la casa. Regresó con comida, luego de tantear el sitio y encontrar un tazón con granos. Volvió a rastrear. Esta vez se movió entre los cuartos hasta hallar el armario. Exploró los cajones. Cautelosa, fue una y otra vez trayendo el botín.

Notó que uno de los dormitorios estaba habitado. Se había entreaabierto la puerta, escapó el haz de luz. Dio media vuelta en el primer rincón y se agazapó a esperar. Escuchó gritos que venían del interior entremezclados con llanto de niños. Aguzó la vista: uno de ellos, quizás el menor, arrastraba torpemente por el piso su pierna inmovilizada. Era un niño chupado, que guiñaba los ojos sin control y se restregaba la boca reseca. Velaba por la niña tirada sobre la cama. La pequeña tenía el cabello recogido y las mejillas sonrosadas. Una compresa en la frente. Sus labios se

movían temblorosos impregnados de sudor. A su lado se alcanzaba a divisar la cómoda desvencijada, y sobre la mesa de noche el florero marchito junto al pan.

Azotaron la puerta.

Amparo emergió de las sombras. Famélica. Iracunda. Gritaba a sus hijos el fastidio de no poder ir a trabajar por tener que cuidarlos.

La Madre acechó a la mujer mientras vociferaba con escupitajos.

—¡Vida hijueputa! —bramó Amparo— ¡Coman mierda! ¿No se pueden quedar solos un puto día? Tengo que romperme el culo por ustedes para que puedan comer.

—Cuando usted trabaja es peor —balbuceó el niño—. La noche nos da miedo.

—Son mi ruina —sentenció Amparo, luego de enrostrarles su desprecio.

Al día siguiente, en medio de la sala, La Madre tropezó con una catalana gris; se observaron. Ya estaba preparándose para saltarle encima. La perra ladraría, aquella mujer cadavérica saldría rabiosa, el niño detrás moqueando, la niña aún delirando. Todos haciendo gran aspaviento la perseguirían hasta matarla.

Nada de eso pasó.

La perra apenas olfateó. Volteó la mirada perezosa. Siguió su camino.

Durante la inspección de la mañana, La Madre se encontró con Amparo a contraluz. Escrutó la transparencia de su cuerpo, los ojos inyectados en sangre, su cabello desgredado. De su boca escapaba un vaho amargo, un tufillo a licor barato. Amparo volvía de la calle, luego de una noche agitada, y apenas se fijó en La Madre. Encorvó el cuerpo y ladeó la cabeza, como quien se mira distraído en el espejo. Agitó la copa en la mano, trastabilló y atravesó la puerta del cuarto.

Esta vez se percibieron algunos sollozos ahogados. El niño salió somnoliento con una tina repleta de ropa, la vertió en la lavadora, la roció con jabón y volvió arrastrando la pierna enferma hacia la cama.

La Madre entendía que había encontrado el lugar adecuado, para suerte de su camada. Aunque escaso, era suficiente el alimento que les proporcionaba. Con el tiempo justo, sus criaturas crecerían al punto de valerse por sí solas.

Muy temprano se escuchó el alboroto; algo cayó al piso haciendo un estrépito de vidrios rotos. Los niños chillaron. Amparo salió del cuarto emitiendo un quejido desquiciado. Dando tumbos llegó a la lavadora, giró

una perilla y la puso a funcionar. Entonces, sintió la humedad en sus pies; un pozo de agua inundó el corredor.

—¡Solo faltaba eso! —imprecó.

Caminó hacia la nevera y encontró la fuente de la que brotaba el reguero que salía por debajo.

—¡Vida hijueputa!

Regresó al cuarto, se tropezó con el hijo que intentaba agacharse.

—Güevón de mierda, no haga estorbo, ¡que le jodo la otra pierna!

Lo empujó sobre el desastre del piso. Su hermana trató de auxiliarlo.

Ladró la catalana.

Amparo abrió el armario, sacó la maleta, embutió las faldas. Arrastró por el corredor su furia.

Justo en ese instante golpeó el motor de la nevera. Amparo se detuvo en la puerta.

La casa enmudeció.

Cesó el calor y un silencio sobre el anterior silencio se instaló dentro del vientre de la nevera.

La Madre, aturdida, deja de amamantar a sus pequeños. Asoma la cabeza. Sale de su escondrijo, algo azorada. Amparo vuelve sobre sus pasos. Retumba el piso. La Madre la ve regresar. De manera que otra vez se encuentran. Amparo la recuerda en la laguna del licor. Corre hasta la habitación para revisar a sus hijos. El niño, atontado, recoge los restos del florero. Con una de las aristas se chuzo un dedo; aflora el punto de sangre. La niña, alelada, a su lado ayuda a recoger los pedazos.

La perra emerge del fondo de la casa.

Entre tanto, La Madre rata se devuelve espantada a su guarida. Trata de salvar a sus retoños. Los descubre desperdigados por el piso. Epilépticos. Temblorosos. Intenta arrastrarlos, jalándolos de la cola. Algo arrojado zumba en sus orejas.

Nada que hacer.

Amparo había girado la nevera levemente, sin dar crédito a sus ojos; el nido hecho con su ropa interior. Se quitó la chancleta y la lanzó sin suerte. No logró darle vuelta al refrigerador, aunque calculó que ya podía registrar la guarida. Metió el brazo. Tanteó el suelo con la palma de la mano. La ratita atrapada se deslizó zigzagueando. La alcanzó por la cola. La sacudió para estrellarla contra las paredes de la nevera.

La catalana, alrededor de su ama, ladraba sin control.

La rata Madre se protegía de Amparo. Vio cómo sus crías dispersas, chillando, fueron cazadas, arrancadas y quebradas contra el piso. Convulsionaron antes de morir. Encaró rabiosa la mano atacante. Amparo sintió cómo se le removió la piel. Sacó el brazo y se miró la herida sangrar. La Madre rata salió dando un brinco. También sobre ella saltaba la perra con furia.

Amparo, armada con el palo de la escoba, la persiguió con rabia, detrás de la catalana, que ya casi le daba alcance a la rata. La Madre consiguió llegar a la pared, trepó y huyó espantada por el tejado.

El niño, atónito, quedó sembrado en la puerta del cuarto. La niña asomó la cabeza por encima de él. Sus ojos desorbitados trataban de comprender. Escucharon el crujir de huesos, los quejidos de otro mundo, los ladridos enloquecidos y vieron a su madre corriendo por la sala convertida en un animal.

Entrada la noche, su instinto la hace regresar. Dando pequeños brincos alcanza la nevera. Olfatea el aroma aséptico. No hay rastro de sus roedores. La casa está en penumbra. Fisgonea paciente. Espera. Su respiración lenta infla su cuerpo. Sus ojos de alfiler brillan en la tiniebla. Inquieta el piso con el hocico. La alerta el ruido, algo arrastran. El niño, temeroso, aparece en la entrada, escruta la oscuridad con sus ojos oscilantes y sale remolcando la pierna por el piso aún húmedo, hasta el fondo de la casa. Busca el baño, al lado de la cocina, donde duerme la perra.

La rata, negra y brillante, tomó impulso. Avanzó silenciosa hasta meterse por el resquicio de la puerta. Un rayo de luna la hizo resplandecer. Trepó por el borde de la cama, echó un vistazo al pequeño cuerpo que reposaba sereno al lado de la mujer. La niña, emitiendo murmullos de fiebre y sueño, se dio la vuelta. Entonces olfateó a la mujer. Escaló a cuatro patas su despojo. La cola pelada parecía deslizarse por su cuerpo, la cabeza alargada sondeaba el olor. Llegó hasta su cuello, abrió las mandíbulas, controló la fuerza y antes de que Amparo pudiera abrir los ojos le asestó la primera mordida. La sangre borboteó.

Desde entonces, los niños la alimentan.

BETUEL BONILLA ROJAS  
Primer puesto · Director  
Huila · Neiva  
Taller José Eustasio Rivera

# ARENAS MOVEDIZAS



Papá dijo esa mañana que fuéramos al Timiza. Y si papá decía una cosa de esas, a lo mucho una vez al mes, mamá no se hacía la rogada: ponía agua en los termitos de plástico, armaba a la carrera diez sándwiches de huevo frito, empacaba aguapanela en una botella de vidrio con tapa y nos arriaba para que nos bañáramos rápido. Papá había dejado de beber por un día y quería pasarlo en familia. Había tal revuelo en casa que todos corríamos de aquí para allá, de allá para acá, sin saber qué hacer, mientras él, como una especie de mandamás, se sentaba en la silla de mimbre, con las piernas alargadas, con cara del deber cumplido.

A las diez de la mañana estábamos en la buseta, Juanjo y yo cabeceando en las piernas de papá y mamá, los cuatro en un mismo puesto; Rita y Mireya mirando por la ventana, a escondidas de mamá, para ver si lograban atisbar algún chico apuesto, y los mayores, Alejo y Tito, dándose puñetazos en los hombros para ver quién pegaba más duro y ganaba la apuesta de ser el más fuerte. Papá no se cansaba de decir, con voz muy recia para que todos en la buseta lo oyeran, que había trabajado en la cantina muy duro, durante muchas noches, pero que cualquier sacrificio por la familia valía la pena. Mamá no se cambiaba por nadie. Se había puesto el vestido ceñido de satín que mejor le quedaba y soportaba el peso de Juanjo y el mío sin una sola queja, aunque a veces, cuando la buseta daba brincos por los miles de huecos de Kennedy, nos levantaba las nalgas y estiraba un poco las piernas.

Llegamos al Timiza. Papá pagó las entradas, las que apenas daban derecho a sentarse junto al lago, jugar a la pelota en la cancha de fútbol y montar en el deslizador y los caballitos. Una vez pasamos la puerta principal,



Rita y Mireya se agarraron de la mano y echaron a correr hacia el lado de los baños, muertas de la risa, seguidas por la voz de mamá: “Niñas, no se demoren ni se vayan a perder. Cuidado que el parque es muy grande”. Tito y Alejo estaban tumbados sobre el pasto, enredados, intercalándose la posición uno encima del otro, intentando hacerse esas llaves maestras con que el Enmascarado de Plata despachaba a sus rivales cada domingo en la televisión. Solo Juanjo y yo no podíamos ir muy lejos, mucho más cuando ahí, cerquita del lago, un letrero rojo de “Prohibido pasar” nos llenaba de miedo.

Cada vez que íbamos al parque, papá, luego de que todos estuviéramos calmados, nos sentaba junto al lago, tendía el mantel para poner la comida, nos hacía acomodarse alrededor y nos echaba el mismo sermón: que esa parte enmallada y protegida con cinta amarilla, a nuestras espaldas, apenas un cuadrado de tres por cinco metros, encerraba unas peligrosas arenas movedizas. Decía, como si estuviera contando un cuento, que en apenas tres minutos un cuerpo que cayera ahí se hundiría en medio de terribles sufrimientos, pues las arenas movedizas eran unos seres vivos que succionaban a las personas, se alimentaban de ellas, y era como una especie de viaje hacia un lugar sin fondo, quizás hacia el mismísimo infierno. Asustados, mirábamos hacia donde él señalaba y veíamos el pasto sobre ese cuadrado. Nadie pensaba que ese pedacito de tierra encerrara semejante mal.

No era solo papá el de esos cuentos. Desde el primer día que lo contó, entre amenazas y gritos de “cuidadito van a acercarse a ese lugar”, nos dimos a la tarea de preguntarles a esos amigos con los que en cada visita jugábamos a la pelota, siempre distintos cada vez. También sus papás les tenían terminantemente prohibido siquiera asomar sus narices por allí. La historia era la misma que la de papá y bastaba que alguno sintiera curiosidad para que quedara castigado a no moverse por el resto del día.

Por eso en aquella mañana, cuando Juanjo y yo íbamos perdiendo dos a cero con el equipo que habían armado dos gemelitos que acabábamos de conocer, más pequeños que nosotros, y Juanjo, con ganas de marcarle la cara a uno de ellos con los números de la pelota plástica, pateó tan, pero tan duro, la pelota pasó la cancha de fútbol, se acercó al lago, cruzó la cinta de Prohibido pasar y se detuvo justo en la mitad del cuadrado de las arenas movedizas, los cuatro nos miramos, miramos a nuestros papás, que se habían hecho amigos, estaban tomando aguapanela, conversaban y se reían animadamente sin reparar en nosotros. Al tiempo, sentimos una especie de corrientazo en nuestro cuerpo.

Como ellos estaban de cara al lago, y el cuadrito les quedaba a sus espaldas, nos fuimos acercando lentamente a las arenas movedizas para intentar el rescate. Cada uno se hizo a un lado del cuadrito y los cuatro, a la vez, hicimos el mismo gesto de “no, no se puede, es imposible”. No había ni una vara cerca, ni un palo de escoba, nada que pudiera servirnos para intentar jalar la pelota. Además, si hubiéramos dicho algo a nuestros papás, con entera seguridad nos castigarían de por vida no volviéndonos a llevar al Timiza ni a ningún otro parque. Lo pensamos y lo pensamos, mirando con tristeza esa pelota que mamá nos había comprado con sus escasos ahorros, y entonces uno de los gemelos lo propuso. Propuso que como las arenas movedizas se tragaban solo lo más pesado, hiciéramos una cadena y que en la punta quedara el más liviano, que seguro si lo jalábamos rápido —no olvidáramos que la gente decía que en tres minutos el cuerpo desaparecía— las arenas movedizas no se darían siquiera cuenta de que había estado encima.

El más liviano resultó ser Juanjo. Al comienzo decía que no y que no mientras miraba a donde nuestros papás, quienes, sin reparar en nosotros, reían fuertemente. Luego moqueó un poco y lloró un corto ratito hasta que le dije que no olvidara que la pelota se la había regalado mamá a él, no a mí, y que, si se llegaba a perder, la principal parte de la tunda iría a parar en sus piernas. Cuando uno hablaba de las tundas de mamá era cosa seria, para de una vez ponerse a llorar. Entonces nos agarramos de las manos y nos fuimos acercando al cuadrito, despacio, pisando como si estuviéramos caminando sobre una docena de huevos. Adelante iba el más decidido de los gemelos y atrás, rastrillando los pies para no dejarse arrastrar, iba Juanjo, lagrimeando otra vez.

Nos hicimos por la parte más delgada del cuadrito. Empujamos a Juanjo hacia el pasto —me tocó repetirle al oído las terribles tundas de mamá—, y cuando había pisado el borde, los gemelos me empujaron, y yo, a mi vez, empujé a Juanjo sin soltarlo de la mano. Me tumbé bien en la orilla, estiré todo lo que el brazo me daba y le dije que se fuera arrastrando suavemente, sin respirar, que si yo veía que se estaba hundiendo lo jalaría de inmediato. Un gemelo me agarraba del tobillo y el otro agarraba a su hermano por la cintura, tirando con toda su fuerza. Juanjo iba llorando. A veces se quedaba quietecito, miraba atrás con cara de “no quiero seguir”, pero como notaba que su cuerpo flotaba se arrastraba otro poquito. Así, hasta que con la punta de la mano tocó la pelota y entonces los gemelos gritaron celebrando el triunfo.

Nuestros papás también gritaron un largo “noooooooooooooooooo” y echaron a correr. En un santiamén llegaron al cuadrito y sin pensarlo se pusieron uno tras otro, papá de último, y jalaron con tanta fuerza que no pude soportar el tirón y solté a Juanjo. Allí estaba mi hermano menor, solo, en medio del cuadrito, haciendo pucheros, totalmente quieto para no hundirse en las arenas movedizas. Nuestros papás daban vuelta al cuadrito, se tomaban las cabezas, decían “no, no puede ser”, pero ninguno se animaba. Así que no lo pensé dos veces y caminé sobre el pasto a rescatar a Juanjo. En caso de algo, allí estaban nuestros papás y muchas otras personas que se habían ido acercando por los gritos.

Fueron segundos o minutos eternos. Callados. Con Juanjo a merced de las terribles arenas movedizas. Pero ni Juanjo ni yo éramos consumidos. Nuestros cuerpos estaban aún intactos y ya había pasado mucho tiempo. Había, sí, algo de barro debajo del pasto, pero apenas para que el pie se hundiera un poco y el zapato saliera sucio, sin mucho esfuerzo. Nada más. Entonces los gemelos se metieron a ayudar. Llegamos hasta Juanjo y lo sacamos caminando, sin que ninguno resultara tragado. Nuestros papás reían, señalaban el cuadrito y se burlaban de las tales arenas movedizas. Ellos mismos fueron metiéndose, primero un pie, luego el otro, y lo mismo hicieron muchas personas hasta que no cupo nadie más. Pisaban y pisaban, como si estuvieran matando cucarachas, y el pasto se fue borrando en medio de risas, dejando ver un barro negro y espeso.

Nadie se hundió. Ni ese día, ni ninguno de los otros. Porque nos hicimos amigos de la familia de los gemelos y tomamos la costumbre de vernos allí todos los domingos para meternos en el cuadrito y jugar a guerra de barro. Eso sí, hasta que cerraron el parque para una remodelación soñé, noche tras noche, con un hueco enorme, sin fondo, un hueco parecido al de las continuas ausencias de papá, en el que me hundía y del que nadie lograba sacarme.

FÉLIX MAURICIO MOLINA LEGUIZAMO

Mención de honor · Director

Cundinamarca · Fusagasugá

Taller Manuel María Aya Díaz

## PUESTO 8



Si hubieran visto cómo llegó González el primer día. La mamá lo traía cogido de la mano. Todo vestido de negro. Un mechón de pelo liso tapándole la mitad de la cara y caminando como si se hubiera cagado. Pero, de un solo grito, mi primero lo hizo pararse derecho. Me habían ascendido dos semanas antes a dragoneante y me dieron el placer de raparle la cabeza. Los primeros días me tocó llevarlo como a marrano en moto, hasta que fue cogiendo el ritmo y dejó de estar chillando como niña. Por lo que cuando supe que me iban a mandar para el cerro le dije a mi primero que si no era mejor llevar a González y no a Campuzano. Y no fue tanto porque el uno fuera mejor que el otro, sino que, casi dos meses atrás, había pasado lo de Ruiz. La vaina era que todos estábamos nerviosos.

Ruiz le había entregado una nota a Campuzano, cuando estaba medio dormido, antes de descargarse el fusil en el pecho porque no le dieron permiso de ir al entierro de la abuela, que era la que lo había criado. Unos días después, un domingo por la mañana, encontramos a Campuzano desmayado en el piso de la iglesia, y al volver en sí, juraba de rodillas que Ruiz se le había aparecido. Entonces se imaginarán el susto que me pegué dos días antes de coger para el cerro.

Estaba dormido cuando sentí que me corrió un frío por la cara. Me paré con el corazón en la boca. Eché una ojeada en la oscuridad y pillé al centinela, dormidito, recostado contra una esquina de la barraca. De un palmetazo en la nuca quedó alerta. Pasamos revista. González no estaba en la cama. No aparecía ni fusil, ni soldado, y ustedes ya conocen cómo es la cosa. Aquí no importa el soldado, importa el fusil. Así que salimos trotando con el centinela. ¡Vamos a avisar: ¡Reacción! Pero pasando por el lado

de los baños vimos hacia el mismo lado. De los baños salía una luz amarillenta que hacía bambolear las sombras. Nos fuimos acercando sigilosos. Al entrar en los baños encontramos a González. Estaba parado frente a un lavamanos con la llave abierta. Rodeado de velas ubicadas en círculo sobre el piso. Tenía los brazos extendidos igual que si estuviera crucificado. Con los ojos cerrados, movía los labios. Desde algún lado se alcanzaba a escuchar música como salida del mismo infierno. “¿Qué está haciendo, González?”, le grité. González dio un salto hacia atrás tumbando un par de velas y la grabadora de la cual salía la música estridente. El centinela, temblando, le apuntó con el fusil. Entonces fue cuando González dijo: “Déjeme cerrar los portales, mi dragoneante”. De inmediato le ordené: “Qué portales, ni qué nada, González. ¡Pecho a tierra!”. Al tiempo, le puse la mano encima al cañón del fusil del centinela. “¡Pecho a tierra, González!”, le repetí. Él pareció no escuchar y dijo: “Por favor, mi dragoneante, déjeme cerrar los portales”. “¿Cua... cua... cuáles portales?”, preguntó el centinela. “No le haga caso, este hijueputa debe estar trabado”, le dije al centinela y le volví a ordenar: “¡Pecho a tierra, González!”. Por fin González obedeció. “Veinte de pecho, González”, le dije. El centinela dejó caer dos veces la grabadora antes de poder detener la música de ritmo infernal. “Ahora sí, González, ¿qué era lo que estaba haciendo?”, le pregunté. González subía y bajaba cumpliendo la orden de hacer flexiones de pecho y al mismo tiempo intentaba hablarme: “Mi dragoneante. Estaba. Revisando. Los portales. A ver. Con quién. Podía. Comunicarme”. El centinela, al otro lado del baño, me miraba fijamente. “¿Me cree pendejo, González? Diga la verdad, ¿dónde está el fusil?”, le pregunté. González se detuvo y señaló con la cabeza hacia debajo del lavamanos. El centinela recogió el fusil. La voz quería temblarme y sin embargo le ordené: “¡Veinte más de pecho!”. González siguió insistiendo mientras subía y bajaba: “Es. En serio. Mi dragoneante. Déjeme. Cerrar los portales. Tenemos dos. Minutos. O si no. Se pasa. Algún espíritu. Del otro lado”. Le iba a decir: treinta más de pecho, pero le di orden de que hiciera lo que tenía que hacer. Por ese detalle, terminé pidiéndole a mi primero que mejor lleváramos a cualquier otro que no fuera González, y ustedes saben, aquí todo lo que uno pide se lo dan al revés.

Así que, llegados al cerro, di unas vueltas alrededor de los barracones buscando familiarizarme con cada detalle. Allá todo es parecido a aquí, pero hubo algo que me llamó la atención, y seguí lo que me pareció una costumbre. Con la navaja comencé a tallar sobre la superficie de una de las pipetas de gas, en la pintura gris, lo mismo que algunos habían tallado: el

número del contingente al que pertenecían, su apellido y lo que parecía ser una dedicatoria a sus novias. Lo que juzgué extraño era que varios de los escritos decían: Para Margarita. Estaba terminando de dejar la huella de mi paso por el cerro, sobre la superficie de la pipeta de gas, cuando mi primero me ordenó que distribuyera la guardia. Era la primera vez que me mandaban al cerro, por lo que revisé cuántos puestos de guardia había, eran doce. Comencé a nombrar puesto por puesto. El más distante era el puesto ocho. Para no tener que lidiar con González, pensé en él para ese puesto. “¡Puesto uno, Manrique!”, ordené. “¡Puesto dos, Vélez!”, continué. Y así, sin interrupciones, hasta que ordené: “¡Puesto ocho...”. No alcancé a decir González. Mi primero dijo con firmeza: “¡Medina, allá ya hay centinela!”. No había nada más que decir. “¡Puesto nueve, González!”, grité. Apenas terminé de nombrar a los asignados para los puestos, cada uno cogió su ración y arrancó.

La segunda noche, como en el cerro hace un frío tan terrible que hay madrugadas en las cuales uno amanece con las cejas escarchadas, me fui con uno de los antiguos a repartir tinto a los puestos. Caminando, caminando, de puesto en puesto, iba entrando en calor. Íbamos saliendo del puesto siete y yo arranqué por donde supuse que era más corto el camino, pero el antiguo me advirtió: “Por ahí, no”. Como yo había revisado el mapa le dije: “Pero, por aquí es más corto”. El antiguo no quiso andar un paso más, me alumbró directamente a la cara con la linterna y dijo: “Mi dragoneante, hay que dar la vuelta hasta el puesto doce, luego seguir de ahí para allá y devolverse desde el puesto nueve. Yo sé por qué se lo digo”. Bueno, él había estado en el cerro más tiempo, así que le hice caso, pero antes le pregunté: “¿Y no hay que llevarle tinto al puesto ocho?”. “Allá no se necesita tinto”, respondió antes de darse vuelta.

De regreso a la cima todavía estaba oscuro. Serían como las tres de la mañana. Fue Quintero al que le dio por tomar fotos con el celular. Unos posaban con el fusil, a lo Rambo. Otros, cual si estuvieran listos para el combate, apuntaban el fusil hacia un enemigo imaginario oculto entre el monte. Sin embargo, ninguna foto salía lo suficientemente clara. En algún momento, se me vino la idea a la cabeza de tomar fotos a través de los lentes de visión nocturna. Las fotos quedaban perfectas. Entonces Quintero propuso que nos tomáramos una grupal. Revisamos para ver cuál cámara tenía mejor resolución. Pusimos el temporizador. Nos acomodamos. Únicamente hasta la cuarta toma estuvimos satisfechos con el resultado. Quintero quedó de enviarnosla a todos.

Una hora después estaba quedándome dormido. Me tocaba guardia en el puesto nueve, recibirle turno a González. Quintero me sacudió. “Mi dragoneante, mire, mire”, dijo, poniéndome su celular en las manos. En la pantalla se veía la foto grupal que nos habíamos tomado. No le noté nada particular, solamente el hecho de que los ojos me habían quedado entrece-rrados. “¿Y?”, pregunté. “Ahí. Ahí al ladito, mire bien”. Quintero amplió el plano de la foto con el índice y el pulgar. Era muy clara la imagen. Al lado izquierdo de donde estábamos se veía la figura de una niña, de unos doce o trece años, acostada sobre los bultos verdes llenos de arena, acodando su quijada, tiernamente, en las palmas de sus manos como quien se extasia en la contemplación del paisaje. Enseguida nos fuimos encontrando, uno a uno, en las afueras de la barraca. Nos turnábamos el teléfono para revisar la fotografía. Cruzábamos miradas y hacíamos conjeturas. Los más incrédulos decían que era sobreposición de otra fotografía. Alguno opinó que con las imágenes digitales eso era imposible, pero que tal vez la luz podría haber creado el efecto. Otros, los que decían creer en lo que casi nadie cree, afirmaban que era una manifestación paranormal. Estábamos reunidos conjeturando, habiendo descuidado toda orden, cuando apareció mi primero. Dio orden inmediata de que volviéramos a lo asignado. Mi primero me llamó aparte y me indagó por qué tanto revuelo. No terminé de explicarle lo sucedido. Me interrumpió cuando empezaba a contarle lo de la niña que aparecía sin explicación alguna en la fotografía. “Esa es Margarita, la guardia del puesto ocho, Medina. Ni la guerrilla se ha podido meter por ahí. Hasta esos le tienen respeto”, dijo mirando a lo lejos, y continuó: “Tres desgraciados, que alguna vez vinieron a hacer guardia, se la sacaron del rancho donde vivía con sus abuelos. La violaron allá en la garita del puesto ocho. La violaron y la mataron”.

Esa noche, de camino al puesto nueve, alumbrado por una luna llena inmensa, mis piernas parecían de gelatina. La verdad, creo que temblaba más de indignación que de otra cosa, pero al llegar al puesto nueve estuve consciente del porqué aún sigo contando los días que me quedan para irme de aquí. El infeliz de González estaba en medio de otro de sus rituales: de pie en la mitad de la garita, los brazos extendidos, los ojos en blanco. Movía los labios como quien reza una letanía. Las velas en círculo alrededor de él, la música de ultratumba a todo volumen. No pude evitar preguntarme qué otro portal estaría dejando abierto.



POESÍA





LUCAS HERRERA LEIVA  
Primer puesto · Asistente  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá

# TRATADO DE PATOLOGÍA: NOTAS AL MARGEN



## Status epiléptico

En la bolsa negra  
Reposa el cadáver del tiempo  
Muerto de una convulsión infinita

## Parkinson

Lenta  
Taquigrafía en el viento  
Para escribir la canción  
Del olvido

## Vitíligo

Ínsulas de luz  
En la noche de la piel  
Que apagan el faro  
De la belleza

## Alopecia

La soledad despoja de años  
Las tierras donde anidan  
Los sueños  
Queda la lealtad del silencio frente al espejo.

## Rinitis

Toda elocuencia en la nariz:  
Buscamos el olor de la muerte  
En el único hilo de aire que revela  
El axioma de la vida

## Rabia

*A Paula*

Es la mordedura de Dios  
Y su saliva  
Temor al murmullo del agua  
Parálisis del tiempo  
Absoluto  
Hastío de muerte

## Asma

No existe mejor  
Jaula  
Para un pájaro sin viento  
Que el pecho  
De un hombre triste

## Psicosis

El silencio susurra  
Los textos apócrifos  
Del ruido  
Los mil ojos del destino  
Vigilan  
La huida hacia el precipicio

JEIMY XIOMARA OCHOA BERNAL  
Segundo puesto · Asistente  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá

# CÁNCER



*La salud de los enfermos*

JULIO CORTÁZAR

Esta es tu hija  
que trata de no llorar en la oficina,  
que trata de no verte morir cada noche entre sus sábanas  
Esa eres tú  
tratando de sacarte ortigas del estómago,  
tratando de no caer ante tanta espina  
Estas somos nosotras, Madre  
Enfermas, totalmente enfermas de esperanza

## La Mare II

Al cáncer hay que cantarle una canción de cuna cada noche. Prestarle los zapatos para que recorra toda la casa, acomodarle un plato en la mesa para que consuma alegremente las angustias de cada comensal. Es posible que te respire en la sien mientras cuestionas al espejo. Va a exigir su lugar en tus tejidos, en tus medias. Logrará acostarse contigo, siendo quien te cubre, quien te peina, quien lame el borde de tus huesos, y ya, sin remedio, tu amante.

HENRY ALEXÁNDER GÓMEZ RÍOS  
Primer puesto · Director  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá

# ÉPICA PARA LOS HÉROES CAÍDOS



## Baudelaire y la música

No me atreví a decirle nada, un día en que lo vi desorientado en una estación de Transmilenio. Llevaba una casaca azul marino y una leve mirada igual a un bosque incendiado por la noche. Iba acompañado por una mujer que cantaba “Smoke on the water” con la voz de una niña: me enamoré de sus pechos, rojos como las autopistas.

Baudelaire era un hombre alegre que conspiraba en contra de los pájaros. El ruido de las casas ondeaba entre sus manos que no paraban de cultivar flores con las que se hacían ramos para las muchachas sonámbulas. El pánico fue para él un asunto importante.

Hoy que lo vi una vez más pasearse taciturno en otro de mis poemas, apenas si me atreví a preguntarle la hora. Él solo me preguntó si apreciaba la música de Wagner, y se sentó en un viejo andén de una calle al sur de la ciudad a dormir, mientras el viento le susurraba al oído una bella música semejante al aleteo de las moscas.

## Segundo testamento de Emilia Ayarza

Una llave, un viento, una epístola. Mi escritura, como una ciudad huérfana en el pecho.

### Un conocido visitante cena en El Café

Un ruido de naranjas eléctricas inunda la barra del bar.

Luis Vidales pasa entre las mesas con un bosquecillo de nubes anudado a su espalda. El plato está vacío, la cuchara alimenta una música sin peso, el viejo reloj que sostiene la pared tira al aire cada uno de sus números.

Los comensales no dejan de mirar sus iPhone que timbran sin parar y envían mensajes por los grandes tentáculos del pulpo que ha devorado el universo.

“Esta debe ser la esquina más divertida del purgatorio”, le susurra una mosca vestida con sotana que se sienta a comer justo en su hombro.

### Silva da otra vez en el blanco

La bala que va directo al corazón de José Asunción Silva se resiste a llegar. No quiere atravesar el corazón de la noche y sembrar el mundo con cosas sin importancia.

Sin embargo, un político saluda a la plaza central y quema en frente de todos un billete de cinco mil pesos. Pero el ojo diestro de la hermana no para de pegar botones al círculo del sueño. Y el *Ameriqué* vuelve a arder debajo de las suelas de nuestros zapatos.

Luego un sicario saca su revólver Smith & Wesson y le dispara a cada poste de luz de la ciudad.

Una vez más, se puebla la tierra con el espejo de la melancolía.

### Horóscopo para Olga Orozco

Para esta centuria, el parpadeo del tiempo promete revelar el verdadero potencial de las estrellas, el negro paraíso que alimenta y desborda el camino.

No deje de fiarse en su intuición para tomar decisiones importantes, el socializar con otras lunas, con lágrimas recogidas en la despedida, le permitirá reanudar la conversación con los árboles y encontrar el anhelado pálpito afín a su fuerza.

Tampoco deje de coleccionar jirones de niebla. Dele brillo a las estatuas de las plazas públicas y escriba con agujas la palabra última que anuncia la rueda solar en piscis.

Estos momentos pueden ser importantes para su futuro. Quizás pase por periodos de silencio que amenacen con cosechar el vértigo y la caída, con marchitar las flores que alimentan el jardín secreto de la página en blanco, y se vea obligada a cuestionar la corriente que desmorona los cuartos vacíos.

No existe el afán. Salte de piedra en piedra, camine de puntillas por la cinta que anuda el horizonte.

En el cielo raso de la lluvia encontrará la música que enciende la pupila.

## El excéntrico de Baltimore

Alguien dijo que vio el fantasma de Edgar Allan Poe vagar por las calles de la Candelaria.

Semejante estupidez solo ha podido ser dicha por un loco, o por ese tipo de escritores que suelen dar vueltas sobre su propio eje y esperan descifrar y beberse la vigilia de los hombres en un vaso de agua.

O tal vez he sido yo mismo quien imaginó la silueta del poeta, con aerosol en mano, grafitear decenas de cuervos en las góticas fachadas de las casas del centro de Bogotá. Fui yo quien vio en el crimen de la señora Ramírez y su hija —a dos manzanas del Chorro de Quevedo y publicado ayer por *El Espacio*—, al célebre Chevalier Auguste Dupin con sus pasos de morsa aplaudir el acertijo donde se conjuga el peligro y la ceguera.

Lo cierto es que el espectro del “Señor de los gatos negros” fue tendencia ayer en Twitter.

Entonces pienso, atormentado aún por sonámbulos pasos, si en estos tiempos todavía se puede usar la lengua muerta de la noche, si es posible atarme a un mástil hecho de sombra y auscultar el miedo en el aleteo antiguo de los pájaros.

CAROLINA SÁNCHEZ  
Mención de honor · Asistente  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller de Poesía Ciudad de Bogotá, Los Impresentables

## VIAJE



Alguien promete llevarnos  
a un lugar  
que nunca supimos  
si está dentro o fuera de nosotros.

Es quien nos dice que hubo flores,  
porque huelen en su memoria.

Es quien nos dice que existió un río,  
porque recuerda cómo se percibe el mundo con el cuerpo bajo el agua.

Señala, con el índice, que aquí el cielo solo puede verse reflejado en los  
charcos.

Alguien promete llevarnos  
a un lugar  
que nos revelará algo  
sobre nosotros mismos.



LUIS ALBERTO MURGAS GUERRA  
Mención de honor · Director  
Cesar · Valledupar  
Taller José Manuel Arango · Relata Valledupar

# PIEDRA REPOSADA



*Mira, en estos silencios en que las cosas  
se abandonan y parecen muy próximos  
a traicionar su último secreto.*

-EUGENIO MONTALE

## Vida callada

El reloj de arena  
Vierte entre sus dos abismos  
La soledad del desierto  
En el vacío de esos dos espacios  
Relativamente cortos  
Es menos vida lenta  
  Y, mientras,  
El tiempo surca un doble silencio  
Vida callada.

## Piedra reposada

La cáscara desolada del silencio  
Sombra de un jaguar

Cubierto de relámpagos  
Que detiene el vuelo en la pupila  
Alas cerradas, voz cenicienta  
Sefatropo apagado o flor oscura  
Quietud de piedra reposada.

## Grito apagado

El río de la piedra fluye  
Y nos abandona con su vuelo  
Traza una curva de silencio  
Fiel a la desnudez de la tierra.  
Después  
    de haber sido quetzal que fulgura  
Cae como ángel abandonado de cielo  
Solo deja una caligrafía de grito apagado.

## Dura lengua

La piedra  
Sueña mi palabra: dura lengua  
Lo único que pesa es el silencio.

## Stonehenge (La danza de las piedras)

En el solsticio de verano de Stonehenge  
El sol resplandece como un ojo segmentado  
De una enorme mosca dorada.

Gigantes petrificados que danzan  
En círculo de silencio.

¿O tal vez serán los ojos falsos de las piedras de Irlanda?

Pero ¿qué es Stonehenge?

Templo religioso

Piedra funeraria

Ojo cósmico

Que acecha paciente la hoguera de luz o el silencio de Dios.



TEXTOS REPRESENTATIVOS  
ASISTENTES A LOS  
TALLERES RELATA





# NODO CARIBE ORIENTE



Atlántico · Bolívar · Cesar · Córdoba ·  
La Guajira · Norte de Santander · San Andrés,  
Providencia y Santa Catalina · Santander · Sucre



# CUENTO



CÉSAR MORA MOREO  
Atlántico · Barranquilla  
Taller Caminantes Creativos

# ALAS DE PALOMA, NEGRAS, NEGRAS



Sonríe. No pueden saber lo que piensas, ni lo que sabes. Actúa como si nada, nada. Eres obediencia. Eres sumisión. Calla, calla. No estás viendo nada. No escuchas los llantos de los niños detrás del portón, ni las palabras dulces de él, que aunque no lo parezcan, son como gruñidos aterradores, casi animales.

Camina como si nada, nada. Quieres volver al cuarto. Ana debe estar ahí. Ella te entenderá. Las otras que caminan a tu lado, vestidas de blanco, no. No tienen ni idea de lo que ocurre. Tú eres la única que los escuchaste, pero recuerda: no sabes nada, nada. Eres obediencia y sumisión. Castidad también. “¿Cierto, Ana? Tú me miras y yo sonrío”, dices entre labios.

A veces no estaría mal amar. No ese amor, el otro, el carnal. El que imaginas que debe sentirse mientras te envuelves en las sábanas y tus dedos constatan tu soledad. Cosquillas, caricias, un pensamiento, Ana, nada. No sientes nada. No deberías sentir nada, pero cada vez te cuesta más. A veces incluso se te da por pensar. No debes hacerlo. No está permitido. ¡Vístel! Ya habías olvidado los llantos, pero ahora vuelven. Fuiste la única que los escuchó, nadie más. Solo tú.

El pasillo es enorme. El techo, casi tan inalcanzable como el cielo, está oculto por la oscuridad y los pasos de las ratas resuenan, suenan.

“¿Te pasa algo, hermana?”, te pregunta una sombra blanca. “Estás pálida”.

“No me pasa nada”, dices con tranquilidad, aunque tus serpientes marrones bajo el manto quieran liberarse y atacar a todo el mundo. Son pequeñas, pero sientes cómo se mueven en tu cabeza y crecen.

“¿Cómo no pueden escuchar el llanto?”, te preguntas en voz baja. Sabes que algo malo ocurre, pero no puedes hablar.

Mariana también tenía que saberlo. Eso explica que nadie la haya visto las últimas semanas. Necesitas olvidar, necesitas olvidar.

Llegas a tu cuarto, cierras la puerta con seguro (aunque esté prohibido) y te quitas el disfraz. Estás completamente desnuda y tus cabellos, que antes no llegaban ni a los hombros, se mueven por tu espalda y tus nalgas, libres.

Sabes que no eres la única del cuarto, pero no te importa. Ana está sorprendida.

“¿Cuándo creció tanto?”, pregunta. Tú solo le dices que se acerque. Tus labios, tus manos y tu cuerpo son correspondidos. Tus serpientes, antes furiosas, se enlazan a ella y la abrazan tranquilas.

Quieres olvidarlo a él y su voz infantil, encerrado con ellos, tan pequeños ellos. No puedes hacerlo.

Lloras y Ana seca tus lágrimas.

El cuarto está a oscuras y eso ayuda. En la oscuridad solo proyectan una sombra. No hay límites, ni división. Otra historia sería a plena luz. Ya no estarían ciegas y serían conscientes de su desnudez. Nada las escondería.

Aunque ya no estés sola, sola, las voces resuenan, suenan, en tu cabeza.

“Mañana hablaré”, piensas.

“Lo haré”, murmuras.

“¿Qué cosa?”, pregunta ella.

“Olvídalo”, es lo que dices, “nada”.



GUILLERMO PEINADO OSPINO  
Atlántico · Barranquilla  
Taller Literario José Félix Fuenmayor

# EL QUINTO TIGRE



Felín Obrador desapareció entre la multitud. Al poco tiempo, regresó tomando del brazo a un individuo que lucía confundido. Atravesaron la plaza dialogando. La plaza estaba rodeada por edificios de hasta cuatro pisos, entre los que destacaba la alcaldía. En su andén se agolpaban decenas de hombres con carpetas en sus manos, que hablaban entre ellos y abordaban a los que llegaban al edificio municipal.

Felín Obrador y su acompañante se dirigieron al cafetín Los Ejecutivos, que se encontraba en la acera de enfrente de la alcaldía. El nombre del lugar ensalzaba a sus clientes, quienes por lo general ejercían labores muy diferentes.

Los dos hombres se ubicaron en la mesa de la esquina del fondo, que parecía estar preparada para ellos. Felín se sentó dándole la espalda a la pared y el acompañante a la plaza.

Una mujer blanca, exageradamente maquillada, que debía tener unos cuarenta años, se acercó displicente y sin decir palabra se detuvo frente a ellos. Sin prestarle mayor atención, Felín preguntó:

—¿Qué desea, Horacio?

—Un tinto.

—Un tinto y una coca cola —ordenó Felín.

Horacio era un hombre regordete, canoso, con sesenta y dos años edad y cuarenta y cinco dedicados al calzado, lo que le había permitido fundar una microempresa a partir del trabajo y la mezquindad. Sin embargo, era nervioso y tímido por naturaleza. Se sentía confundido por la prolijidad de Felín e intentaba comprender lo que este le decía.

La mesera, con la misma displicencia de antes, depositó sobre la mesa el pedido. Felín miró fijamente a Horacio y dijo:

—Nu... nu... nunca he hecho un trabajo así, nunca me he arriesgado tanto, pero usted es un buen hombre y merece que se le resuelva el problema. Si estuviera solo en mis manos le aseguro que lo ayudaría sin cobrarle un solo peso. Pero no depende solamente de mí. —Tras un largo silencio, sentenció:

—Pe... pe... pensándolo bien... esto se sale de mi alcance. Lo siento mucho, pero no puedo ayudarlo.

Felín sonrió, tratando de disimular la tartamudez que solo presentaba al comienzo de las frases en las que mentía.

Horacio palideció aun más, movió nerviosamente los dedos de su flaca mano derecha, como quien toca un piano, suspiró y dijo:

—Algún conocido ha de tener...

Felín respiró profundamente, mantuvo un nuevo silencio prolongado y fingiendo un gran esfuerzo, respondió:

—Sí... sí, sí... recuerdo a un viejo amigo que trabaja en la alcaldía, pero hace mucho tiempo que no me hablo con él. Tal vez sería el único que podría ayudarnos, haré la gestión, no prometo nada. ¿Entiende que a ellos hay que mojarlos?

—¿Mojarlos?

Apretando los labios, Felín respondió:

—Sí, mojarlos, si es que se arriesgan. No olvide que su problema es grave. —Horacio se reincorporó, puso las manos en la cabeza, arqueó su espalda hacia atrás, volvió a poner las manos en la mesa, miró el fondo del pocillo vacío y dijo:

—Haga lo que tenga que hacer.

Felín abrió los ojos, estiró su mano derecha, tomó la carpeta y sin vacilar preguntó:

—¿Cuándo quiere que comience el trabajo?

Horacio respondió atropelladamente:

—¡Ahora mismo, ahora mismo, no hay tiempo que perder!

—Espere aquí, tengo que hacer algunas averiguaciones —dijo Felín con voz grave.

Se levantó, caminó lentamente por el centro del vetusto lugar, le hizo una mueca de complacencia a la mesera, quien sonrió con suavidad.

Antes de salir, Felín volvió discretamente su cabeza y vio cómo Horacio encendía un cigarrillo con torpeza. Sonrió para sí. A sus cincuenta y cuatro años, su figura no pasaba desapercibida: rubio, canoso, desgarrado, con una ligera inclinación de la cabeza hacia adelante, ojos pardos, metro

ochenta y cinco de estatura y noventa kilos de peso. Le gustaba vestir de negro, cubriendo su cabeza con una gorra amarilla de su equipo de béisbol favorito. Desde que llegó a la plaza, hacía ya treinta y dos años, nadie le había visto una gorra de otro color.

Felín cruzó la plaza, rumbo al edificio de la alcaldía. La plaza era su campo, en ella se movía raudo, con seguridad. Sentía que la dominaba por entero, desde cualquier sitio podía ver cuanto sucedía. Conocía a cada persona por sus rasgos, su forma de caminar, entendía sin necesidad de preguntar qué los traía a este lugar, podía olfatear de inmediato a quién acercarse y cómo hacerlo. Y cuando escogía un cliente, ningún otro carpetero se atrevía a acercarse a su presa. Le temían, no solo por su presencia física, sino por el conocimiento que tenía y el respaldo que le daban los grandes de adentro.

La plaza, construida en un área de mil metros cuadrados, con adoquines de colores, tenía en su centro una fuente coronada por un cóndor, símbolo de la independencia nacional y, al principio, un tigre en cada uno de sus cuatro pórticos. Desde aquella época, la plaza patria fue llamada por los lugareños La Jungla y aunque en una reforma arquitectónica se quitaron los cuatro tigres, la plaza se siguió conociendo con ese nombre.

Felín caminó entre la gente con porte y fuerza. Saludó familiarmente a los carpeteros que se encontraban en las bancas, las cuales les servían de oficina para cerrar tratos con los clientes. A Felín no le agradaba sentarse en ellas, nunca nadie le vio hacerlo. Para él, la plaza era su lugar de caza. Pero su oficina, su cueva, era el cafetín Los Ejecutivos.

El sol de las tres de la tarde se reflejaba en el agua de la fuente. De pronto, Felín se acercó a ella, se sentó en el borde de la misma, tomó en sus manos un poco del líquido, se mojó el rostro, sintió un gran sacudón en todo el cuerpo, se agarró el pecho y cayó a tierra.

Al verlo caer, los carpeteros y la mesera corrieron en su auxilio, espantando a las palomas a su paso. Algunos curiosos se acercaron. Felín los miró con sus ojos brillosos, musitó tres palabras. Llegaron seis policías e hicieron un cerco. Un hombre negro, de unos cuarenta y cinco años y barba pronunciada, gritó: “Soy médico” e introduciéndose entre los uniformados llegó hasta el enfermo. Realizó con urgencia maniobras de reanimación, mientras clamaba: “Ambulancia, ambulancia”. Alguien afirmó:

—Esas nunca llegan cuando se las necesita, solo sirven para recoger atropellados.

El médico realizó labores por tres minutos sin encontrar respuesta. Entonces los carpenteros cargaron el cuerpo de Felín en hombros y, sorteando el atestado centro de la ciudad, lo llevaron hasta un hospital que quedaba a dos calles.

Entretanto, la mesera regresó llorando al cafetín. Horacio, absorto, fumaba y continuaba revisando unos documentos, sin importararle la razón del llanto.

Cuarenta minutos más tarde, se supo en la plaza la noticia de la muerte de Felín. La información corrió de boca en boca hasta que un lotero la llevó hasta el cafetín. La mesera gritó. Horacio, espantado, dio vuelta a la cabeza, miró a la mujer, volvió sobre los papeles, puso los codos sobre la mesa y las manos en la cabeza. Prendió un nuevo cigarrillo con la colilla del que recién terminaba.

La mesera continuó llorando por cerca de cinco minutos. Luego levantó la cabeza y se percató de Horacio. Secándose las lágrimas fue hasta él y dijo:

— Señor, Felín no vendrá, está muerto.

Estalló nuevamente en llanto.

Horacio fijó su vista en la mesa y exclamó angustiada:

— ¡Estoy perdido!, ¿ahora cómo se resolverá lo mío?

La mesera lo miró con ira y le gritó:

— ¡Váyase, váyase, váyase ya!

Horacio se levantó, caminó tímidamente a un lado de la mujer. Ella, con la mirada perdida, con el maquillaje totalmente corrido y voz cansada, le volvió a decir:

— ¡Váyase, váyase, que todo el que llegaba a esta mesa era porque nada tenía por resolver!

Sorprendido, Horacio salió del cafetín. En la puerta todavía se encontraba el lotero, quien le dijo:

— Un billete de lotería, cómprelo, hoy es su día de suerte, cómprelo hombre que es su día de suerte. Usted es el primero que se salva de Felín. Cómprelo, seguro se lo gana.

— No, gracias.

Horacio se internó en la plaza, las palomas habían retornado. Pasó por un costado de ellas, sin que se alteraran. Se dirigió a la fuente, se sentó en el borde, tomó un poco de agua en sus manos, se mojó el rostro, lo cual no tuvo efecto en su desazón. Encendió otro cigarrillo. Estuvo allí por diez minutos. Un sujeto se le acercó.

—¿Cómo está, amigo?, ¿sabe que en este mismo sitio se sentó un hombre antes de caer a tierra y morir?

—¿Se refiere a Felín? —respondió Horacio— ¿Lo conocía usted?

—Sí y sé que murió, pero no sabía cómo.

Horacio se puso en pie, tomó rumbo a la alcaldía. El carpetero lo dejó partir, pero cuando había avanzado unos dos metros, le gritó:

—¿Y por qué lo conoce?

Volteando la cabeza, sin detenerse, Horacio respondió:

—Yo era su cliente.

El carpetero respiró profundo, abrió los ojos y aceleró el paso, al tiempo que gritaba:

—¡Amigo, amigo, espere!

Horacio se detuvo.

—Mucho gusto, Delfín Martelo.

Horacio lo miró con sus ojos inermes y siguió andando.

El carpetero insistió:

—Yo también era amigo de Felín.

Horacio hizo un gesto de desdén y Delfín desistió. Horacio se dirigió a una banca desocupada y se sentó. Sentía un fuerte dolor de cabeza, la sien le palpitaba, el calor exacerbaba el dolor. Dejó caer el cigarrillo, se tocó la frente con la mano derecha, extendió el brazo izquierdo sobre el espaldar de la banca, cerró los ojos y la barbilla reposó sobre su pecho. Transcurrió una hora, el dolor no disminuyó y las palpitaciones se hicieron más continuas, su respiración más pesada. Horacio abrió los ojos, sus pupilas se derretían dentro de ellos. Se acostó en la banca, respiró profundamente, se tocó el pecho, musitó tres palabras y murió.

Con las oleadas de calor de febrero retoran cada año los recuerdos de los acontecimientos inusuales de aquel día. Incluso allí, en la plaza patria, en las compactas noches, cuando las pupilas brillan más, algunos afirman haber visto a un tigre al acecho. Otros aseguran que es un hombre vestido de tigre, con ropaje negro y gorra amarilla.

DEIVER JUEZ CORREA  
Bolívar · Cartagena  
Taller Cuento y Crónica Cartagena

# A MÍ LO QUE ME GUSTABA ERA TRABAJAR LA TIERRA



*¿Por qué volver en medio de la carnicería?*

Horacio Castellanos Moya, *El sueño del retorno*

Mi tío regresó con la esperanza de reclamar sus tierras. Su esposa le dijo que, una vez declarado el fin del conflicto, podía regresar a Colombia a recuperar lo que la guerra le había arrebatado. Llegó a las cuatro de la tarde. Su voz gruesa resonó en toda la casa. Me impresionó su altura desmedida y su cuerpo robusto. Tenía la piel reseca y renegrida por el sol. Me saludó con un apretón de manos y un abrazo con golpes en la espalda. Saludó a mi mamá y preguntó por mi papá (su hermano). Le dije que estaba trabajando y que regresaba entre las cinco y seis de la tarde. Comió a esa hora, porque en el viaje no le fue posible. Mi mamá había preparado arroz, carne y patacones. Cuando terminó, me contó el motivo de su visita: quería recuperar sus tierras. ¿Cuáles tierras?, le pregunté.

*Unas parcelas que tengo en Currulao, Antioquia, más allá de Apartadó. Yo invadí esos terrenos con Mercedes, mi mujer, y nos fuimos a vivir ahí. Después sacamos las escrituras. En esos tiempos era puro monte. La hierba te llegaba a la cintura y estaba toíto lleno de culebras. Nosotros cortamos la yerba mala y abonamos la tierra. Sembramos plátano. Eran hectáreas y hectáreas llenas de puro plátano. Plátano de exportación. Tu papá vivió con nosotros pa' esos tiempos. Él estaba en Venezuela; se vino porque no tenía papeles y no le gustó el trato que le daban a los indocumentados. Vivió como seis meses con nosotros, después se fue pa' Vikingos, una empresa pesquera. Se demoraba meses y meses pescando*

*en mar abierto. Cuando venía traía bultos de pescao congelao. A él le gustaba más la vida del campo que la del mar, pero allá pagaban mejor. Después se fue pa' Cartagena, allá compró un solar y paró una casita de tablas. Aquí mismo, donde estamos ahora.*

Mientras mi tío hablaba, la casa se había transmutado en una casita de tablas, chiquita, con techo de zinc y ventanas de madera. Ya no estaban las vigas de cemento ni las paredes de ladrillo. El piso de baldosas se había convertido en barro pisado. La terraza de rejas de hierro y grabados metálicos había cedido ante cercas de madera con clavos oxidados. A través de la puerta podía ver un campo lleno de matas de plátano. Oía a hojas de bijao. Mi tío y yo estábamos sentados frente a frente, en unos banquillos de roble seco.

*Ya después empezó a aparecer gente muerta. Los mataban pa' quitarles la tierra. A mí nunca me amenazaron, ni a mi mujer. A Manolito sí lo amenazaron, y como era bien pelionero y rabioso le pegaron tres tiros en la barriga. Eso fue muy duro porque nosotros queríamos mucho a Manolito. Él era huérfano y nos ayudaba a sembrar los plátanos. Ahí decidimos irnos. Yo sabía que si no me iba seríamos los próximos. Dejamos todo, solo nos llevamos una tula roja con ropa y dos gallinas. De repente perdí todo lo que había trabajado por diez años. Me fui pa' Venezuela, y como tenía parientes de allá pude sacar los papeles. Después de mucho trabajar, logré comprar unas parcelas baratas. Eso era puro monte. La hierba te llegaba a la cintura y estaba toíto lleno de culebras. Nosotros cortamos la yerba mala y abonamos la tierra. Sembramos plátano. Eran hectáreas y hectáreas llenas de puro plátano. Plátano de exportación. Después compré más parcelas. Era un buen negocio porque compraba tierras sucias y yo las limpiaba. Salían a buen precio. Así logré reunir muchas tierras, algunas con montañas sin explorar donde decían que había diamantes, pero a mí no me interesaba la minería, así que no le presté atención. A mí lo que me gustaba era trabajar la tierra, por eso no me afectó mucho la crisis. Yo tenía mis animalitos y mis matas de plátano, ñame y yuca. Hambre no pasé nunca.*

De pronto un olor a pólvora llegó hasta nosotros. Seguíamos sentados en los banquillos de roble. Escuchamos disparos lejanos, luego muy cerca. Uno detrás de otro. Afuera Manuelito resoplaba, tirado en el piso. Le dieron tres tiros en la barriga. Mi tía Mercedes lloraba desconsolada mientras guardaba ropa en una tula roja, no tan roja como la espumosa sangre de Manolito.

*Ni tiempo nos dio de enterrar a Manolito. Cogimos la tula, dos gallinas y unos ahorritos que teníamos bajo el colchón. Nos fuimos con la esperanza de*

*volver algún día. Ya estando en Venezuela mis hermanos me decían que nada tenía que hacer en Colombia, que mejor me buscara una muerte natural. Que no amagara al diablo. Yo decía que tarde o temprano tenía que regresar. Siempre terminábamos discutiendo...*

Mi papá llegó en plena discusión, al caer la tarde. Afuera, una mariamulata se posaba en las rejas y picoteaba los grabados metálicos, creyendo, quizá, que eran los ojos de un perro muerto. Bajo mis pies podía sentir el fino tacto de las baldosas. Reaparecieron las paredes de ladrillo y las vigas de cemento. La sala estaba llena, toda la familia había venido a saludar al recién llegado. La discusión vino después de los abrazos y los besos. Tía Carmen decía, medio gritando, *“Deja perder esas tierras. Deja perder esas tierras. Mira lo que le pasó a Manolito”*. Tío Roberto decía: *“Eso es muy arriesgado, te pueden matar, yo que tú, mando a tu mujer”*. Tía Julia estaba llorando, entre sollozos decía: *“Ay, mi hermanito, no coja pa’ allá. Yo escuché que a los que andan reclamando tierras los están matando”*. Mi tío seguía sentado frente a mí, en el comedor. Yo no decía nada. No sabía qué decir. Mi papá también se quedó callado, le tocó el hombro, como un vano consuelo. Mi tío tenía la cabeza baja, y contenía las lágrimas. Después, mi papá le preguntó: *¿A qué hora llegaste?*



DIANA VERÓNICA MÉNDEZ SÁNCHEZ  
Cesar · Valledupar  
Taller José Manuel Arango · Relata Valledupar

# LA GUERRA FLORIDA



Muchas lunas antes de que los hombres blancos y barbados llegaran en sus castillos flotantes desde el otro lado de las aguas, Atlahua, uno de los guerreros sagrados del Flechador del Cielo, salió de Tenochtitlán a su segunda guerra florida, pero esta vez, los guerreros de Tlaxcala tomaron ventaja y Atlahua volvió con el deshonor de haber perdido a sus hermanos y sin ninguna ofrenda para los dioses. Los días que siguieron a su llegada, entregó su cuerpo a la meditación y esperó paciente a que los sacerdotes decidieran tomar su vida y que Huitzilopochtli permitiera que su alma volara a su lado en la gloria, pero en los días siguientes todo fue silencio. Deshonrado como estaba, en lo único que pensaba era en ofrendar su vida, aunque también se lamentaba por la idea de no ver más a Citlali.

Citlali, que lo conocía bien y esperaba ser desposada por Atlahua luego de que los dioses bendijeran la tierra con lluvias, lo vio regresar cansado y triste. Ya que era inapropiado acercarse a un guerrero, la doncella esperó a que este iniciara el acercamiento, pero él se mantuvo distante de ella y de todos. Quizá, supuso Citlali, Atlahua prefería mantenerse puro a la espera de un nuevo llamado de la corte de los sacerdotes para integrar un nuevo grupo de guerreros en una última batalla florida, como al final ocurrió.

Un día después de que la luna se hiciera grande y pareciera besar los montes, Atlahua salió con otro grupo a una última batalla. Antes de salir de la ciudad, desde lo lejos, se permitió sonreír a Citlali, que se encontraba, como tantas otras doncellas, sirviendo en los templos. Si todo iba como él esperaba, regresaría con ofrendas para calmar a los dioses y estos harían brotar la comida de la tierra y de nuevo serían prósperos y podría hacerse uno con Citlali y tener hijos que fuesen su continuación luego de que ellos partieran. Así que Atlahua combatió con fiereza durante la batalla

aun cuando sus compañeros fueron capturados unos tras otros. Sabía que si no tenían éxito en esta ocasión, los sacerdotes se verían obligados a tomar medidas extremas. Al final, logró escabullirse con un capturado sobre sus espaldas y se fue de vuelta a la ciudad esperando llegar antes que las noticias de su derrota.

De regreso, Atlahua vio cómo un conjunto de nubes que se arremolinaban en el cielo fueron oscureciendo el día. Atlahua sintió un poco de alivio porque ya los dioses se habían compadecido del pueblo. Sin embargo, recordó que los dioses primero cobran su ofrenda, así que corrió con su pesada carga hasta la ciudad. Al llegar, vio cómo la sangre de las doncellas descendía desde el altar ceremonial por las escalinatas del templo. En ese momento, la tierra bajo sus pies, polvorienta y seca, comenzó a humedecerse con las primeras gotas de la lluvia.

ANDREINA BARRIOS R.  
Córdoba · Cereté  
Taller Raúl Gómez Jattin

# EL BESO DEL MALIGNO



*A Antonio María Cardona,  
por dejarme soñar a través de sus ojos  
y pintar un corazón de Jawa en mi alma.*

En la opacidad del río se arrastraba la canoa mientras Kisaerubí dormía la siesta a la sombra de viejos mangles, dejándose llevar por la corriente sin temor a lo conocido. Había ingerido cenizas de yarumo que hacían su sueño profundo. Su espíritu viajaba con la selva de más allá, esa que sus ancestros prohibían pisar.

Había perdido rumbo mientras dormía, el resplandor del sol forzaba sus ojos a abrirse ante la luz espesa que se colaba en sus párpados, tal vez un brazo del río antes no navegado. El espesor de la selva desconocida lo intrigaba a pisar tierra, entonces se acercó a la orilla. Sus sentidos se perdían en la humedad mientras más caminaba selva adentro. Los abuelos solían contar historias de antiguos guerreros que desafiantes salían de caza en luna nueva, justo cuando la negrura de la selva florece, y cuyas almas no volvían. Que de ese lado de la manigua vivían seres que era mejor no perturbar.

La poca luz que se filtraba a través de las ramas empezaba a desaparecer, mientras Kisaerubí se dejaba atrapar por el sórdido canto de la manigua; era frío, como la marca que deja la serpiente en la hojarasca cuando va en busca de la presa. El aletear de un pájaro lo hizo reaccionar. La selva estaba apagada y ese silencio cortante lo traía de vuelta. Sus sentidos lo pusieron alerta. Podía sentir que era observado. Miró al cielo tratando de calcular cuánto tiempo había pasado desde que bajó de la canoa, no pudo. Se sacó el cuchillo que llevaba amarrado a la cintura, estaba en posición de combate;

listo para atacar o ser atacado. Podía identificar dónde estaba posicionado su enemigo. Ahora él era la presa. El miedo le recorría la espalda, estaba solo, en la negrura de la manigua; presentía su fin, pero estaba dispuesto a dar su última fuerza en la lucha. Sus pies se incrustaban en la humedad de la tierra, tomaba fuerza con el silencio que se quebraba por el caminar sobre la colcha de hojas que se forma sobre la tierra con el pasar de los ciclos. Sus ojos se fijaron en un solo punto, sintió el ataque inminente. Sus sentidos se agudizaron y el silencio punzante se clavó en su piel zamba. Sintió que una fuerza enorme se abalanzaba sobre él. Mientras caía al piso un frío quemante lo aprisionó. Cayó inconsciente al suelo, de un golpe. Despertó mucho después, paralizado. Incluso su lengua rehusaba moverse. Desde la oscuridad unos ojos incendiados lo miraban, se sintió frente a la muerte y recordó la selva río arriba.

Kisaerubí empezó a tararear un viejo canto que su abuela solía susurrar mientras cortaba las ramas con las que se haría la chicha. La fuerza se posó sobre su pecho y pudo ver, por el rayo de luna nueva colado entre las copas de los enormes árboles, los cabellos de lo que parecía ser una mujer de piel ámbar; era su madre, la madre de su padre y de sus ancestros, el espíritu de la manigua que se posaba en él, y como la dormidera, sus ojos se cerraban ante el beso del maligno.

GLORIA AMPARO TOVAR BECERRA Y ANDRÉS PICO MONTIEL  
Córdoba · Montería  
Taller David Sánchez Juliao

# EL ÚLTIMO MIÉRCOLES<sup>I</sup>



Josefo Martínez se levantó temprano el miércoles. Era un día soleado. Se acercó a la ventana, rodó las cortinas y abrió de par en par los vidrios, sintió que un rayo de sol iluminaba su pensamiento. En su vida jamás se había sentido tan lúcido, jamás había sentido tan avivado su sentido del deber. Quería generar conciencia en las masas.

Se dio una ducha con agua tibia, se vistió de verde, después salió en su automóvil hacia el restaurante Alianza Tropical, donde desayunaba todos los días. El restaurante quedaba en el primer piso de un rascacielos. Al llegar, notó que la mesa donde se sentaba siempre ya había sido ocupada, así que salió despacio del Alianza Tropical. Hizo oídos sordos al llamado de un mesero que lo invitaba a otra mesa.

Ya afuera del restaurante, miró hacia su derecha, donde se ubicaba la puerta de salida del edificio, luego volteó hacia su izquierda, donde estaba el ascensor. Juntó sus pies y al contacto se escuchó el golpe de los zapatos de cuero; con la mano derecha arregló el cuello de su camisa y la mano izquierda la metió en el bolsillo del pantalón. Caminó hacia el ascensor, pinchó el botón y la puerta se abrió. Subió hasta la azotea.

Dio un vistazo al panorama de la ciudad, luego se paró cerca de la baranda, una vez allí empezó a gritar, pero su voz se escuchaba como el

---

<sup>I</sup> Este texto es producto de un ejercicio del taller, en el que la directora, Irene Tapias, mostró a los estudiantes un titular de prensa de hace muchos años; el titular decía “Hombre mono en el edificio Alianza Tropical”. El ejercicio consistió en observar el titular e imaginar una historia alrededor de ello. Trabajamos en grupos de dos personas, para efectos de hacer más dinámico el ejercicio. La profe, previamente, nos habló del cuento y los detonantes de escritura.

rugir de un tigre. Pronto hubo una gran aglomeración de personas en la calle, todos miraban estupefactos a Josefo rugiendo desde la azotea. La gente creía que era un hombre atormentado que iba a suicidarse.

Josefo Martínez repetía con ahínco: “Nada es real, ni siquiera la comida que te comes, ni el trabajo que tienes. ¡Todo es una gran mentira...! He tenido un sueño donde el mundo me mostraba su verdad... ¡El universo me ha tocado! Cada uno de ustedes es un títere del sistema, nos han controlado. Un sistema que no pueden ver ni sentir porque vivimos dentro de él, en sus vísceras, pero, irónicamente, cada uno de nosotros es a su vez arquitecto del mismo sistema que nos aprisiona como un mal espí-ri-tuuu”.

La disertación de Josefo Martínez fue interrumpida por varios disparos. El hombre cayó aparatosamente hasta el andén; con el impacto, su rostro se destrozó.

CARLOS SCHORTBORGH  
Córdoba · Montería  
Grupo Literario Manuel Zapata Olivella

# CARRERA CONTRA EL TIEMPO



Habían transcurrido ocho minutos desde que la pareja subió al vehículo. En ese momento el ruido de la sirena ya se hacía insoportable para la mujer, quien trataba de mantener la calma mientras hacía un gran esfuerzo por ignorar el sonido que atormentaba sus oídos.

—No llegaremos a tiempo —dijo él.

—¡Cállate! —respondió la mujer— Claro que llegaremos.

—En la camioneta ya habríamos llegado, pero tenías que insistir en esperar casi quince minutos a la ambulancia.

—¡Chzzzz... Silencio! Suficiente tengo ya con la sirena, me duele mucho la cabeza.

—Está bien, no diré nada más.

Se encontraba sentada, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, se daba pequeños masajes en las sienes con sus índice y pulgar esperando aliviar de esta manera la jaqueca que le producía el sonido. La sirena sonaba sin descanso.

Observó a través de la ventana trasera cómo iban dejando a su paso hileras de vehículos dispuestos a lado y lado de la calle, quedando solo el estrecho carril del centro que era por el que se movilizaban. Enjugó su frente con un pañuelo, el aire acondicionado no funcionaba, hacía mucho calor. La mujer bajó la mano de la frente y volvió la mirada al reloj en su muñeca, su atención se fugó en el hipnótico movimiento del segundero, de nuevo miró por la ventanilla solo para darse cuenta de que había olvidado ver la hora. Lo hizo, 1:36 p. m.

Habían pasado quince minutos y ya se encontraban saliendo de la pequeña ciudad, la sirena seguía sonando. Miró de nuevo por la ventana, al otro lado se alejaba la figura de un ciclista que pedaleaba empecinadamente por la autopista, que a esas horas parecía calentarse por el sol hasta la fusión del asfalto, y cuya silueta se hacía cada vez más confusa. La mujer solo pensaba dos cosas: que afuera hacía incluso más calor que dentro de la ambulancia y que hay que estar loco o muy necesitado para salir en bicicleta a esas horas de la tarde en una región como esta.

—Tal vez sí lleguemos a tiempo después de todo —dijo el hombre.

—Yo más que nadie espero eso —respondió ella.

—¿De cuándo a acá te preocupan tanto mis asuntos?

—Ya no soporto el sonido de la sirena, me recuerda a la noche en que murió mamá.

—Yo no me voy a morir, puedo pedirle al conductor que la apague. Eso sí, ya no nos cederían el paso.

—No será necesario, ya salimos de la ciudad.

La ambulancia viró a la izquierda y un silencio profundo golpeó la tensa atmósfera dejando solo el rastro de un zumbido que apenas se insinuaba en los oídos, el conductor había apagado la sirena y reducía la velocidad hasta detenerse.

—¡Por fin llegamos! —dijo la mujer cortando el silencio.

—¿Traes todo?

—Sí. Abre la puerta.

—Se abre desde afuera.

—¡Abra rápido! Ordenó la mujer golpeando las paredes del vehículo.

La puerta trasera se abrió tras un estrépito y salieron lo más a prisa que pudieron. Entraron al edificio por la puerta principal, la temperatura dentro del lugar estaba helada en comparación con la de afuera y decenas de personas se movían de un lado a otro. Una voz femenina se escuchó a través de un altavoz: *Pasajeros del vuelo 9514 con destino a la ciudad de Santa Marta, último llamado en sala de abordaje*. Respiraron con profundo alivio al darse cuenta de que todavía tenían tiempo para tomar el vuelo.

Ya en el avión, y con la seguridad de que no habría más contratiempos, el hombre esbozó una sonrisa que su esposa notó de inmediato.

—¿Qué te da tanta risa? —inquirió la mujer.

—¡Sí ves! Te dije que llegaríamos a tiempo. Ahora solo resta esperar.

—¿Esperar qué?



—Que la coordinación del Concejo de Función Pública haya sido flexible con las jornadas y que quede algo de tiempo libre.

—Y que haga buen clima, para disfrutar del mar —remató la mujer.

Ambos sonrieron con una sombra de complicidad en sus rostros mientras la aeronave abandonaba el suelo.

ANTONIO JOSÉ MACHUCA ORTIZ  
Norte de Santander · Cúcuta  
RELATA Cúcuta

# NO LOS ENTREGAMOS



La mujer entró a la oficina quince minutos antes de la hora acordada. El comandante la reconoció, sonrió bajo el bigote y la invitó a sentarse. Ella permaneció de pie.

—¿Qué hicieron con mi marido?

—Siéntese.

—Le hice una pregunta.

—Y yo le di una orden.

Sintió que las piernas la iban a traicionar. Corrió la silla tratando de disimular el temblor de su mano. Al sentarse, la habitación se le hizo pequeña de golpe, como si hubiese caído en una trampa para conejos. Se vio acorralada, indefensa. Pero eso nunca la había detenido.

—¿Qué le hicieron?

—No sé de qué me habla.

—¡No se haga el güevón! —gritó, al tiempo que se levantaba y daba un manotazo al escritorio.

Los guardias apuntaron directo a la cabeza. El comandante parecía excitado; hizo un gesto con la mano y los hombres enfundaron sus armas antes de salir de la habitación.

—Vuelva a sentarse, señora. Para hacerse matar no conviene ningún apuro.

La mujer obedeció. El pecho le palpitaba furioso. Pensó en tomar un arma y dispararle; era un mero deseo, un pensamiento inútil: sabía que no podría. Ella había ido para enterarse de qué habían hecho con su marido, nada más. Tres bocas la esperaban en casa.

—¿Qué tenemos que ver con su marido?

—Ustedes lo bajaron del bus y... —no pudo terminar la frase, se negaba a hacerlo.

—¿Nosotros? —exclamó con acento ofendido— ¿Nosotros quiénes? Ella dudó por un segundo antes de responder.

—Ustedes los, los...

El comandante soltó una carcajada.

—¡Pero mire como tiembla! —el bigote se retorció sobre su seca risa y se apaciguó en una mueca de sonrisa—. ¿Segura que no está emparrandado?

—Déjese de tochadas, usted sabe de qué le hablo. Mi marido no les hizo nada pero usted lo quería muerto. Qué hicieron con él. Dígame.

—¿Que no nos hizo nada? —dejó de sonreír—. Con todo respeto, su marido era un hijueputa guerrillero, señora. Por eso lo matamos.

No pudo evitar sentir el golpe en su estómago. Estaba muerto. Una cosa era sospecharlo, otra estar segura. Lo mataron. Había hecho el recorrido del bus con la esperanza de encontrarlo; se sentó en la ventana y no apartó la vista del borde del camino, buscándolo así fuera... pero no vio ni los rastros.

—Él no era ningún guerrillero. Él solo quería... —no pudo aguantar más, las lágrimas se le desbordaron.

—Dicen que son líderes, ¿líderes de qué? Ustedes lo que son es guerrilleros. Nosotros solo venimos pa' ayudarlos y nos pagan con mierda en la mano. Mejor dejen de meterse en donde no deben. Y usted la primera. Si sigue alborotando el pueblo, la quebramos. Piense en sus hijos.

—¿Dónde?... —las lágrimas no cesaban de brotar— Dígame, dígame dónde lo dejaron.

—Le acabo de decir que no joda más, ¿no entiende?

—Por favor, señor. Es lo único que me queda. Yo no digo nada, se lo juro, solo quiero darle santa sepultura.

Le costaba rogar, y más al asesino de su esposo, pero no era tiempo de dárselas de digna. No podría vivir sabiendo que el padre de sus hijos estaba por ahí, botado para los chulos.

—Entréguenmelo. Se lo suplico.

El comandante se levantó del escritorio con un ademán incierto, con desgano. Se inclinó sobre el escritorio mientras hacía lo suyo.

—A los picados no los entregamos —le dijo sin dejar de mirarla, y lo repitió por cada uno de los tres disparos.

LUIS CARLOS MANTILLA ESPINOSA  
Santander · Bucaramanga  
RELATA UIS

# LA CARGA



*A Carlos José y Andrea Judith*

Al fondo de todo se ve un hombre de mediana edad en decúbito prono sobre una camilla, totalmente desnudo y con varias correas que cortan sus movimientos. En un costado un médico con indumentaria de cirugía. Al otro costado un hombre joven de bigote fino, mangas y faldones de camisa, cadena de oro. Dos monitores se encuentran ubicados de modo que el hombre de la camilla pueda ver en ellos. En el primero ve un plano de todo su cuerpo, en el otro, un acercamiento de su espalda.

El médico toma las pinzas Rochester y con ellas prensa una bola de algodón embadurnada de yodo. Arrastra el algodón por la espalda del hombre de la camilla, del atlas al coxis. Desecha el algodón en un cesto y toma el escalpelo. Apoya la mano izquierda sobre la espalda del hombre de la camilla y con la derecha acerca el filo de la navaja a la piel.

—Aguarde —dice el hombre del bigote fino—. Aguarde, licenciado. Don Jorge lo quiere ver todo.

El médico se detiene y mira al del bigote. Es una mirada vacua, de autómatas. Esperan. Al cabo de poco más de un minuto llega un hombre chaparro, grueso, faldones de camisa y parte del pecho al aire. Tiende una mano pequeña al del bigote; la muñeca estrangulada por un Tissot.

—Buenos días, don Jorge —dice el del bigote—. Mande.

—Buenos días, Gómez —dice Jorge Miranda—. Buenos días, licenciado... ¿o doctor?

—Como guste, don Jorge —dice el médico.

—Doctor será —dice Miranda—. Y buenos días a ti, cabrón.

El hombre de la camilla intenta girar su cabeza. Miranda saca un pañuelo. Se seca el sudor de la frente y del cogote, y se sienta en una silla plástica. Guarda el pañuelo y dice:

—Pos ándele, doctor.

El médico hace una incisión a lo largo de toda la línea de la espina dorsal. El hombre de la camilla grita. Gómez, bigote fino, se acerca hasta quedar cara a cara con él.

—Suelta ya, cabrón —dice Gómez—. ¿Dónde está la valija?

El hombre de la camilla no hace más que resoplar con fuerza y apretar la cara. El proceso se repite por cerca de tres minutos. Solo cambia el que a veces Gómez hace las preguntas entre cachetadas y jaloneadas de cabello. Al cabo, Miranda interviene.

—Sea cuate, Ramírez. Diga dónde está.

—No vales madre —dice el de la camilla.

Miranda hace una suerte de chasquido de dedos, aunque en realidad no suenan. Gómez obedece y se acerca a los pies de Ramírez. Le pasa los dedos por la planta.

—¿Sientes cosquillitas, maricón? —dice Gómez—. Vales verga hijo de puta madre... ya no las vas a sentir más.

El médico toma el escalpelo y corta a la altura de la novena vértebra torácica. Es un corte limpio, fácil, exacto. Toma una manguerilla y lava el corte con solución salina. Ramírez grita, y más que de dolor, aquel es un grito de horror visceral por lo que ha visto y por la oscuridad que ha empezado a sentir más allá de su ombligo. Trata de mover los dedos de sus pies y no percibe el movimiento. Se deshace en llanto. Gómez saca del bolsillo de su pantalón un encendedor. Lo enciende y lo acerca al tobillo izquierdo de Ramírez. Deja que la llama queme. Ramírez no da respuesta. Miranda asiente.

—A ver si afloja, Ramírez —dice Miranda.

—¡Yo no sé nada! —grita Ramírez.

Gómez se acerca a su cara y dice:

—¿Dónde está la pinche valija? —Le suelta una trompada en la mejilla.

—Puede que tengamos que cortar más arriba, doctor —dice Miranda.

Gómez suelta al oído de Ramírez un prontuario del seguimiento que le habían hecho, a modo de justificarle por qué tenía que conocer el paradero de la valija. Tarda poco más de dos minutos.

—¡No sé nada! —grita Ramírez.

—Doctor —dice Miranda y luego mueve levemente la cabeza.

El médico toma el escalpelo sin demora. Ramírez ve y siente cómo hurga en el corte; cómo hace a un lado las fibras musculares hasta dejar expuesto el hueso. El corte se haría entre los omoplatos. Ramírez aprieta los ojos, y en su mente ve la navaja descender lentamente, una navaja colosal, el filo que irrumpe y hace añicos la duramadre, las aracnoides, la sustancia blanca. Luego la parálisis absoluta, la postración supina. Grita, y por un momento cree que ha imaginado el grito, que no ha sido suyo.

Al abrir los ojos ve que las manos del médico se han alejado sin hacer daño.

—¿Que aguarde qué, Ramírez? —dice Miranda.

—Yo no... no sé... no sé dónde está. Pero sé quién la marcó.

Miranda intercambia una rápida mirada con Gómez. El médico parece ajeno a todo.

—¿Quién? —dice Gómez.

—El judío... el judío Montiel —dice Ramírez.

Miranda se pone de pie y llama con la mano a Gómez. Intercambian palabras que nadie más oye. Al cabo, Miranda se aparta y se dirige al médico.

—Doctor, ¿cuánto se puede estar así?

—¿Así? —dice el médico y apunta con el índice hacia el paciente.

Miranda asiente.

—Una hora... poco más. Antes de que...

—Deme diez minutos... quince, mejor. Y pos si no regreso... pos cósallo.

Una vez se van, Ramírez hace mentalmente una multiplicación que tiene que repetir. Luego empieza a contar.

SANTIAGO JAVIER REODAROD  
(seudónimo)  
Sucre · Síncelejo  
Taller Páginas de Agua

# UN CUENTO DE MIEDO



Les narraré un cuento, no como los demás, este sí será un cuento real, tan real que al final parecerá irreal, tan real que en verdad sí se asustarán, tan real que no podrán descansar en sus próximas noches...

Era una noche, no como las demás, era una noche tan negra como esta, en la que mi cuento escucharán...

Era una noche oscura, tan oscura que ni la luna la quiso acompañar, tan oscura y tenebrosa que hasta las mismas aves nocturnas prefirieron quedarse escondidas; y solo a lo lejos se podía escuchar el canto opaco y agudo de un búho, un búho completamente asustado, un canto que más que tal era un chillido.

La tiniebla era espesa, pesada y en el ambiente se respiraba un aire de miedo: solo temor y maldad. Los lobos no aullaban y los cuervos, escondidos, del mismo susto, se burlaban de su propia cobardía.

Así era esa noche, no como las otras, sino como esta. Y es por eso que aprovecho para poderles narrar mi cuento...

Así era esa noche y así es mi cuento, donde había una cabaña en medio del bosque, en medio de la nada, una cabaña tenebrosa, sucia y vacía donde cinco jóvenes como nosotros estaban dentro de ella, asustados por el ruido agudo del silencio, asustados por el soplo del viento y la luz de esta misma vela que con cada brisa se hace más pequeña y juega con nuestras emociones al quererse apagar.

Así era la noche en aquella cabaña. Así era la cabaña en aquella noche. Y así eran aquellos cinco jóvenes como nosotros cinco. Pero ¡no teman!, que si de algo estoy seguro es de que esta noche es como aquella, y si ha de ser así, sobreviviremos los cinco. Y si en algo ha de cambiar, recemos para

que no sea mucho, porque como esta era aquella noche, aquella negra, oscura y tenebrosa noche.

Así era aquella noche, en la que se escuchaban algunos pasos alrededor, en la que los cinco jóvenes, al igual que nosotros, estaban precavidos de gritar por cualquier movimiento inusual, pero les recuerdo...: ¡Era una noche oscura y tenebrosa!, igual a esta, y algo observaba a aquellos jóvenes, algo o alguien porque respiraba muy fuerte, algo o alguien porque se sentía una presencia que no era normal, algo o alguien que pudo asustar a los mismos animales del bosque y que puso a temblar a todos los que se encontraban en la cabaña.

Pero recuerden... si en algo es igual aquella presencia en la cabaña de aquella noche, es que es igual en todo a esta; y si prestan un poco más de atención, sentirán la misma presencia y escucharán el huir de algunos animales distraídos del bosque a los que llamamos salvajes y que sintieron mucho más miedo que cualquier otro animal de los que ellos cazan y solo querían alejarse lo más infinitamente posible de aquella extraña apariencia.

Pero no se preocupen que si todo sale igual a aquella noche, nosotros aquel mismo cuento podremos contar, y si en algo ha de cambiar, recemos a lo que creamos y aferrémonos a lo que tengamos en nuestras manos para poder llegar a donde están todos nuestros demás amigos y nuestro cuento poderles narrar...

Les dije que mi cuento les iba a narrar y les anuncié que sí se iban a asustar, porque este sí es un cuento de miedo de verdad, porque este sí es un cuento real, y aunque parezca irreal, les narro este cuento porque en aquella negra noche yo pude estar y regresé a esta vacía cabaña para a mi cuento poderle dar un final.

Y ustedes, amigos míos, ¡no teman!, porque también en aquella tenebrosa noche pudieron estar y si en algo esta noche no se parece en nada a aquella, es que en esta oscuridad y en la espesa niebla del bosque y su soledad por fin podremos atrapar a aquel monstruo que en las noches como estas nos quiere asustar. Y salgamos de prisa antes que sepa que esta noche es igual a aquella noche y otra vez lo queramos atrapar. ¡Salgamos de prisa, antes que se nos pueda escapar...!





# CRÓNICA



CARLOS YESID LIZARAZO  
La Guajira · Riohacha  
RELATA Guajira

# VILLANUEVA. ENTRE LUCES Y SOMBRAS<sup>2</sup>



*Allá en el cafetal donde yo nací en Villanueva,  
nació mi cantar una noche de luna llena,  
nació la ilusión de poder cantarle a mi tierra  
con el acordeón que acompaña siempre mis penas*

ISRAEL ROMERO OSPINO

## Umbral

Escribir sobre Villanueva supondría sumergirse en la descripción de una cantera inagotable de historias de artistas que conforman el entramado cultural de una sociedad que levanta orgullosa la frente cuando se menciona el Festival Cuna de Acordeones, el Colegio Nacional Roque de Alba o el cerro Pinta'o. Y lo confieso, era un deseo en espera de cumplirse; seguir a través de las canciones el hilo conductor que me llevaría a sus creadores y los motivos que dieron paso a tantas y tan bellas melodías. En esas labores estaba; no obstante, cuando me adentré en los vericuetos de su historia musical, me tropecé con una realidad reciente: acontecida, pero ignorada.

Villanueva fue epicentro de acciones terroristas, comparables con las masacres de El Sala'o o Macayepo, que cegaron tantas vidas. Admito que

---

2 Este texto es un fragmento de un texto más amplio, compuesto por diecisiete páginas. (N. de la E.)

alguna vez leí sobre estos horriblos acontecimientos, pero jamás dimensioné el grado de terror que vivieron los habitantes de esta bella población. Podría afirmar que, al igual que yo, un alto número de habitantes de La Guajira en particular y de Colombia en general desconocen el sufrimiento que vivieron los villanueveros en los años más sombríos de su historia.

## Contexto

En las últimas dos décadas el municipio de Villanueva ha sido tema de primera plana en medios masivos de información. Sesudos analistas —autoridades civiles y militares por razones diametralmente opuestas— se han referido a sus aconteceros o han tomado cartas en sus asuntos. El primero de ellos se remite a la celebración del Festival Cuna de Acordeones, evento que se realiza anualmente. En el festival se reúne lo más selecto del folclor vallenato de La Guajira, Cesar, Magdalena y departamentos que pertenecen a la región sabanera para fortalecer y renovar las diferentes modalidades musicales que hacen parte de esta tradición. La segunda razón que puso en la agenda mediática a Villanueva llegó por cuenta del conflicto político, social y armado que desestabilizó la gobernanza y alteró la convivencia de la Villa de Santo Tomás, de La Guajira y de toda Colombia.

Estas dos grandes vertientes, de inspiración cultural la primera y de terror la segunda, se pueden describir a partir de la vida y muerte de José Alberto Pareja Ariza, conocido como el Pájaro Pareja, bachiller del Colegio Nacional Roque de Alba, folclorista, animador y responsable directo en alguna ocasión del Festival Cuna de Acordeones. Años más tarde víctima fatal del conflicto, en hechos atribuidos a grupos paramilitares que actuaban como autoridad en la región, con la complacencia de una débil institucionalidad en un país hipócrita que asesina a sus líderes y asiste a sus sepelios.

## Vecindario y características

También conocida como La Cuna de Acordeones, Villanueva, con una aproximación de veintisiete mil habitantes, conforma junto con San Juan del Cesar, El Molino, Urumita y La Jagua del Pilar los denominados municipios del sur-sur de La Guajira. Villanueva se distingue por su riqueza cultural,

representada en las dinastías de acordeoneros, compositores, cantantes y músicos de diferentes instrumentos. Pero no solo es folclor y cultura; se reconoce en los villanueveros su vocación agrícola y ambiental, el interés por la academia, su capacidad para superar diferencias y el sufrimiento al que fueron sometidos por los horrores de la guerra que aún vive el país.

Sus límites vecinos y naturales son: por el sur, el municipio de Urumita; por el norte, el municipio de El Molino; por el oriente, la república de Venezuela y por el occidente, los municipios de Valledupar y San Juan del Cesar. Villanueva está ubicada por tierra a tres horas de Riohacha y a media hora de Valledupar. A este municipio se accede tomando la vía que comunica las dos ciudades, conocida como la Troncal de Oriente.

La carretera es recordada por los permanentes accidentes de tránsito que allí acaecen, atribuibles a diversas causas, entre ellas el pésimo estado de la calzada, la invasión permanente de las llamadas “caravanas de la muerte” que transportan gasolina de contrabando proveniente de Venezuela, los semovientes en la vía sin control alguno o el tráfico permanente de tractocamiones que transportan carbón mineral hacia algún puerto del Caribe.

El recorrido para pasajeros lo cubren las empresas de transportes reconocidas: Copetrán, Brasília, Cootracegua o cooperativas de automóviles (carritos), que salen de manera permanente desde las dos capitales hacia los diferentes municipios del sur de La Guajira.

Sus entradas, por el norte y por el sur, están adornadas por dos glorietas y un sistema vial, en el que se destaca la ausencia de arbolado y la simbología cultural que se suele utilizar en estos espacios. El sistema da paso a una variante, que facilita a los viajeros el acceso o desvío de la población. La calle principal de Villanueva atraviesa el centro urbano de extremo a extremo. En lo más céntrico del pueblo la vía se reduce, lo que generaba trancones y molestias al paso de buses de líneas y tráfico pesado. En 1993 entró en funcionamiento la carretera variante, con la que se esperaba superar el problema vial interno. Sin embargo, hoy la carretera central tiene extensos tramos inservibles con el atenuante de que decenas de vendedores informales se apostan sobre la vía a ofrecer sus productos en el sector denominado el centro. El caos vehicular aún permanece.

El municipio de Villanueva está empotrado en las estribaciones de la serranía del Perijá; el suelo es un conjunto de piedras de todos los tamaños (cantos rodados) envueltas en una pesada arcilla de un color que se confunde entre el marrón y un morado oscuro; la misma es utilizada en

la fabricación de ladrillos que se cocinan en hornos artesanales para ser empleados en la construcción de viviendas y otros tipos de obras civiles.

Antes de llegar a la glorieta, en el sentido norte-sur viniendo de Riohacha, por el margen izquierdo se encuentra una sede de la Universidad de La Guajira. La institución de educación superior se hace presente en Villanueva con los programas de Administración de Empresas, Trabajo Social, Salud Ocupacional, Pedagogía Infantil, Etnoeducación y Contaduría Pública. Tanto en su ubicación, como en la oferta académica, la Universidad de La Guajira está de espaldas a la serranía del Perijá.

Las instalaciones de la universidad, ubicadas a unos quinientos metros de la vía principal, son amplias y bien logradas, con proyección para su crecimiento físico; las paredes exhiben un desgastado verde con amarillo, colores característicos de esa entidad. Con su presencia, la universidad dinamiza diferentes sectores, pero lo más importante, según sus habitantes, es la posibilidad de estudio y profesionalización a bajo costo que ofrece el ente académico para los jóvenes de este y otros municipios vecinos.

Al adentrarse en la población en el mismo sentido, los vehículos se desplazan por una amplia avenida de cuatro carriles, que inicia unos quinientos metros después de la glorieta y termina metros antes del Hospital Santo Tomás. En el margen izquierdo del recorrido se encuentra la Institución Educativa Roque de Alba, colegio fundado en el año 1964 en las afueras del pueblo, hoy absorbido por el crecimiento poblacional. El Roque de Alba goza de reconocida trayectoria, aprecio y admiración; sus edificaciones amplias y cómodas garantizan la estabilidad y el confort a sus estudiantes. Por sus aulas han trasegado miles de villanueveros que hoy ostentan orgullosos el título de “bachiller del Roque”.

Unos metros más adelante, desviándose de la vía principal hacia el margen izquierdo, está ubicada la Casa de la Cultura Rafael Antonio Amaya, una edificación grande, de dos pisos, recién restaurada por el Ministerio de Cultura, con suficiente espacio y divisiones para adelantar las actividades misionales. Un ambiente bucólico rodea las instalaciones; en el patio, un quiosco con un diseño rectangular alargado desde donde se percibe un rumor de agua que se confunde con el canto de aves que revolotean en las copas de varios árboles, uno de ellos tan gigantesco que es imposible no detenerse a admirar su imponentia.

—Es una ceiba —anuncia Floráγγελ Gallo, directora de la Casa de la Cultura, al verme extasiado admirando el colosal árbol.

Entonces recordé y empecé a tararear la célebre canción del maestro Rafael Escalona interpretada por los hermanos Zuleta, que habla de un gavilán y por la que se empezó a hablar de Villanueva en los vallenatos.

¡Ay!, en la ceiba de Villanueva canta un gavilán bajito  
y diciendo que se lleva a una paloma que ha visto,  
dice que no se la lleva porque no la encuentra sola;  
pero como ella es paloma y yo soy gavilán rastrero

—Es una ceiba, pero no es la de la canción de Escalona —interrumpe mi inspiración Florángel—. La ceiba de la canción fue erradicada hace varios años por vieja —sentencia con voz de autoridad.

El ruido de agua en movimiento lo provoca La Acequia, que es uno de tres canales construidos a fuerza de pico y pala a principios del siglo pasado; en algunos tramos su lecho está cubierto por mezcla de cemento y arena, en otros, permanece natural. La corriente de agua se desprende del río Villanueva y surca gran parte del pueblo, atraviesa el patio de la Casa de la Cultura y continúa su rumbo hacia la carretera principal; sus aguas, cristalinas y frías —mensaje permanente de la presencia de la serranía del Perijá—, son usadas para el riego de siembras de diferentes productos agrícolas.

En las instalaciones de la Casa de la Cultura funcionan otras dependencias de la administración municipal; paradójicamente, la oficina de cultura es la más pequeña. Una mesa acompañada de tres sillas de plástico o “rimax” como son conocidas, componen el mobiliario básico para su funcionamiento y atención al público.

Siguiendo la tortuosa vía principal se llega hasta el lugar denominado El Ceibote, otro gigantesco árbol de ceiba que da sombra a diferentes autos que prestan el servicio de transporte público intermunicipal, mientras que el transporte interno lo ofrecen los mototaxis: un carruaje para tres personas halado por una moto; hay docenas de ellos, su ensordecedor pito está por todas partes. Todo el sector es comercial: almacenes que ofertan diferentes productos, restaurantes, depósitos de víveres, al igual que negocios informales que pululan sobre la vía principal.

A pocos metros de allí, una estructura para plaza de mercado que se cae a pedazos ocupa cerca de una manzana. Alguna vez prestó algún servicio. Hoy la indiferencia de la administración municipal y de la ciudadanía

en general son cómplices de su deterioro; ocurre lo mismo con el emblemático Hotel Guazara y la Casa del Abuelo.

—Son bienes del municipio que administraciones anteriores entregaron a privados bajo la figura de concesión por las que el actual alcalde enfrenta demandas por deudas acumuladas y deterioro de la infraestructura —explica el concejal Marielo Enrique Rodríguez, quien afirma haber sacado la votación más alta en las elecciones pasadas, pero tres días después aparecía de tercero.

—Así es la política aquí, oiga, el que escruta elige —afirma el concejal.

Unos doscientos metros separan El Ceibote de la plaza Simón Bolívar. Es domingo por la mañana de un septiembre con olor a lluvia; las campanas de la iglesia redoblan llamando a sus feligreses para la misa dominical. La serranía del Perijá y el cerro Pinta'o se ocultan tras una estela de nubes blancas, imagen típica que se describe en la canción "Mañanitas de invierno" compuesta por el maestro villanuevero Emiliano Zuleta Díaz:

Mira mi vida qué mañana tan serena,  
qué mañana tan lluviosa, que me dan ganas de llorar  
y confundido con el canto de las aves  
confundido en tu presencia y tu figura angelical.  
Esa mañanita de invierno me enguayaba  
me recuerda a Villanueva, me recuerda mi niñez.  
En ese tiempo dibujé tantas mañanas,  
esos tiempos se me han ido,  
más nunca los vuelvo a ver.  
Dame un besito te lo pido mi amor,  
dame un besito pa' sentirte en mi ser,  
dame un besito con todo el corazón  
para que sepas cómo un hombre,  
cuando se enamora con el alma  
entrega el cariño a una mujer.

Frente a la iglesia, el parque, y detrás de este, la alcaldía. A la derecha de la Casa de Dios se encuentra ubicada la tarima por la que desfilan los artistas durante el Festival Cuna de Acordeones. La tarima está protegida por un descomunal árbol de caucho que ofrece su sombra por lo menos a diez metros a la redonda; al otro lado de la tarima, otra ceiba tan grande

como las anteriores; estos dos vástagos son los vigías naturales de la tarima Escolástico Romero. Con el nombre de la tarima se le rinde tributo a una de las dinastías de artistas más reconocidas de Villanueva, en la que se suman la de los Zuleta, los Ovalle, los Maestre, los Bolaños, los Murgas, los Kammerer, los Cuadrado, los Celedón, los Daza, entre otras.





# DRAMATURGIA



YERITZA VIANA MORENO  
Cesar · Pelaya  
Taller La Voz Propia

# ALGUNA VEZ FUI NIÑA: LIBRETO CONTRA EL TRABAJO INFANTIL



## Personajes

CLETA: Niña que recibe la carta

YULI: Niña protagonista

MAMÁ: Madre de Yuli

NIÑO 1: Hermanito menor de Yuli

NIÑO 2: Hermanito menor de Yuli

LIBORIO: Padre de Yuli

PATRONA: Empleadora de la madre de Yuli

DOÑA SELVA: Dueña de la casa donde vive Yuli

MÉDICO: Quien atiende a don Liborio

VECINA: Quien da la noticia a la madre de Yuli

COMERCIANTE: Mujer que da trabajo a Yuli

## Escena 1

VOZ OFF: No es fácil ser niño o niña en un mundo adulto, tan lejano muchas veces de nuestros sueños, hermoso, repleto de colores, pero CON TANTAS DIFICULTADES para personitas de tan corta edad; este es uno de esos casos.

(Aparece Clela, una niña de diez años. Sale al frente de su casa, donde está el buzón del correo, busca y encuentra una carta, la estrecha con fuerza contra su pecho, comienza a llamar en voz alta a su mamá que está dentro).

CLELA: Mamita... mamita, acabo de recibir una carta, es de mi amiguita Yuli, pobrecita, en días pasados me contó que estaba pasando por una situación muy difícil, miremos qué me dice en su cartica, la voy a leer en voz alta, para que nos vayamos imaginando todo lo que ha sufrido con su familia. La carta dice así. (Empieza a leer y sale de la escena).

VOZ DE YULI: Hola Clela, ¿cómo estás?... Espero que bien, en mi última carta te había contado acerca de lo que ha ocurrido con mi vida en los últimos meses, pero aún hay cosas que no sabes. Desde que salimos del pueblo a esta ciudad tan grande, las cosas no volvieron a ser iguales, mamá se la pasa todo el tiempo de mal genio.

MAMÁ: Niños, levántense... es hora de ir al colegio.

NIÑO 1: Nooo... no quierooo...

NIÑO 2: Por favor mamá, hace mucho frío.

YULI: Mamita... QUIERO DORMIR un ratito más.

MAMÁ: A levantarse dije. (Les arrebató la cobija con la que se arropan los tres) y tú Yuli (dirigiéndose a la niña)... eres la mayor y la que debería dar ejemplo... A bañarse todos he dicho, antes que... (Amenaza con quitarse la chancla y golpearlos a todos, todos se levantan rápidamente y salen a bañarse; desde la habitación entra el esposo, terminando de abotonarse la camisa).

LIBORIO: Ya tienes listo el desayuno, mujer... mira qué horas son... se nos va a hacer tarde.

MAMÁ: YA ESTÁ SERVIDO EL PAN, EN LA MESA HAY MANTEQUILLA... NO TENEMOS MÁS.

LIBORIO: Paciencia, paciencia mujer... ya vendrán mejores tiempos, al menos tengo un trabajo digno y eso es lo que importa.

MAMÁ: ¿Trabajo digno?... No estás ni tibio, Liborio, te pagan una migaja, trabajas todo el día y, de ñapa, es un trabajo peligroso.

LIBORIO: Más peligroso si nos hubiésemos quedado en el pueblo, allá sí que estaba peligroso, el balín estaba bien bajito.

MAMÁ: Pero aquí el riesgo es mucho más alto, trabajas las veinticuatro horas como albañil, todo el día trepado en unos andamios inmensos y sin ninguna protección.

LIBORIO: Ja ja ja, no tengas pena, mujer, si tuviese que amarrarme con correas ya me lo hubiesen explicado los patrones, además yo soy un gato para las alturas... más bien apure a esos muchachitos, tengo que caminar

como diez cuadras con ellos de la mano para dejarlos en el colegio, y de ahí otras diez cuadras más para llegar al trabajo.

YULI: (Saliendo con los niños tomados de la mano) Ya terminé de arreglarlos, mami, quedaron bien vestiditos mis hermanitos.

MAMÁ: No fuiste capaz de limpiarles los mocos... (Toma un trapo y les limpia la cara a todos, acto seguido guarda una lonchera para cada niño en su bolso). Ahí tienen su desayuno... para cuando les dé hambre. (Les da un beso y los despide a todos, desde la ventana les dice adiós, mientras todos salen, la madre dice en voz alta):

Ay, Dios mío, qué difícil nos ha resultado la vida en esta SELVA DE CEMENTO tan grande. (Mueve la cabeza y sale, secándose las lágrimas).

## Escena II

VOZ DE YULI: Ni siquiera vivíamos, sobrevivíamos, EN UN BARRIO MUY ALEJADO DEL CENTRO DE LA CIUDAD, UN SECTOR SIN SERVICIO DE BUS, NI AGUA POTABLE, era una temporada muy difícil para nuestra familia, lo que no SOSPECHÁBAMOS era que lo PEOR AÚN ESTABA POR PASAR.

VECINA: (Entra corriendo a la sala de la casa) Vecina... vecina... ¿dónde está usted?... Jesús, María y José... qué cosa tan terrible...

MAMÁ: Bueno y qué es ese alboroto, si se puede saber.

VECINA: Algo terrible vecina... muy terrible.

MAMÁ: pero dígame de una vez... por favor, vecina.

VECINA: El vecino Liborio trabaja como albañil en el edificio que están construyendo en la esquina de la 56, ¿verdad?

MAMÁ: Sí, vecina... ¿por qué?

VECINA: No se vaya a asustar, vecina, pero acaba de salir por las noticias que se desplomó un andamio que estaba como a quince metros de altura y que todos los obreros que estaban allá arriba... vea (hace un gesto pasándose la mano por la garganta en señal de que fallecieron; la esposa se desmaya, la vecina corre a su alrededor desesperada tratando de reanimarla).

Vecina, no se vaya a morir usted también, levántese, vamos a ver qué fue lo que pasó. (La esposa se despierta de repente y se levanta de un salto mientras grita).

MAMÁ: Vaaamos vecina... vamos. (Salen ambas corriendo, como alma que lleva al diablo).

## Escena III

VOZ DE YULI: Mi padre no murió, de los seis obreros que estaban con él en el andamio, fue el único que sobrevivió, aunque a veces me pregunto si no hubiese sido mejor que hubiese muerto, para no escuchar sus gemidos y constantes maldiciones día y noche, acostado en una cama.

MÉDICO: Lo peor ya pasó, este es un verdadero milagro de Dios, la ciencia no se explica cómo pudo salvarse en una caída libre de más de quince metros.

NIÑO 1: Doctor, explíqueme, por favor, ¿mi papito volverá a caminar?

MÉDICO: Infortunadamente no... no hay la más mínima esperanza, el señor tuvo más de treinta fracturas en todo su cuerpo, incluyendo su columna vertebral.

NIÑO 2: ¿Entonces, quién nos llevará al colegio?

YULI: No se pongan tristes, mientras papi se recupera, yo los llevaré cada mañana.

MAMÁ: Y yo trabajaré duro, así tenga que partirme el lomo, para que nunca les falte nada.

(El padre levanta la voz y alcanzamos a entender la primera andanada de maldiciones e improperios).

LIBORIO: No quiero ser una carga para mi familia... ¡Dios, por qué no te acordaste de mí...! Quiero mooorrrrr.

VOZ DE YULI: Mamá nos abrazó llorando, ese día lloramos todos incluyendo al médico, que se compadecía de nuestra triste situación.

## Escena IV

VOZ DE YULI: Qué difícil resultó para mamá conseguir un trabajo; una señora la empleó como muchacha del servicio, salía muy temprano en la mañana y regresaba muy tarde en la noche, sin dinero, solo recibía sus alimentos y traía como pago una bolsa de arroz y unos frijoles, la señora le pagaba con productos de su tienda. Cuando mi madre le reclamaba un incremento en su pago, ella solo le decía:

PATRONA: Déjese de tanta quejadera y trabaje más, mire usted cuántas mujeres andan por ahí deseando el trabajo que usted tiene; sí, señora,

vienen desde otros países a buscar trabajo y lo hacen solo por la comida, agradezca que la estoy ocupando... mal agradecida.

VOZ DE YULI: Como mi mamá tuvo que trabajar, yo tuve que resignarme a dejar de estudiar, lo hice, además, para poder llevar a mis hermanitos al colegio y regresarme a cuidar a mi papá.

El dinero no era suficiente, a papá le quedaron pagando menos de la mitad de lo que se estaba ganando y eso a duras penas alcanzaba para los gastos mínimos de la familia y los niños. Todos los días sufríamos las humillaciones de la dueña de la casucha donde vivíamos arrendados.

DOÑA SELVA: ¿Sabe a qué vengo?... Me imagino que sí... Necesito que me cancele los tres meses de arriendo que me están debiendo... partida de malapagas.

YULI: Nosotros no somos malapagas, peso a peso le vamos a pagar todo lo que le debemos.

DOÑA SELVA: Pues más les vale, porque si en ocho días no me pagan el arriendo, los voy a echar de patitas a la calle.

MAMÁ: Hija... bien sabes que no podemos pagarle... El dinero que ganamos es poco, los servicios son costosos, ¿de dónde vamos a pagar?

YULI: No te preocupes, mamá. Te voy a ayudar con los gastos de esta casa, así tenga que trabajar, ya lo verás.

VOZ DE YULI: Al día siguiente una comerciante me dio trabajo en su tienda, debía estar muy avispada porque tenía que llevar pesadas bolsas de compras a domicilios lejanos, me tocaba cruzar corriendo una avenida transitada, sacándole el quite a los carros con los paquetes a lado y lado. El descanso entre domicilio y domicilio consistía en acomodar pesadas cajas en la inmensa bodega. A mi patrona le gustó mi trabajo y hasta me preguntó si tenía más hermanos, con la misma verraquera que yo, me dijo que los llevara que ella los ponía a trabajar también.

Mis hermanos menores también empezaron a trabajar, al fin de cuentas, habían dejado de estudiar, porque no había quién los llevara al colegio. Papá no dijo nada, aprendió a quedarse solo en casa y a valerse por sí mismo.

¿Recuerdas, Clea, cuando tú y yo, en el pueblo, jugábamos a que yo era una abogada muy importante y que defendía a los más débiles?

YULI: (Con gafas y vestida como un abogada). Señora Juez, los derechos de los niños prevalecen por encima de los derechos de los demás, por eso yo le pido en esta audiencia que se condene a esos patrones explotadores de niños y que nunca más se vuelvan a presentar situaciones en las que los

niños dejen de jugar, de soñar y de estudiar por dedicarse a trabajar, he dicho, su señoría.

CLETA: (Vestida con una toga y un mazo). Concedido señora abogada, de hoy en adelante, queda terminantemente prohibido que los niños de Colombia y del mundo abandonen sus estudios y tengan que dedicarse a trabajar... CASO CERRADOOOOO. (Da un mazazo en la mesa).

VOZ DE YULI: Han pasado algunos meses y ya a mis hermanos y a mí se nos hace normal que debemos levantarnos para ir a trabajar; trabajamos muchas horas y descansamos muy poco. Cuando llegamos a casa el cansancio es total, solo podemos abrazar a papá, quien, ya sin fuerzas, dejó de quejarse, solo sonrío, resignado a su suerte. Mamá sigue trabajando, cambiando de casa de familia cada vez que la despiden cuando reclama un mejor salario.

Aunque yo no he perdido la esperanza de volver al colegio para retomar mis sueños, mis hermanos me dicen que ellos ya no van a volver a estudiar, pues se sienten muy contentos con la idea de poder disponer de unas cuantas monedas; el sueño de la escuela murió en ellos.

Amiga Cleta, me haces mucha falta, qué difícil resulta ser niña en una sociedad en la que debo resignarme a comportarme y a sentirme como adulta.

Por eso desde el fondo de mi corazón quisiera jugar a ser niña otra vez.

(Se muestran imágenes de los cuatro niños, incluyendo a Cleta, jugando “el puente está quebrado” en cámara lenta).



POESÍA





SAMUEL POSADA HERAS  
Atlántico · Barranquilla  
Taller Maskeletras

# MUERTE



En los ojos del sonido,  
el nido hace tiempo. Recita un amanecer,  
de aire blanco, sol azul.  
Huele a poema, a luz de tul.

Un árbol callado, pide con gritos  
“Agua viva, agua muerta, agua alegre o desierta”  
¿Lo escucharán sus hojas?

El agua muerta no mata, no moja.  
El agua viva siempre muere.

Triste árbol, morirá en esta linda mañana.

La lluvia egoísta, resentida,  
desaparece, se nos lleva la vida.

¡El árbol muere!  
¡Pide agua a gritos!

No morirá, no morirá;  
no morirá mientras de él  
nunca se haya escrito.

## Muerte II

El dormido tiempo ha despertado.  
El día, el sol tardan semanas.  
El olor a beso de pan  
alimenta el canto de las aves.

Una campanilla tímida se refugia  
en paredes, ¡en un árbol!  
En todas y una hoja canta la noche.

La aguda voz llama a un niño,  
inocente desde el nacer.  
En su sueño  
escribe la eternidad.

Aún duerme el chiquillo,  
y las sombras se disipan en la caverna.  
Es inmune, vivirá.  
Escribió la vida eterna.

Despertó, asustado, llorando,  
los nervios en su pecho envueltos,  
volvió a dormir.  
No lo supo, había muerto.

## Mito

Idilio funesto, vestido de ternura;  
habló al viento, hizo las rosas, una.  
Palma inclinada, sin bordes marchitos.  
¡Nació dios en Moguer!  
Siendo ser, hombre y verso dorado.

Plateados ojos.  
Voces de ángeles, anuncian,

¡dios!  
¡Palpitó dios en Moguer!  
Las musas le dan voz;  
su llanto, puro; dios es uno.  
Total, un verso desnudo.

Lloró,  
la mejilla empapada de mar.  
El sollozo quebró el respirar.  
Un jardín, una rosa, volvió a pintar.  
Condenado sin condena, nació el poeta.

dios, inmortal, es Espacio.  
¡dios palpitó en Moguer!

La flauta, el tambor.  
Perpetuos cantos en la noche triste,  
en la nada.  
Es Moguer para dios.  
Es Moguer y su alborada.  
¡dios nació en su era!

¡dios nació!  
Nació la primavera.

## Su poema

Voz muda, hablaba palabra sobre la palabra.  
Lo eterno en segundos olvidados.  
El presente, presente; en lo caduco redactado.  
Su poema, inmortal, habla.

Letras celestes, un cielo contaban.  
Su palabra, hecha palabra,  
un mirar a las estrellas tildadas.

El universo en su verso.  
El beso sin labios, un insomnio,  
insomnio y ensueño.  
Su lector, en su Espacio, pequeño.

Su aliento calló con prosas el espíritu despierto.  
Germinó rosas frente al entronado Hades,  
Dios de muertos.

Hombre creador, alma perspicaz.  
Construye vida,  
sin angustia alguna.  
Hombre creador de sombras, dibujas letras.  
Dios, eres poeta.

VERÓNICA VICTORIA VENEGAS VERGARA  
Norte de Santander · Pamplona  
Taller Rayuela

# PASIONES



## Recuerdos

Le falta aliento al deseo, mi piel ya no arde  
Palabras frías congelaron mi Ser.  
La calidez de un abrazo,  
La dulzura de una palabra,  
La verdad de un te quiero  
Y las caricias del alma quedaron olvidadas en una esquina del recuerdo.  
Los besos ya no tienen el perfume que endulzaban tu lengua  
Y a la vera del camino he encontrado a la pasión  
Tirada en un saco roto  
Llena de recuerdos que no quiero recordar.

## Vacíos

Y he llenado el vacío de tus besos con palabras olvidadas  
Y caricias de olvido.  
A la soledad la he acompañado de verdades  
Y a la tristeza,  
a la tristeza le he dicho  
que vacíe el recuerdo  
y lo llene de olvido.

## Lucha

Me quema tu presencia  
Mi lengua sigilosa y suave te invade  
Recorre tu campo de batalla  
Enfilo tus sentidos  
Que como los soldados  
Al menor contacto de tu piel  
Preparan el ataque  
Y entre muros que parecen infranqueables  
Me deslizo suavemente.

### ¿Y ahora qué?

Y ahora que el traje de tristeza se ha rasgado de olvido  
Y ahora que el presente está lleno de futuros inciertos  
Y ahora que el pasado nos persigue con su mofa burlesca  
Y ahora a tu piel solo la roza el viento y la única sonrisa es tu imagen  
en el espejo

¿Y ahora qué?

CECILIA URRUTIA ZORRO  
Santander · Bucaramanga  
Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta

## TONADA A MI NIÑEZ



En el inmenso silencio del amanecer, un tenue rayo de luz solar molesta mis ojos, mientras el frío congela mis pies.

—¡Arriba, arriba! Es hora de bañarse, desayunar rapidito y apure, se le puede hacer tarde.

—Ya voy.

—¡Moviendo, moviendo! ¡Mueva esos brazos! ¡Coma! ¡Mastique! ¡Apure, el sol ya salió, el tiempo vuela y yo tengo que hacer!

Es la rutina de cada mañana, es abuela que ordena, y yo comienzo a aprender, a vivir en el espacio y el tiempo que acosa con su correr y correr; nadie lo detiene y cada día nace y muere. Sin embargo, además de rutina es un canto de vida que puede manejarse, hacer melodía y dar saltos, reír y volverle a querer. Un día nuevo es crecer, mirar el entorno y ser parte de él; ubicar sonidos y aromas; es mover este cuerpo que me lleva arriba, abajo, al lado y de regreso otra vez; es admirar a través de mis ojos lo que llena mi alma, aviva emociones, deseos, permite poderes que solo yo sé, secretos que nacen al treparse en un árbol, ver en el cielo figuras de nubes y colores que no se repiten en brillos, en tonos de azules, dorados, magentas y grises que te hablan a la vez, que extienden su mano para llevarte a un sitio. Todo es un torbellino de cosas antes de tomar el camino que me lleva a una gran casa que llaman escuela, donde nos reúnen de acuerdo con el saber, donde las horas se cuentan para dar rienda suelta a la alegría y el placer de hacer lo que quiera; jugar, reír, hablar al antojo, comer, compartir con amigos o solo sentarse a ver a otros en algún quehacer.

Al atardecer, otra jornada cumplida; caminar lento, regresar a casa en soledad es maravilloso; sin prisa el viento es más suave; las flores en mil colores y aromas provocan un sin igual paisaje que cambia en cada estación,

con un gran regalo a quien lo sepa ver. Tú, mi camino, el que cuenta mis pasos y guarda cada cosa que te cuento a la vez, tú que me escuchas y con tu canto acompañas porque en tu orilla corre este hilo de agua que arrulla y acaricia mis pies, tú, mi camino, llevas mis huellas y yo las tuyas, esas que añoro al volver en cada tarde y entrar al hogar, recibir un abrazo, oler el café, escuchar el trino de aves que van a su nido temprano a sus crías atender, orar por el día pasado, agradecer al creador todo lo dado y al descanso entregarse hasta que aquel ruido en el inmenso silencio me vuelva a tener.





# NODO CENTRO



Arauca · Boyacá · Caquetá · Cundinamarca ·  
Guaviare · Huila · Tolima



# CUENTO



ÁLVARO DAVID SALAZAR  
Arauca · Arauca  
Taller Arauca Lee, Escribe y Cuenta

# GLORIA Y OTROS SILENCIOS



Se lamía las patas. Gemía. Miraba la casa y gemía como si fuera un cachorro. Cachi ya no estaba, los había abandonado a Él y a Gloria. Él todavía lo espera.

Cuando pasea por la casa, ve la mecedora y extraña los días de antes. Es como si Gloria estuviese allí, quitándole las botas a Cachi después de las labores del campo, mientras Él, echado al lado de la silla, jadeando, con la cabeza inclinada hacia un lado, sentía cómo su amo lo acariciaba. Hace mucho que no ve sus pies callosos.

En las mañanas va y visita las vacas, como de costumbre. Las corretea, les gruñe. Luego, se echa en el pasto y mira hacia la casa, pero nadie sale. Ya no viene Cachi con las cosas del ordeño, tampoco escucha los pasos de Gloria detrás de él trayendo el lazo. Solo hay vacas comiendo pasto y uno que otro grillo. Él siempre sintió curiosidad por esos animalitos que se encuentra sobre el pasto, los mira detenidamente y se abalanza sobre ellos. Algunas veces consigue comerse uno, pero solo algunas veces.

Decide volver hasta donde está Gloria, como dormida. Ella ya no le tira pedazos de carne en la cocina, tampoco va a buscar leña.

Se acerca achantado, con las orejas agachadas, la muerde, como reclamándole para que se despierte, pero lo único que consigue es desmembrarle algún hueso. Entonces gime otra vez como un cachorro. Él quiere que vuelva Cachi para que Gloria se levante y le dé carne y puedan ir por las vacas para llevarlas al corral, como hacían antes, cuando podía sentir las caricias sobre su cabeza y se creía protegido y pleno con Cachi y Gloria.

Para de gemir y cae en un sueño triste y solo. Ve a Cachi cuando intenta no irse con esos hombres que se lo llevaron. Se ve a sí mismo queriendo

ayudarlo, pero luego huyendo al escuchar esos estruendos que le causaron tanto miedo.

Ve a Gloria llorar y luego caer al suelo mientras Él corre lleno de miedo por culpa de ese sonido que le taladra el ser. Si Cachi vuelve tal vez no tenga más pesadillas cuando oiga truenos, ni tendrá que estar bajo la lluvia acompañando a Gloria.

Pero quiere que no venga con ellos, porque si lo hace tendrá miedo nuevamente.

JENNY CEPEDA FUENTES  
Boyacá · Jericó  
Taller Fernando Soto Aparicio (FERSOAP)

# EL PEOR ERROR



Amanda tenía diecinueve años cuando conoció a una persona que le daba un cariño diferente al de sus padres, no había sido el primero en ella, pero había marcado su vida.

Diego fue esa persona que le ayudó a descubrir diferentes cosas. Se conocieron de una manera muy común, empezaron a hablar, ellos se entendían. Así pasaron días, semanas, y Amanda empezó a sentir algo más que una amistad. Siguieron hablando, pero después de un tiempo él conoció a otra persona; ella se sentía mal porque no le expresó lo que sentía y por eso lo estaba perdiendo; el tiempo seguía pasando y el joven se estaba enamorando de otra persona. La niña seguía al lado de Diego esperando que algún día él se diera cuenta de lo que ella sentía, pero no fue así, por más que ella espero él nunca la vio con ojos distintos a los de una amiga. Amanda ya sentía que era un estorbo para el muchacho y decidió alejarse. Ella conoció a otra persona con quien se sentía bien, pero aun así no dejaba de pensar en ese viejo amor; por más que lo intentaba, no podía olvidarlo. Amanda decidió buscar a Diego para confesarle lo que sentía por él, pero este no reaccionó de la forma que Amanda esperaba, pues le dijo que era muy tarde, que ya estaba enamorado de alguien más.

En esos días Amanda estuvo muy deprimida y Diego muy pensativo, pues la que era su amiga se enamoró de él. Pasaron los días y al joven se le fue olvidando lo que había pasado, pero no era el mismo caso de Amanda, ella sentía que lo quería aún más.

Pasaron muchos años, en los que ella encontró a una persona que la respetaba y la amaba. Ella se sentía muy bien con ese hombre, pues compartían muchas cosas y pasaban mucho tiempo juntos. En un fin de semana, la muchacha decidió salir con unas amigas a un bar; cuando estaban ahí unos

hombres se acercaron y las invitaron a bailar. Ellas sin ningún problema aceptaron, pero eso no era lo raro, lo raro era la persona con quien Amanda estaba bailando, pues ella sentía que lo conocía. Entonces le preguntó:

—¿Tú eres Diego?

—Sí, soy Diego. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy Amanda. ¿Me recuerdas?

—Claro que sí —dijo él—, lo que pasa es que has cambiado mucho, ahora estás muy bonita.

Ellos empezaron hablar y hablar. Amanda no se había dado cuenta de que ya había pasado mucho tiempo. Cuando sacó su celular y vio la hora, dijo:

—¡Me tengo que ir, Diego, pues ya es muy tarde!

Al otro día, Diego la llamó para preguntarle cómo había amanecido; cuando Amanda vio que Diego la estaba llamando, se emocionó mucho, pues ella todavía lo quería. Ellos quedaron de verse en la tarde y así fue, se encontraron y hablaron unas horas; así pasaron algunos meses.

Diego y Amanda decidieron dejar a sus parejas para poder formar una familia. Ella se sentía la mujer más afortunada del mundo, pero pasaron muchas cosas entre ellos hasta que empezó a sentir raro a Diego; sentía que él ya no era el mismo. Una tarde llegó un amigo de él a la casa. Ella aprovechó y le preguntó si sabía qué le pasaba a Diego. Él le contó que el muchacho solo quería jugar con ella; la joven se sintió usada y muy decepcionada del esposo, lo cual la llevó a suicidarse. Después de algunos días, Diego andaba tomado de las manos con el amigo que fue a la casa a contarle a Amanda que la estaban usando; lo hizo por celos, pues él y Diego eran novios hacía mucho rato, tenían una doble vida que quedó al descubierto con la muerte de Amanda. Por la indignación de la gente y la homofobia existente, Diego también decidió suicidarse.

JULIO CÉSAR TORRES MERIDIETA  
Caquetá · Florencia  
Taller Maniguaje

# REFLEJO



*In memoria de mi abuela Chela*

“Ya no me queda mucho en este mundo, creo que estoy viviendo horas extras...”. Sus palabras denotaban la más clara resignación de que la vida se le estaba yendo poco a poco. A sus ochenta y seis años había visto cómo el óxido del tiempo corroe las más dulces esperanzas, los mejores proyectos, los más nobles deseos y los anhelos más honestos. Había enterrado a su esposo y a una hija, que le dejaron un vacío en el alma que nunca pudo llenar; también había tenido que enterrar a una cantidad de amistades que le llenaron su mente de recuerdos.

“Cuando me vaya, no quiero que me lloran...”. Preparó psicológicamente a cada uno de sus hijos, nietos y bisnietos; solo les pedía que se unieran y estuvieran pendientes los unos de los otros. No fue una matrona macondiana pero sus palabras eran la certeza de las cosas.

“De esta semana no paso; en estos días me duermo y no me voy a despertar más...”. El mayor de sus hijos la encontró agonizando una de esas mañanas en las que siempre se levantaba temprano, y de primera, para preparar el tinto. Como pudo la llevó a la clínica donde, días después de una lucha de los médicos por mantenerla con vida, pudo continuar con su sueño. Lo último que hizo fue ver al primero de sus hijos.

Meses después de su partida, cada vez que paso por su casa, me da la impresión de verla parada en la reja, con esa sonrisa llena de ternura que me hacía olvidar que pese a lo dura que es la vida siempre hay una razón para sonreír.

ÓMAR ROBERTO QUINCHE GARCÍA  
Cundinamarca · Fusagasugá  
Taller Manuel María Aya Díaz

## ¿SI DIOS QUIERE?



—Aurora. Qué embarazo tan complicado. Ese dios al que usted le reza todos los días, ¿nos permitirá nuestro quinto hijo?

—Manuel, usted se empeña en negar la omnipotencia del señor, ¿hasta cuándo? Ya no diga nada más. Las contracciones son más seguidas y los dolores son muy fuertes. Creo que debe ir por la partera, doña Concepción. Vaya rápido.

—Sí, ya voy, tranquilícese, pero este embarazo ha sido más difícil que los otros, ha estado muy enferma.

—Sí, mijo.

—Nuestros hijos desnutridos, ¿se ha fijado... cómo se les caen los dientes?

—Papi, apúrese, mi mami está muy mal.

—Ya, Dorita, ya voy por la partera. Cada día todo es más difícil.

—Papi... ¡Por favor!

—Ah, me voy. Sea fuerte, Aurora. Y ustedes hijos, cuidenla. No me demoro.

—Dígale que se apresure. Esta criatura ya viene. Ya rompí fuente. Corra.

\* \* \*

—Señora Concepción, buenas noches. Parece que ha llegado el momento. Ella está en las últimas, se siente mal, por favor, se lo ruego, dese prisa.

—Buenas noches, cálmese. Un momento, debo afistar unas cosas.

—Gracias. Pero rápido.

—Bueno, vamos. Ayúdeme con esta bolsa.



—Parecen kilómetros estas cinco cuadras hasta el inquilinato. Espero que Aurora se encuentre bien.

—Ay, ay, ay, doña Concepción, buenas noches, qué pena con usted, es de noche. Pero creo que está listo. Ay, ay, ay.

—Buenas noches, niños. Aurora, tranquila. Todo va a estar bien. Y si Dios quiere, usted y su hijo estarán a salvo

—¡Vuelve y juega! A remachar con el cuentico de que “si dios quiere”, más bien concéntrese en su trabajo.

—Bueno. Entonces déjeme concentrar, don Manuel. Niños, ustedes no deben estar aquí. Salgan.

—¡No joda, Manuel! Vaya y mire qué hacen los niños.

—Por la paga no se preocupe. Don Plinio me prestó para cancelar su servicio. Mire cómo suda y se retuerce mi pobre Aurora. Que su dios las ayude.

—No sea tan incrédulo. Agradezca a dios “que le ha dado licencia” de traer cuatro hijos a este mundo.

—¿A qué se refiere, cuando dice que me ha dado licencia?

—No, no, don Manuel, otra vez con sus ideas.

—¡No joda, Manuel! ¡Basta ya! Estos dolores no los soporto ¡Siento que me muero! Doña concepción, ayúdeme. A pesar de toda esta pobreza, quiero que la criatura nazca bien. Y que yo no muera. ¿Porque quién los cuidaría? Y son niños todavía.

—Cálmese, respire como le digo. Puje, puje, puje.

—Ya me voy, hasta luego. Espero verlos pronto y bien.

—¿Usted qué quiere, niña o niño? Puje, puje, puje. Ya viene. Es una niña muy, muy flaquita. Vamos, Aurora, fuerte, fuerte, respire.

—Uy, uy, uy, qué dolor tan terrible, ¿qué pasa?

—No, nada. Venía en posición de nalgas. Así es más difícil y peligroso. Tranquila, la niña respira.

—¿Por qué no llora?

—Está atacada y morada.

—Es que escuché como si algo se quebrara, como una rama seca al partirse.

—No, tranquila. Es tal vez su imaginación.

—¡No! Escuché algo raro.

\* \* \*

—Buenas noches, don Manuel, ¿y qué hace con toda la chinamenta en el andén? A propósito, ¿qué hay del nuevo hijo? ¿Para cuándo?

—Precisamente, don Francisco, estamos acá porque doña Concepción está atendiendo el parto.

—Bueno, felicitaciones por anticipado, espero que todo salga bien.

—Gracias.

—Ah, aprovecho para preguntarle ¿cuándo me va a pagar lo que me debe?

—Qué pena, nada de trabajo y la constructora de que le hablé, que supuestamente me iba a dar un trabajo fijo, resultó ser un fraude.

—Bueno, paciencia, pero le cuento que no puedo fiarle más. Usted entenderá que debo pagar a mis proveedores, lo lamento mucho.

—Bueno. Hasta luego, don Francisco.

—Ya nació su hermanito. ¿Escuchan cómo llora? Ojalá todo esté bien.

—Ustedes niños quédense juiciosos, les aviso cuando puedan entrar. Cuidado con los carros.

\* \* \*

—¡Aurora! ¿Cómo está? ¿Qué es, niña o niño?

—Niña, mijo, yo quería niña.

—Yo también.

—¿Por qué está atacada llorando, y morada? Parece como si algo le doliera demasiado y llora sin alientos. Pobrecita.

—No se preocupe, lo que pasa es que venía en mala posición y puede estar un poco lastimada. No sabe lo peligroso, cuando es así. Tiene que cuidarla mucho. Recogeré este desastre y me voy, me voy corriendo, Pablito ha estado malito. De todas maneras, felicitaciones. Si alguna cosa, a la hora que sea, estoy dispuesta.

—Gracias. Tome su paga.

—Qué carita de niña linda.

—Sí es muy linda. Pero le recuerdo que son cinco niños para mantener y la situación cada día peor.

—Hace años, desde el segundo hijo, vengo diciéndole a Aurora que se mande a operar, pero siempre dice “dios proveerá y que cada hijo trae su pan debajo del brazo” y ¿cómo está, mija?

—Muy adolorida, cansada y tengo sed.

—Tome este sorbo de agua, porque ni una gota de azúcar.

—Me siento toda mojada y como algo caliente entre las piernas, ¿por qué no me mira?

—Uy, tiene mucha sangre.

—Cámbieme esos trapos y lave esos. Hay agua en el balde. Creo.

—Hola niña petiota, dinda, dinda, betito para el papi, muá, muá ahora unos para la mami.

—¿Linda, cierto Manuel? ¿Qué nombre le ponemos?

—Como es tan linda, creo que le queda bien Rosa.

—Sí, sí, me gusta, la llamaremos Rosita.

—Papi, ¿ya podemos entrar?

—Sí, entren, pero se portan bien. Miren qué hermanita tan petiota, se llamará Rosita.

—¿La podemos alzar?

—No. Parece que algo le doliera mucho cuando la muevo, después. Vengan todos, le dan un besito y salen.

—Papi, tenemos sueño.

—Ah, se me olvidaba que es tarde. ¡Uy juemadre!, ya la dos de la mañana. Acuéstense juiciosos.

—Papi, tenemos hambre.

—Tranquillos. Ahora veo qué traigo para el desayuno. Partan un pedazo de panela.

—Póngame la niña al lado, para darle teta, a ver si come.

—Cómo llora, pobrecita.

—Yo creo que es normal, acaba de salir de la barriga. No quiere tomar su leche, solo llora y llora, se pone morada y trata como de ahogarse. Mire a ver, de pronto está cagada.

—No, no está cagada.

—No come. ¿Y leche? Sí, veo que sale. Traiga el mamador y se la ponemos en el biberón.

—Tenga. No, no quiere, pobrecita. Ay. Dios mío, socórrenos.

\* \* \*

—Señora Concepción, qué pena venir a molestarla, lo que pasa es que la niña no quiere tomar su leche. Solo llora y llora sin parar. Sobre todo cuando la movemos.

—Bien, vamos.

—Buenos días, Aurora, buenos días, niños. Déjeme ver... uhm... esta niña tiene una piernita como suelta en la cadera, parece dislocada. Pobrecita. Tal vez por eso llora tanto. Ese es un defecto o mal que ya traen los bebés, en especial las niñas.

—¡Niños, dejen de joder!

—Ya, papi, no se ponga bravo. ¿Podemos salir?

—Bueno. Tengan cuidado.

—A ver, niña petiota, te miro. ¿Por qué esa inflamación toda moradita en su caderita?

—Ya le dije. Son cosas que pasan.

—¿Cómo así que pasan? Entonces, ese dios todopoderoso, al cual ustedes se le arrodillan y al que le claman todos los días, es el que permite que esta niña sufra tanto.

—¡Don Manuel, respete!

—Mire a esta, mi mujer, esclavizada todos los días rezando en la mañana, a medio día y por la noche.

—¡Cállese, Manuel!

—Por ahora me callo, pero ya va a ver para qué sirve su dios.

\* \* \*

—Aurora, la niña se quedó coja, ya tiene cinco años. Mire, Aurora, desde los catorce meses se le empezó a notar. Por más que nos esforzamos para ayudarle.

—Sí, Manuel. Ahora esto me hace recordar ese sonido de rama quebrada que escuché cuando nació.

—Sí. Es cierto.

—¿Qué vamos a hacer?

—Confiar en la voluntad de Dios. En la iglesia nos dicen: “Si en esta vida uno sufre mucho, es mejor. Porque así en la otra vida la recompensa del Señor será más grande y que además nos premiará con la vida eterna”.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata la recompensa? ¿Y a qué se refieren con la vida eterna?

—No sé. El cura nunca nos lo ha explicado.

GILMA CASTAÑEDA  
Cundinamarca · Cota  
Taller Voces del Majuy

# LA INVITACIÓN



Le pedí que se sentara en el sofá. Las otras sillas estaban ocupadas por los gatos. El hombre se quedó mirando los animales que corrieron horrorizados al verlo, gordo, de porte autoritario y mirada ausente. Apreté mi mano como si me la fuera a partir.

Le solicité que por favor esperara a mi esposo.

Me retiré a la cocina cuando vi que Pedro venía. Su expresión denotaba descontento, como diciéndome “no esperaba esta visita”. Sabía que no le agradaba. Me mostró con su dedo índice la mejilla derecha y pude observar que se había cortado, solamente yo lo vi.

—¿Cómo se encuentra, Pedrito? —saludó el alcalde.

—Más o menos —respondió Pedro.

—Lo veo como cansado.

—Anoche no dejaron dormir.

—¿Quién no lo dejó dormir? ¿Doña Lucía?

—¡Respete hombre! Sus amigas, las que trajo del Palmar —contestó Pedro.

—¡Como así! Si ellas prometieron que no iban a hacer escándalo. Hace un año traje otras muchachas de La Piedra, esas sí eran escandalosas, pero no gustaron —respondió el alcalde, soltando una carcajada—. No se preocupe, tomaré medidas.

El calor era insoportable. A pesar de que todas las ventanas estaban abiertas, se sentía el bochorno previo a un aguacero. La frente del alcalde estaba asaltada por gotas de sudor que ya empezaban a formar hilillos. Sacó el pañuelo y logró detenerlas. Miré a mi esposo y observé que apretaba los labios, como buscando humedecerlos. Yo también sentía la boca

seca. Solo por razones de humanidad y más por consideración con Pedro, decidí preparar jugo.

Luego de servirles, me senté. Después de escucharlos expresé mi descontento:

—Alcalde, ¡por Dios! ¿Usted en qué piensa convertir el pueblo?

Entrecruzó las manos, las frotó y llevó la mirada hacia el jardín que embellecía la casa con geranios y camelias.

—¡Qué lindo jardín tienen!

—Lo cuido mucho, es mi pasatiempo... Alcalde, ¿no ha pensado que traer esas mujeres ocasiona problemas en el pueblo?

—¿Qué abono aplica?

Mi rostro ardía en calor, sentía que mis manos temblaban.

—Por favor, el tema es delicado, no se haga.

—No se preocupe mujer, tomaré medidas —dijo el alcalde con voz tranquila.

Se tomó el jugo de un solo sorbo haciendo sonar el líquido. Dejó el vaso sobre la bandeja, se quitó su saco que decía “Armani” en la marquilla y lo colgó en el espaldar del sofá. Miró de soslayo por la ventana para verificar que su flamante camioneta y su chofer estuvieran ahí.

—Esas mujeres de vida fácil están trayendo malas costumbres al pueblo, usted fue elegido para resolver problemas, no para traerlos, alcalde —comentó Pedro.

—¿Vida fácil, Pedrito? A esas mujeres les toca muy duro ¡Pobrecitas!

—Usted que fue nuestro vecino de toda la vida y nosotros que fuimos amigos de su familia. ¿Ahora nos sale con estas?

Fingió tos. Como para cortar el tema, sacó una tarjeta:

—Justo porque los quiero, he venido a invitarlos a celebrar mi cumpleaños número cincuenta el próximo sábado. Mi mamá estará feliz de verlos. —Tomó su saco en señal de que se iba.

—Un momento... Usted retira esos lugares de mala muerte o tendrá serios problemas con la justicia, sino terrena, al menos con la divina —sentenció Pedro.

—Pedrito, Pedrito, Pedrito, la gente cree que me va a asustar dándole quejas al cura. Él después me llama para decirme que no me preocupe, que está conmigo. Él sabe que necesita mi colaboración para la restauración del cementerio y por ahí derecho gano puntos con el de arriba.

—¡Virgen Santísima! No quiero saber más.

Sentí nauseas, deseaba que se fuera ya.

El alcalde se echó el saco encima del hombro y lo sostuvo con dos dedos. En ese instante su flamante celular timbró. Aunque volteó su cuerpo, alcancé a escuchar “Ya pueden mandar las venecas, les tengo organizado el sitio para que empiecen este sábado”. Colgó y dio vuelta para mirarnos.

—Entonces los espero en mi cumpleaños ¡No se diga más!

Pedro me pasó la tarjeta repujada y con letras doradas.

—No creo que podamos ir —dijo Pedro.

Al despedirse me dio la mano, otra vez con un desagradable apretón.

YENNY CASTAÑEDA RAMÍREZ  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Cuento

## POR LA CARRETERA



Habíamos salido el fin de semana a un balneario en tierra caliente, como un respiro para sobrellevar nuestra maltrecha vida matrimonial, pero los problemas no resueltos no tomaron vacaciones y viajaron con nosotros. Empezaba el viaje de regreso a casa y con su mirada fría, dura, impenetrable, se dirigía hacia el carro con las llaves en su mano. Mientras abría la puerta dijo entre dientes:

—Estoy cansado de manejar. No sé por qué no lo hace usted.

Ese “usted” se me clava en el alma, o más bien, en el vientre, haciéndome sentir una punzada no del tipo que produce dolor, sino aquella que solo contiene rabia. Sin embargo, reprimo el deseo de responder y llevo esa discusión que no se dio al mundo de mi cabeza.

—¡A quién cree que le habla así? ¡Acaso a la secretaria de su oficina? No me venga a mí a estas horas de la mañana con esas vainas.

Sonríó mientras lo pienso. Incluso, en mi conversación imaginaria la temperatura aumenta, alzo mi mano amenazante a la vez que le digo: “A mí no me ustea, pobre hijueputa, menos cuando lo conozco y sé que hasta pone voz de marica cuando quiere...”. No bien acabo de decirlo, él pone cara de miedo. Se apresura a decir: “Perdóname... lo siento...”.

De vuelta al carro, lo único que hago es poner la música en un tono más alto. Después de ganar la pelea ficticia mi genio mejora hasta el punto de querer cantar lo que suena en la radio.

Él continúa con el ceño fruncido y, sin decir nada, me pregunto qué pasará por su cabeza. Seguro está pensando por qué no quiero llevar el carro de vuelta a casa. Cuando algo le molesta no puede soltarlo tan fácil.

Bueno, y por qué no lo hago yo si sé manejar. No sé, quizá soy muy independiente para que un hombre me diga cuándo hacerlo. Ese



argumento me hace sentir bien: cómo voy a permitir que me digan cuándo hacer las cosas.

Pero, y si quizá soy demasiado insegura... Aprendí a manejar casi a los treinta años y no tengo ni la experiencia ni la habilidad que creo debería tener para manejar en carretera.

En ese preciso instante me asaltan las palabras de mi querida amiga Susy: "Nena, pero si hasta un hombre con quinto de primaria puede manejar, cómo no lo vas a hacer tú".

Bueno, quizá un hombre con quinto de primaria no tendría este problema, él solo manejaría y ya; de hecho, no sé por qué Antonio pone tanto problema, solo debería manejar sin cuestionar nada, ese es un orden casi divino. ¿En qué momento se convirtió en obligación para las mujeres que saben manejar el tener que hacerlo por carretera?

Me quedo pensando en la manera en que se les exige a las mujeres cada vez más competencias en todos los aspectos, sin que se les quite ninguna de sus obligaciones. Mientras avanzamos, pierdo mis pensamientos y miro por la ventana; el verde se ve tan pálido por el reflejo del sol y la carretera tan polvorosa, que caigo en cuenta de que es mediodía.

—Ya es hora de almorzar.

—Bueno, como diga la señora, si aquí solo se hace lo que usted diga.

Y mientras lo dice parquea el carro frente a uno de esos restaurantes que están a la orilla de la vía. Me molesta tanto cuando habla de usted y no de tú, porque me pone al nivel de cualquiera, me quita su afecto, me demuestra que puede herirme de la manera más decente. Pero yo siempre lo justifico, así que pienso que sigue molesto porque tiene hambre. Él dice que hace lo que yo quiero, los dos sabemos que es mentira.

Solo basta darle una mirada al restaurante para ver que es un lugar de su gusto: huele a comida, está atestado de gente, a los meseros los llaman de todos los lugares del salón y no dan abasto con el servicio de mesas. Yo prefiero los lugares solitarios, en los que te atienden con tiempo, sin demoras y sin que el olor de la cocina se entremezcle con los comensales.

Como un acto de resistencia revuelco el plato probando a medias dos o tres alimentos y pidiendo, por supuesto, una cerveza para acompañarlo. Un lugar tan pintoresco como este saca en mí no un espíritu aventurero, sino uno más bien chabacano. También pido un postre que tampoco probaré, pero que igual él tendrá que pagar.

La cerveza me ha relajado un poco, está fría, apenas para este clima tan seco que se respira, entonces decido que quiero manejar.

—Dame las llaves, yo manejo.

—¿Ahora sí? ¿Después que se ha tomado una cerveza?

—Si no fuera porque la cerveza me dio otra perspectiva, como de paseo, seguro que me quedaría en este moridero y te tocaría devolverte solo para Bogotá —digo mientras sonrío y tomo las llaves—. ¿Sabes?, una sola cerveza no registra en el alcoholímetro.

—Si algo pasa, usted responde.

—Siempre lo he hecho y tengo cómo hacerlo. Además, ¿no te has dado cuenta de que vamos solos por esta vía?

Al volante me siento confiada, segura, libre, pero cuando llevo el carro sobre los ochenta kilómetros por hora, escucho la voz quisquillosa de Antonio.

—Baje la velocidad, está manejando como una loca.

Cuando él lo hace no es ningún loco, apenas un hombre hábil que tiene afán por tratar un asunto importante. Justo en ese momento empiezo a sentir un zumbido en los oídos, como ese sonido que produce un mosquito en la noche y no sabes si taparte la cabeza o levantarte a matarlo. Sin responder, voy frenando lentamente, cuando escucho:

—Frene con el cambio, porque de lo contrario va a gastar el disco del freno y la gasolina.

Maldita sea. Antonio no está dispuesto a dejar que este día acabe sin que yo me tenga que sentir tan mal como él, y este es uno de esos pocos espacios donde siente que tiene poder sobre mí; se cree mejor que yo y, cuando manejo, cual instructor de escuela automotriz me dirige con la mano: “El carro está pidiendo cuarta, no frene tan cerca de los otros carros, ¿se va a quedar detrás de ese camión todo el tiempo?, ¿ya puso las direccionales?”. El zumbido se hace más fuerte.

—Le cuento que esta semana hay que pagar el impuesto del carro —dice con voz desafiante. Yo lo pagué el año pasado, este le toca a usted. Además, hay que hacerle mantenimiento, ya está pasado el cambio de aceite y el filtro de aire, también le escucho un ruidito que no me gusta del lado derecho y si ve esas llantas, ya están para cambio.

Por un momento me siento en el taller tratando de mantener un diálogo más o menos inteligente con el mecánico: él va a decirme que el carro casi está en pérdida y yo voy a asumir la postura de que no tiene nada. Qué voy yo a saber de ruiditos, de filtros, de aceite, de llantas, bueno, de lo que sí entiendo es de impuestos. Nuevamente y casi sin darme cuenta, acelero.

—No tengo dinero, usted sabe que estoy pagando el crédito hipotecario —respondo de muy mala gana.

—Es que usted gana más que yo —replica él mirándome a los ojos, como si también esa fuera mi obligación.

—¿Y qué? Tengo derecho a gastarme mi plata en lo que se me dé la gana, y no me da la gana meterle plata a este carro.

—Y, entonces, ¿en qué quiere gastarse la plata?

—¿Me va a pedir cuentas de mi sueldo?

—Claro que no, porque con usted no se puede hablar de plata, ni de nada.

Las palabras se atropellan en mi cabeza, y en lo único que puedo pensar para responderle es que es muy poco hombre conmigo en la cama, que no me satisface, que lo he espiado y sé que se masturba frente al computador y que he empezado a coquetear con Tomás el de la oficina, quien me hace sentir deseada. Pero una vez más, me contengo.

—¿Sabe qué? —Y hace un silencio como si fuera a anunciar algo importante—. Entonces vendamos este carro —afirma con una sonrisa socarrona—. Así se le acaba este gasto y, de paso, dejo de ser su conductor, que si la llevo, que si la traigo, que si acerco a sus amigas, que si recojo a sus papás, y le recuerdo que soy yo el que paga la gasolina.

—Pues acabemos esta mierda —le digo mientras freno de tal manera que el carro se desliza hacia la mitad de la vía.

Apago el carro y salgo a tomar aire. Tengo tanta rabia que, en mi mente, cojo a patadas las llantas y las luces del carro, y con un palo que encuentro en la carretera rompo los vidrios de las ventanas mientras maldigo a Antonio en por lo menos tres idiomas; pero ahí parada, con el frío del atardecer, solo siento las lágrimas que bajan por mis mejillas coloradas. No hay ninguna señal que capte la radio, solo se escucha una interferencia que ignoramos desde hace rato, y a lo lejos el sonido de los grillos que anuncian la noche.

Él se levanta sin decir nada y me toma por los hombros para conducirme hasta el carro, se le ve descompuesto, yo quizás luzco triste, con la rabia comprimida. Empieza a conducir y volvemos cada uno a nuestros silencios, a nuestros recuerdos, a nuestras peleas imaginarias.

—¿Esto es por el carro o por manejar? —me pregunta, mientras entramos a la ciudad.

Qué buen cuestionamiento, a veces lo subestimo. Pero no tengo respuesta. Ya vamos llegando a la casa y en ese escenario común para nosotros

y nuestras rutinas, empezamos a sentir que todo vuelve a ser como ha sido siempre.

—Acuérdate que mañana tienes que retirar el traje verde de la lavandería, te lo llevé el jueves y el recibo lo puse en tu mesa de noche —digo en tono bajo, mientras acaricio su rodilla derecha.

—Gracias, sin embargo, recuérdamelo en la tarde —responde mientras juega con mi barbilla.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare un café, papi?

—Bueno, cielo, estamos cansados y hay que madrugar.

—Te amo.

—Te amo.

Y en ese momento, ya en el garaje, se apagan las luces del carro.

MARGARITA MARÍA URIBE SILVA  
Cundinamarca · Chía  
Taller de Narrativa La Tinaja

# YA SU MIRADA NO ME PUEDE TOCAR



La primera vez que quise matarlo fue en este baño. Imaginaba hacerlo lentamente luego de torturarlo un rato, lo ataba y lo quemaba parcialmente, lo pellizcaba con un cortaúñas, le partía algunos dedos con un martillo; casi podía ver su sangre, sentir su dolor y escuchar sus gritos contenidos, y entonces yo generosamente le quitaba la vida de tajo siguiendo sus súplicas. Era mi sueño y ya no; estoy decidida, matarlo es mi plan y será rápido. Tengo una pistola cargada y la puerta entreabierta, lo estoy esperando.

Las manchas de moho en la pared y el techo son cada vez más grandes y notorias, desde hace años me fijo en ellas. Aparecieron encima de la ducha y ahora están en todas partes; han impregnado este lugar con un aroma asfixiante, una mezcla de los olores que han desprendido los cuerpos sudorosos y cálidos al contacto con el agua fría y el encierro. A mí también me pasó, esos pensamientos me contaminaron, se esparcieron y se hicieron más fuertes cada vez que sentí el encierro y su aliento caliente sobre mi cuerpo. Estar acá adentro me repugna. Somos más de trece personas compartiendo este inodoro, cuántas veces tapado, cuántas veces sin agua, cuántas veces hediondo, y cuántas veces asqueada y obligada a limpiar para poder usarlo. Siempre con guantes y alcohol friego lo justo, la taza, las manijas, la cadena y me cuido de no tocar nada más, tampoco tengo por qué lavar todas las porquerías de esta casa decadente.

En el piso veo los mapas que se dibujan. Son las huellas de los que entraron y salieron las que van delineando figuras conocidas en este charco constante; así mato el tiempo e imagino destinos y recorridos, huidas con final feliz. Levanto la mirada hacia la puerta rota y podrida, es mi reflejo,

sin chapa, sin cerradura, sin límite. Se pueden ver los zapatos de quien está adentro con unos pasos de distancia, él reconoce los míos y por eso entró.

No puedo recordar cómo sonó el primer disparo, vacié cada una de las balas en su cuerpo. Apreté el gatillo dos o tres veces más pero ya no salía nada, nada tronaba al salir y nada susurraba al entrar. Click-click, eso era todo lo que escuchaba cuando paré. Sentí unas lágrimas que se escurrieron mientras apretaba la mandíbula y los dedos, no supe si fueron de alegría o de dolor. Las manos aún me tiemblan y mi cuerpo está rígido. Un cigarrillo, necesito uno ahora. *No Matarás, no matarás*, lo escuché decir con voz tenue y lejana desde su quietud; *lo hice sí, pero te lo merecías*. Se lo merecía.

Afuera los demás inquilinos se han alborotado, me parece distinguir varias voces entre gritos y cuchicheos. Luis lanzó un “cállate” y un golpe seco que concluyó con el quejido de su mujer, también ha sugerido que aquí no ha pasado nada, que al tipo nadie lo reclamará y que nos dividamos la casa. Katherine, la hija menor de la familia de la puerta tres, ha gritado ¿Está muerto, mamá? ¿Puedo verlo? En su tono hay un aire de alivio. *Shhhht* respondió alguien. Después se vino un silencio que pronto se convirtió en murmullos y muchos pasos que van y vienen. Voy por el quinto cigarrillo, las manos aún me tiemblan un poco. Sé que más de uno lo pensó, lo planeó y a todos nos conviene.

Sentada en la taza lo miro y respiro entrecortado. Tomo aire tan profundo como puedo, lo contengo y lo suelto despacio. Me tengo que concentrar para hacerlo bien, por momentos no puedo respirar. El frío penetrante ya se disipa, casi puedo pensar con claridad. Lo sigo mirando moviendo mis pies. Ahí está su cuerpo boca abajo, inofensivo. Veo las formas que hace su sangre desparramada, una mancha gorda casi redonda que se fuga dibujando un triángulo que se adelgaza hasta ser un hilo acuoso, un río rojo buscando el sifón. Ver salir su sangre me apacigua, se va como la suciedad de mi cuerpo; la suciedad de cada día, su vida por el caño, la sangre contaminada buscando otras miserias.

Escucho mi nombre, es Laura quien me habla. *¿Está bien? ¿Quiere salir?* Me pregunta y no respondo nada. Ahora pueden ver mis zapatos y el cuerpo caído, sigo moviendo mis pies que a su vez mueven mis brazos que están apoyados en las piernas; mientras pienso qué decir, los dejo quietos;

no digo nada y de nuevo el movimiento. No he cumplido la tarea, sí, el tipo está muerto, pero lo que debo hacer aún no está hecho.

Apago el cigarrillo en el fluido rojo antes de terminarlo. De pie, con el cuerpo debajo de mis piernas, intento darle vuelta pero es inútil. Me agacho, lo abrazo, trato de ponerlo de lado pero sigo sin conseguirlo. En cada intento, su cuerpo emana ese olor conocido: una combinación de sudor, desodorante añejo y orina. Ahora me pesa más que cuando estaba encima mío, *sigo siendo más fuerte* me dice mientras pierdo esta batalla; se ríe, lo escucho riéndose y su mirada, aunque no me mira, la puedo sentir. Me acomodo en la parte alta de su espalda. Sentada sobre él, noto que ya no hay calentura en su cuerpo y que su olor se ha mezclado ahora con el del hierro y el de la pólvora. Acerco mi cara a su nuca y lo huelo tan profundo como puedo, le acaricio el pelo, lo agarro y levanto su cabeza de un tirón. Pongo mi boca muy cerca de su oreja *sea colaborador, siga quietecito que le conviene*, le digo y apoyo su rostro con firmeza sobre el lado derecho. Puedo ver una línea tenue de sonrisa en su boca, *ya sabe lo que haré, no pregunte tonterías*. Aprieto con mis piernas su cabeza para que no se mueva y hago palanca con el destornillador y lo logro, primero uno y luego el otro.

Nadie habla, solo escucho los susurros de él; nadie golpea la puerta y no sé cuánto tiempo he pasado aquí pero sé que ahí están en ese silencio tácito, todos cómplices. Seguro que alguien tiene ganas de orinar pero se aguanta, no pasa nada, no se atreven. Quiero que alguien lo intente, quiero saber quién es el valiente o la valiente; seguro que será una mujer, porque acá son todos machitos cuando de meterse con nosotras se trata, pero cuando la situación lo amerita se esconden, miran para otro lado o cierran la puerta para que todo quede atrás, protegidos en cuatro muros de cartón que ni siquiera les pertenecen; eso hicieron cuando yo gritaba y eso hacen ahora.

Me quedan dos cigarrillos más, enciendo uno para cambiar el sabor en mi boca, el mal sabor de la desgracia, ¿cómo se mastica? Cambio la pistola de lugar, la dejo en el suelo, en ese lugar visible donde hace un momento se veían mis pies y me acomodo de nuevo en su espalda pero esta vez miro expectante la puerta que está abierta.

*Animal, animales, materia, putrefacción, presa, canibal, tormenta, calma, asepsia, invención, impulso, despertar, escapar, memoria, olvido, tumba, penumbra, sombrío, piel, dolor, silencio, encarnar, volver, envolver, ser... seré.* Palabras que vienen una detrás de la otra, atropelladas; queriendo salir, queriendo gritar. Porque espero, porque no solo lo maté, porque le saqué los ojos y los mastiqué porque no paraba de mirarme, porque ni en el mundo de los muertos se le escudriña con tanto morbo y tanta sevicia a una niña, porque estuve sola e indefensa pero ya no, su mirada no me puede más tocar.



ÓSCAR FERMÍN RAMÍREZ SÁNCHEZ  
Huila · Neiva  
Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila

# EL SILBIDO FINAL DE LA DERROTA



Albeiro se inició en la escuela de fútbol “Semillas de bien”. Estimulado por los comentarios de quienes veían en él a una promesa, confiaba llegar a las grandes ligas y comprarle una casita en material a su familia. Dormía con la camiseta de sus amores, la del Real Madrid, y su jugador favorito era Ronaldo, el fenómeno.

Se esforzaba a diario por ser el mejor del equipo. Entrenaba todos los días y había aprendido a manejar el balón con las dos piernas; pateaba con mucha técnica y potencia. En su primer campeonato a nivel municipal, alcanzó a ser el jugador con mayores asistencias, el mejor cobrador de tiros libres, además de ser el segundo goleador del torneo. Los diarios locales habían pronosticado que estaba para grandes cosas, que solo faltaba un buen patrocinador, “un carpintero para el mesías del barrio La Esperanza”.

Los partidos eran en la cancha de arena ubicada en el centro del barrio. Por esos días de fútbol, muchos hombres llegaban en carros lujosos, de marcas reconocidas, con atuendos vistosos y llamativos. Por lo general, llevaban cámaras de video para grabar los partidos y tener un catálogo de los mejores jugadores en todas las posiciones; también, cuando un equipo perdía o ganaba, alguno de esos hombres rompía en llanto o euforia, gritando: “¡Te gané aquella casa o aquel carro!”.

Los jugadores, al observar las cámaras, se entusiasmaban y entregaban todo en la cancha, dejaban hasta la última gota en el campo de juego. Aunque no se tenía registro de algún jugador que hubiera salido de ese sector, se esforzaban hasta el punto de poner en riesgo la salud; uno que

otro jugador se desmayaba por falta de oxígeno, pero no importaba mucho para los cazatalentos, pues al fin y al cabo buscaban calidad.

Albeiro se levantaba a las cinco de la mañana con el fin de llegar a la escuela a tiempo. Su madre le decía que la mejor forma de tener un buen estado físico era caminar por lo menos dos kilómetros diarios. De esa forma, mataba dos pájaros de un solo tiro.

El partido final del campeonato municipal, evento tradicional del barrio, fue a mitad de año. El entrenador, un día antes de la final, llegó con uno de los hombres en un carro lujoso de dos puertas. Empezó por darle gracias a Dios y dar sus instrucciones para el partido. Cuando acabó el entrenamiento, le comentó a Albeiro que lo esperara hasta que sus compañeros se fueran, pues tenía algo que decirle.

El hombre que llegó con el entrenador encendió un cigarrillo. Tenía las uñas cuidadosamente pintadas con esmalte transparente; llevaba camisa blanca, manga larga, recogida hasta los codos, zapatos estilo botín, fabricados en cuero negro, y un anillo dorado con una piedra de color verde incrustada en el centro. La apariencia del hombre arrancó una sonrisa de satisfacción en la joven promesa.

—Si eres el mejor jugador del partido de mañana, y por lo menos haces una asistencia o un gol, te llevaré a la capital para que entres con las inferiores —lo decía mientras expulsaba el humo del cigarrillo.

Albeiro quedó sin palabras. Miró al hombre de pies a cabeza y, con la mano en el corazón, le juró, por su madrecita, que iba a ser el mejor jugador y anotaría un gol.

La hora del partido llegó y el nuevo fenómeno necesitó no más de diez minutos para mostrar el potencial y la magia que Dios le había empaclado en su viaje a la tierra. Sus gambetas, la forma de dirigir el partido, sus pases y la manera de patear el balón eran un espectáculo. El primer gol lo anotó desde treinta metros; enganchó con pierna izquierda, amagó que iba a patear y, cuando tuvo el espacio, anotó con borde externo. El balón hizo un extraño giro a la mitad del recorrido. No se sabe si el viento, o el soplo de Dios, intervinieron para que el balón se clavara en las noventa. Un gol de fantasía. Con ese gol se fueron al descanso y don Luis, el cazatalentos, desde su comfortable sitio, le mostró el pulgar arriba.

Al segundo tiempo, el fenómeno no dejó de danzar en la cancha. Sus gambetas se hicieron más artísticas y los pases más efectivos. Se llenó de confianza e intentó hacer un gol de rabona, sin mucha suerte, pues el tiro

golpeó en el travesaño. Faltando cinco minutos, habilitó al delantero filtrando un pase magistral. Ganaron dos a cero.

Albeiro con su mánager partió a la capital. El recorrido en bus duró ocho horas. Nunca había salido de su pequeña ciudad y todo le parecía un sueño. Pensó en lo que podía hacer cuando firmara con un club de primera. Se imaginó comprando zapatillas Nike, la camiseta de Brasil con el nombre de Ronaldo, la del Real Madrid con el 10 en la espalda, pero con su apodo como nuevo fenómeno. Se proyectó comprándole una cama a sus hermanitas y unas muñecas con cabello y accesorios para que no tuvieran que buscarlas en el carro de la basura. El sueño estaba cerca y no podía dejarlo ir.

Al llegar al club, el médico lo miró y lo primero que hizo fue pedir una pesa. Mientras tanto, el mánager hablaba con el técnico y le comentaba que había encontrado al Pelé colombiano. El médico tomó unos apuntes cuando lo pesó. Sacó la estatura, la talla, y le dijo al mánager que lo lamentaba pero que al chico le faltaban “kilos” para poder estar en el club, que no era conveniente dejarlo ahora porque no tenían tiempo para alimentar a un jugador, que eso podría parar en lesiones de por vida. Le recomendó seguir una dieta balanceada en carnes y harinas, mucho atún para su masa muscular y otros pescados cada tres días; además de seguir estas indicaciones, tenía que negociar su ficha deportiva.

La llegada de regreso al barrio lo llenó de nostalgia. Sus hermanitas salieron a recibirlo como un héroe, al igual que su madre. La mirada de Albeiro respondió todas sus preguntas. Un abrazo y un “eres joven para estas cosas, ya verás que todo saldrá bien, confía en Dios”, fueron suficientes para que agachara la cabeza y entrara al cuarto.

A finales de ese año, Albeiro tenía la final del torneo departamental categoría prejuvenil. Su mánager arregló el partido para verlo campeón y goleador y promocionarlo con otros colegas de la capital. Había invertido bastante dinero en aquel jugador y, de una u otra forma, tenía que sacar la inversión. “Los negocios son negocios”, se repetía a diario. Antes del partido, se reunió con sus colegas y apostó a la final.

El partido empezó a las cinco y treinta de la tarde. El mánager tenía a su estrella concentrado, diciéndole que faltaba poco para ser famoso y sacar a la familia adelante: “Tengo todo asegurado, espero que este partido lo juegues como si fuera el último, he apostado todo por ti, eres mi mayor inversión”. Aquellas palabras retumbaban en la cabeza de Albeiro.

Sonó el pito del juez anunciando el comienzo del partido. Albeiro sintió una emoción inmensa al ver que a su alrededor la gente coreaba su

nombre, como si fuera el único jugador existente. “¡El orgullo del barrio La Esperanza!”, gritaban desde la tribuna. Pasaban los minutos y la estrella no encontraba la chispa de otros juegos. Miró a su gente buscando la fuerza del apoyo y observó una pequeña nube de humo y una mano con el pulgar arriba, lo que le contagió más ganas.

Al término del primer tiempo, el mánager se dirigió al asiento del juez, le susurró algo y le apretó la mano. Al sonar el pito para el segundo tiempo, todos los jugadores estaban en la cancha, menos Albeiro, quien saludaba a su familia, prometiéndole el gol del título. Durante el transcurso del segundo tiempo, Albeiro tuvo en sus pies el título. Erró un penal que el juez había pitado por un contacto en el área. El disparo le salió pegado al palo izquierdo, pues había intentado emular a esos pateadores que arriaban el balón al palo.

El partido, oficialmente, había terminado. Quedaban los treinta minutos del alargue y los tiros desde el punto penal. Pasaron los treinta minutos del tiempo extra y la joven promesa no pudo hacer gran cosa para que su equipo ganara. La gente estaba anonadada, no entendían qué había pasado con Albeiro. El mánager no dejaba de fumar.

Llegaron los tiros desde el punto penal. Albeiro fue el último en cobrar, pues a pesar de que había errado el penal, el técnico, sus compañeros y la gente del barrio le tenían mucha fe. El último, se sabía, era quien mejor cobraba.

La ronda de disparos arrancó y, como se esperaba, ninguno de los equipos dejó de anotar. Era el turno de Albeiro. Si lo hacía, su equipo quedaba a un paso de que fueran campeones. Tomó el balón con seguridad, caminó despacio y lo puso en el punto blanco. Al regresar para tomar impulso, se acordó de su querida madre, de la promesa de la casita, de las hermanas que tenían que buscar en el carro de la basura alguna muñeca o algún juguete que sirviera, por lo menos, para pasarlo como regalo de navidad o cumpleaños, del mánager que había apostado todo por él. Era el momento de pagarle con el título, con su gol.

Levantó la cabeza y tomó impulso. Antes, se echó la bendición y dejó todo en manos del Creador. Bajó la mirada al suelo, pues había visto que así hacían los grandes jugadores. Lo había escuchado en las entrevistas a Zidane, Beckham y Pirlo.

Antes de patear, miró fijamente al portero, intentando leer cuál sería el punto débil, si los ojos desnudaban la intención de elegir uno u otro lado. El portero le devolvió la mirada, intentando adivinar el lugar al cual

iría el balón. En esos pasos que duraron una eternidad, recordó el penal de Zidane a Buffon, de vaselina y pica barra, en la final del mundial 2006. Tenía que reivindicarse con su gente. Por eso, decidió patearlo de la misma manera. El balón, apenas impulsado por la punta del botín, se levantó sutilmente, como negándose a avanzar. El portero, sin poder adivinar el destino con la mirada, eligió el lado izquierdo. Cuando se dio cuenta de la verdadera dirección del balón, era tarde. Extendido sobre la arena, apenas pudo seguir el curso del balón con la mirada.

Por primera vez en todo el partido, hubo un silencio total. El aleteo de una mosca podía ser escuchado en esos segundos definitivos. El balón, movido por no se sabe qué azarosa fuerza, golpeó caprichosamente en la parte inferior del travesaño. Albeiro tenía el grito de gol en su garganta. El balón, misteriosamente, giró y aterrizó en la raya que dividía la alegría de la tristeza, rebotó justo en la mitad de aquella y tomó un efecto que lo sacó de la portería.

Albeiro se arrodilló. Arrancó un puñado de gramilla y la arrojó con fuerza. Miró a la tribuna, buscando, quizás como único consuelo, que el pulgar estuviese arriba, pero no lo encontró. Entonces se quedó mirando el balón mientras, a lo lejos, llegaba el silbido final de la derrota.

SERGIO ANDRÉS FORERO MACHADO  
Tolima · Ibagué  
RELATA-Liberatura

# LOS VESTIDOS



No llegué a jugar con muñecas porque las que había debían permanecer intactas en un baúl asegurado con candado. En cambio, “jugué” con el horno de barro de la casa. A los siete años me levantaban, muy de madrugada, para preparar el almuerzo a los trabajadores que tenía mi padre ayudándole en su finca. Eran veinte. Él nunca estaba en casa. Lo veía muy poco y cuando sí, andaba con expresión de enojado. Con mi madre pasaba algo similar, tenía ojos felinos y con ellos me miraba por encima del hombro. Lo hacía solo conmigo.

Todo esto no me importaba siempre y cuando pudiera ver, luego del medio día, la transmisión de un programa parisino finísimo y de muy alto nivel, sobre estilos y tendencias en alta costura, moda y algo más. La conductora decía que era un show con el que aprendería a descubrirme a mí misma. Luego de las noticias, mi madre se iba a otro lugar de la casa pero le pedía que no apagara el televisor con la excusa de que el sonido me hacía sentir acompañada para seguir haciendo los quehaceres. En una hora de transmisión aprendía a combinar tonos oscuros y claros, a usar fragancias suaves o fuertes, dependiendo de la ocasión, y a proyectarme como una mujer independiente usando simplemente un bolso de Gianni Versace. El problema, claro está, era que no tenía con qué practicar.

En un cuarto muy escondido de la casa había un inmenso ropero y sobre este había muñecas exhibidas en un estante. Lo vine a descubrir el primer día en que mi madre me dejó sola para ir a la finca en construcción a seis minutos a pie. Estaba tras una biblioteca. Me pareció curioso que el mueble repleto de libros no estaba contra la pared y que algo impedía que lo ubicaran al ras de la pared para ocupar menos espacio. El ropero era marrón pálido y estaba cubierto de polvo gris. La llave aún seguía puesta,

entonces la giré y lo abrí. Dentro había veinte vestidos de muchos colores, todos ellos envueltos en plástico protector y perfumados con pequeñísimas bolitas de naftalina. Al sacarlos me entró por la nariz ese fresco aroma a lavanda. Los detallé uno a uno, como si estuviera en una boutique decantando lo feo y lo bonito. Algunos me quedaban. Para entonces yo ya tenía nueve años y unos pocos parecían ser para niña de entre cuatro y seis años. La tela con la que estaban hechos era fina, parecía mantequilla, lisa, suave; aquellas prendas eran bellísimas y majestuosas.

Llegué a fantasear tanto con usarlos. Si algunos me quedaban, pensé, debían de ser para mí. Me animé a probármelos y para ello los llevé a mi habitación. Esa noche soñé cosas bonitas. Extrañamente soñé que presenciaba un brindis a mi nombre en la entrada del Louvre, festejando mi primera portada en aquella extraordinaria revista de moda europea, esa experiencia fue como un saludo a la bandera. Al día siguiente usé el primer vestido. Escogí uno de un tono lila muy claro con lunares de un blanco como de hojas de papel nuevas. En algún tiempo pudo haber sido púrpura oscuro y los lunares blanco hueso. Tenía pliegues perfectos y en mí se movía con gracia al caminar. Mientras que se asaba la carne en el horno de barro muy en la madrugada, empecé a creer que estaba mostrando la colección de primavera-verano. Daba pasos de reina de belleza mientras las cacerolas, olletas y cubiertos simulaban ser la ovación que quería. Pronto, el olor en el ambiente transitó hacia uno de hollín. En eso, entró mi madre a la cocina justo cuando daba el giro para recibir algún flash de la cámara ficticia. Me abofeteó y el eco de la fricción entre la mano y la mejilla retumbó allí dentro. Me zarandeó varias veces para, finalmente, rasgarme el vestido con sus hermosas uñas barnizadas. Me tomó por la oreja pellizcándome. Me amenazó con hacerme algo peor si volvía a encontrarme usando algún vestido. Luego, me ordenó cambiarme cuanto antes y salió tirando la puerta de golpe.

Pasaron varios días en los que no escuché a la voz en mi cabeza que me pedía usar aquellos vestidos. La ignoraba pero pensaba que tanta majestuosidad no se había hecho para prohibirla. Decidí usar uno de nuevo por un ratito un día en el que mi mamá hacía una siesta larga luego de haber rezado en el santísimo. Esa vez usé uno pomposo color rosa de doble faz con un gran moño en la cintura. Ella estaba en su habitación, tres puertas después de la sala. El silencio era absoluto así que estaba atenta a correr en puntillas ante cualquier sonido que proviniera de ahí. Otra vez presenté la ovación y los flashes de las cámaras. Ahora exhibía la temporada

primavera-otoño para noches de gala. En la mesa de caoba de la sala había una porcelanita de san Miguel Arcángel. Sin darme cuenta, mi pomposo vestido se enredó con la figura del ángel cuando la pierna derecha se antepuso a la izquierda para lograr la posición perfecta. Al escuchar la porcelana resquebrajarse sentí morir por dentro. En seguida, mi madre salió somnolienta de su habitación. Al mismo tiempo mi papá aparcaba el jeep frente a la casa. Mi madre me tomó del brazo y me llevó hacia mi cuarto y, antes de encerrarme con llave, me amenazó con dejarme sin cena si gritaba. Allí mismo, una vez más rasgó mi vestido con esas hermosas uñas. Ese día me dejó encerrada y sin cena hasta la madrugada del otro día en que me dio un trozo de pan y un vaso de agua. Me castigó obligándome a rezar el rosario para luego empezar a preparar los almuerzos a los veinte, como de costumbre.

Cuando cumplí catorce mi padre murió. En esa semana tuvieron que llevarse a la clínica. Tuvo dos preinfartos y el siguiente lo acabó. A mí me tocó cuidar la casa y la finca sola. Fregaba el piso, sacudía el polvo, cocinaba y volvía a dejar la cocina limpia, aseaba los baños, quitaba las telarañas, desyerbaba la huerta, podaba los arbustos de mora, lavaba la ropa que enviaba mi madre desde la clínica, luego la planchaba y ordenaba y hacía todo eso usando los vestidos bellísimos que me habían prohibido usar, al fin que nadie se daría cuenta. Usaba ese par de pantalones bombachos como de soldado por si en algún momento sonaba el timbre; así tendría tiempo de cambiarme y recibir a quien llegara.

Mi padre nos dejó esas tierras. Cómo mi madre se hizo cargo de todo, yo nunca lo supe. Días después, empacó mis cosas, sin los vestidos por supuesto, y nos fuimos lejos a una ciudad desconocida. Estacionó frente a una pequeñísima puerta, parecía la entrada a la casa de alguna bruja de cuento de hadas. Me dirigió las palabras más incómodas que recuerdo que alguna vez me hayan dicho, luego entendí por qué. Juró perdón a Dios por no haber cumplido la promesa que le había hecho y que por ello mi padre había muerto. Sostuvo que la maldición comenzó por no haberse hecho los baños que la sobandera les había recomendado a ella y a mi padre que hicieran para tener lo que querían. Se persignó tres veces y dijo que acabaría con la razón de su sufrimiento. Se bajó del auto y golpeó en la pequeñísima puerta. Al instante apareció una mujer. Murmuraron algo y mi madre me señaló a mí desde allí. De la puerta trasera del auto sacó la maleta con mis cosas y le dijo a la mujer que vendría por mí en un par de días. Cuando la escuché comencé a llorar y le supliqué que me llevara con



ella. La señora me haló del brazo y entramos a aquella casa mientras mi madre se tomaba la molestia de cerrar la puerta.

La mujer me pareció de lo más seca. No se empolvaba la cara, ni se aplicaba lápiz labial. No se rasuraba las piernas, ni se perfumaba el cuello con Chanel N.º 5, que era a lo más alto a lo que podía aspirar una mujer de clase. Tampoco usaba aretes, ni se alisaba el cabello. Parecía tener un nido de palomas en la cabeza. Lo peor eran los trapos sucios que usaba como ropa. La mujer era como una comadreja fea viviendo en una ratonera. En esos días se me insinuó varias veces pero nunca le correspondí, antes muerta que indigna y menos con esa musaraña. Como siempre, hacía la limpieza de todo. Lo más desagradable era el sifón cubierto con cabellos negros largos y grasosos. Me gustaba tener todo limpio. La presentación personal es algo fundamental para mí. Una puede ser pobre pero aseada, bien presentada. La mujer se iba desde temprano y regresaba como a las siete de la noche. Me dejaba con llave todo el día en la ratonera a la que llamaba casa. Cuando llegaba me gritaba por no tener la cena servida sobre la mesa de madera barata. De noche roncaba como el motor encendido de un auto. Mi madre nunca apareció, así que un día empaqué mis cosas y como pude me escapé por la tapia.

Durante una semana dormí en parques y plazas de la ciudad. Luego me dolía tanto la espalda que resolví buscar un trabajo sencillo para pagar un hostel barato pero cómodo y limpio. Me desesperaba no ser yo todo el tiempo y también no tener vestidos, que era lo más bello que una mujer podría usar. Eso es un signo de la feminidad. Así que para empezar me dejé crecer el cabello como la bellísima e inigualable María Félix. Pronto encontré un hostel, la dueña era lindísima. Aunque no usaba lociones finas, sí se arreglaba bien bonita. Lo más lindo que tenía era el color rojo sangre del lápiz labial y la línea delgada pintada sobre el contorno superior de los ojos. Con ella también ocurrió lo mismo. Noté que siempre que lavaba mi ropa en el lavadero, ella me observaba desde el balcón de su habitación. Usaba minifaldas y blusas escotadas corrientes que no le favorecían por el poco busto que tenía. Bajaba de allá y se paseaba de un lado a otro queriendo llamar mi atención. Entendí que debía llegar tarde en la noche y salir temprano en la mañana para evitarla. Para los pagos, metía el dinero en un sobre y lo pasaba por debajo de su puerta.

En seis meses logré reunir suficiente dinero como para regresar a mi casa. Aunque no supe nunca nada más de mi madre, sentí que debía volver y encararla. Era el momento de perdonar. Viajé hacia allá usando un vestido

marrón como el ropero que había encontrado cuando era niña. La casa aún se veía igual desde afuera. Mi niñez regresó a mi memoria con el olor a moras frescas que esparcía la brisa. El pórtico seguía allí sin el jeep de mi padre. Un hombre de sombrero y botas negras salió del fondo, de detrás de la casa, y me preguntó si era familiar de la dueña. Le respondí que sí. Entonces de su terciado maletín sacó una carta escrita por mi madre para mí y un pequeñísimo paquete. En la carta mi madre escribió un perdón muy reiterativo, pero lo que más me conmovió fue el labial rojo carmín que venía en el paquete.



# CRÓNICA



DANIÉLA BUENDÍA SILVA  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Crónica

# ¿CUÁLES MASACRES?



Conozco un lugar donde la Hormiga es más grande que el Tigre. No, no lo leí en una fábula ni es un lugar imaginario, aunque sí tiene algo de irreal. Es el Putumayo, donde los pueblos se refieren a animales, las historias huelen a yagé y los recuerdos tienen nombre de masacres.

Allí en el Putumayo, la inspección de La Hormiga es más grande que la de El Tigre, y El Placer en realidad es un infierno, o una especie de purgatorio. En Colombia conocemos estos lugares por sus masacres, tal como lo dice Salcedo Ramos, *los asesinos nos enseñan a punta de plomo el país que no conocemos ni en libros ni en catálogos de turismo*.

Fue allí en el Putumayo donde desapareció Sebastián, y también Deyanira, Clara y Roberto y seguramente muchos más. Le he seguido el rastro a algunas desapariciones pero ni el tiempo ni la gente me han dado respuestas. Fue allí en el Putumayo donde el Centro de Memoria Histórica encontró dos de sus más impactantes relatos. Es allí también donde hoy circulan panfletos con rumores del temido retorno del Bloque Sur de las Autodefensas de Colombia a los territorios.

Voy al Putumayo intentando entender el contexto, las historias, la memoria y el dolor. De pronto me encuentro con un “circuito de la violencia y el olvido”, una especie de triángulo de poblaciones que hacen parte de una de las zonas más impactadas por el conflicto armado en Colombia en los años noventa, el Valle del Guamuez.

La expectativa es enorme, pienso que me voy a encontrar con monumentos, testimonios y recuerdos de lo que seguramente ya nadie quiere hablar. Sin embargo en Colombia la expectativa peca por eso, por ir muy lejos de la realidad, por ser demasiado grande, demasiado enorme para un país tan real.

Tomamos un carro de Mocoa hacia La Hormiga, fueron tres horas de camino, más de veinte mulas transportando gasolina hacia el Ecuador, unos cincuenta kilómetros de trocha, otros cien de mal pavimento, unos diez insectos muertos en el vidrio delantero del carro, una selva espesa y quién sabe cuántos matorrales de hoja de coca escondidos por ahí. Entonces llegamos a La Hormiga, lugar de paso, un pueblo grande, comercial, lleno de hoteles y de vida, bares, restaurantes, salsamentarias y peluquerías.

La Hormiga se encuentra en el centro de ese extraño municipio que es el Valle del Guamuez, que no parece un municipio sino un pequeño país. Si así lo fuera, seguramente sería el más violento, tendría el peor gobierno, la coca sería su producto de exportación y el petróleo el de explotación, y contaría con su propio mar, un mar de mercurio y sangre, y su nombre sería el mismo que lleva su río, el Guamuez.

Más allá de observar las mulas pasar y de oír el estridente sonido del reguetón saliendo de los improvisados *picós* callejeros, no hubo un encanto adicional en La Hormiga que nos hiciera quedar allí más de una noche. Confieso que sentía ansiedad por llegar a El Placer y ver los rastros de violencia que allí quedaban, una ansiedad alimentada por la guerra y por ese extraño, cómodo y cínico sentimiento de una capitalina con ganas de conocer los cuentos de la guerra que nunca le afectaron pero que hoy le dan de comer.

Los diccionarios definen el placer como goce o disfrute físico o espiritual producido por la realización o la percepción de algo que gusta o se considera bueno. Pero qué distinto resulta ser El Placer, nuestro Placer. Un pueblo pequeño y solitario. Para llegar a él solo hay un camino, estrecho y destapado. Qué fácil resultaba entonces para los paramilitares cerrar su único camino de acceso esa mañana de domingo de mercado del 7 de noviembre de 1999. Ese día, los paramilitares incursionaron en el pueblo, en ese entonces controlado por las Farc. Sacaron a todo el mundo de sus casas y asesinaron a tiros a once personas, cuyos cuerpos dejaron expuestos mientras se asentaban en el mismo para convertirlo en su base militar. Torturaron, dispararon, gritaron y pintaron las casas dejando su huella imborrable por varios años en el lugar, *Aquí estamos comunistas miserables. A.U.C.*

Recorrí el pueblo en diez minutos, una calle principal, la mayoría de negocios y casas estaban cerradas, uno que otro niño jugando fútbol, una que otra anciana en su mecedora mirando con recelo a los foráneos; y El Edificio. El Edificio es hoy la sede de la Policía del pueblo, pero en la época de la masacre fue la sede del paramilitarismo. Este, único edificio alto del

pueblo, fue construido en la época de la bonanza cocalera. Se convirtió en un lugar de encuentro e intercambio de tragos entre los habitantes del pueblo; sin embargo, con la llegada de los grupos armados al territorio, El Edificio fue el sitio donde los paramilitares ejercían la vigilancia de este, el único lugar del Putumayo donde todo el mundo sabía quiénes eran los que mandaban allí. Además de torturas y desmembramientos, los paramilitares posaban los cuerpos de los guerrilleros asesinados en combate justo en frente del Edificio. Los dejaban ahí a la vista de los habitantes del pueblo para legitimar su poder y autoridad.

Hoy en día al Edificio no va nadie. La gente dice que está embrujado, que tiene malas energías, que allí se esconden los fantasmas de la guerra y que los policías hicieron un pacto con los muertos. Es un lugar arrinconado en el extremo más alejado de El Placer, y ahora justo en frente queda el museo de la memoria, que por cierto, nadie visita ni recuerda. En el museo de la memoria hay un mural de una selva con una casa en guadua, en él dice “Hacer memoria es el camino a la no repetición”. El museo está rodeado de una cerca de alambre, lleno de hierba sin cortar y maleza a su alrededor, recibe dos visitantes al mes y lo vigilan dos militares, vaya ejercicio de memoria.

Camino por la calle principal y entro a una tienda de artesanías donde hay varias mujeres reunidas. Ellas pertenecen a una asociación de artesanas de El Placer de la cual hacía parte Deyanira. Todas son mujeres campesinas que rondan entre los cuarenta y sesenta años, tejedoras de la historia, tejedoras de la vida. Deyanira desapareció tomando un bus de El Placer hacia La Hormiga; es una líder alegre y jovial que sus compañeras artesanas admiraban por su labor social, hoy nadie sabe dónde está, simplemente desapareció. Por esos días de la desaparición comenzó a venir un grupo de personas a El Placer dizque para vender miel: recorren el pueblo y golpean las puertas de las casas ofreciendo “la miel más rica de todo el Putumayo” —vaya uno a saber por qué usan la miel como excusa para vigilar a El Placer y a nosotros—, me dice una de las mujeres de la organización, de unos cincuenta años, piel morena, pelo blanco y un collar en chaquiras de colores que resaltaba en su cuello y que ella misma había tejido.

“Aquí en este pueblo todos estamos enlistados, por eso reina la ley del silencio”. Ella me cuenta que estar enlistado es aparecer en algún panfleto que dejan por ahí a las afueras del caserío. “Persona que enlistan, persona que se va del pueblo. Persona enlistada que no se va del pueblo es persona desaparecida”. Por eso y por los vendedores de miel, El Placer no ha renacido, El Placer murió esa mañana del 7 de noviembre del 99.

Novcientos cuarenta votos en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en El Placer. De esos, novecientos fueron por un mismo candidato, los otros cuarenta fueron por el otro. Nadie quiere más guerra, sin embargo el mismo pueblo, abandonado y solitario, se encarga de recordarle a sus habitantes por qué nunca le ha hecho honor a su nombre, y es que esos cuarenta votos representan todo el infierno que ha significado vivir en El Placer. “Aquí aparecen los muertos pero no se sabe quién los mata”.

Son las 6 p. m. y comienza el toque de queda, y quienes no somos de allí debemos salir lo más pronto posible. Nadie sabe quién manda esa orden, solo se sabe que el toque de queda comienza ahora, tal vez, quienes lo imponen son los vendedores de miel, o tal vez los dueños de esos otros cuarenta votos.

Al llegar de nuevo a La Hormiga tomamos camino a El Tigre, un pueblo pequeño, más bien una calle recta rodeada de casas y negocios que desemboca en el parque de la memoria. Este parque, también abandonado y solitario, lo construyó el Gobierno como parte de las acciones de reparación colectiva que recibieron las víctimas de la masacre de El Tigre en 1999. En el parque hay un par de sillas, un rodadero y columpios con aspecto de recién instalados a la espera de niños que seguramente nunca vendrán. Un pasto mal cortado y varios cuervos husmeando rodean el monumento de la memoria. El monumento es una especie de muro gris y triste con figuras de rombos y líneas que es lo único que lo diferencia de un muro cualquiera; en él dice “Parque de la memoria El Tigre”. Justo al frente hay diez columnas grises que forman un semicírculo y rodean una pequeña plaza. En cada columna hay una palabra, *paz, respeto, solidaridad, libertad, unidad, pertenencia, compromiso, vida, convivencia, esperanza, apoyo y pujanza*. Sus visitantes, siete cuervos que buscan restos de comida o animales muertos. “En este lugar hasta los cuervos saben lo que aquí pasó”, me dice uno de los lugareños en la cafetería frente al parque. El hombre no habla más del asunto y enseguida lamenta el gol que Francia le acaba de anotar a Perú en el mundial.

En El Tigre nos dirigimos a un improvisado y abandonado puerto para embarcar una chalupa por el río Guamuez que nos llevó a la vereda Villa Arboleda, lugar donde nos recibiría el consejo comunitario del mismo nombre. En el recorrido por el caudaloso río, pasamos debajo del puente de El Tigre; justo al lado de este hay un viejo puente abandonado que nunca fue destruido y que también hace parte de las construcciones de la memoria que el Gobierno dejó como medida de reparación colectiva. Justo después

de la masacre de El Tigre, los paramilitares tiraron por este puente los cuerpos de los muertos. De ahí en adelante el puente se convirtió en un lugar intransitable y el río, en un lugar innavegable. Pareciera que actualmente el río gritara el nombre de los muertos, pues su caudalosa corriente choca con las rocas y las ramas caídas de los árboles, emitiendo un ruido casi tenebroso que nos acompañó durante todo el viaje.

Luego de una hora en el río y rodeados de una espesa selva llegamos a la vereda Villa Arboleda. Justo al otro lado del río habitan los cofanes, pueblo indígena reconocido por su milenaria sabiduría, que han conservado con la permanente toma de ayahuasca. En Villa Arboleda, la mayoría de sus habitantes son negros. Tienen una pelea casada con los indígenas por la expansión de los resguardos y la falta de título colectivo por parte de las comunidades afro. Las mujeres, con vestidos coloridos, se ocupaban de preparar el espacio y las sillas para la reunión, las mayores se adormecían con el calor y los niños jugaban fútbol con cautela en la cancha donde hace dos semanas un niño recogió una granada enterrada, que al parecer estaba ahí desde los “tiempos más tristes y violentos del Putumayo”. Incluso allí debajo de la tierra aún quedan rastros de la guerra.

Los hombres, esperando atentos nuestro diálogo, conversaban entre ellos sobre la demora de los pagos del Gobierno y el incumplimiento del acuerdo de paz. “El problema aquí es la coca” me dicen todos, “no queremos dejarla de cultivar, y si no nos pagan el subsidio de la sustitución, pues entonces hay más coca”. ¿Y la guerra?, les pregunto. “La guerra aquí ya no existe, lo que existe es coca y pobreza”. ¿Y quiénes les compran a ustedes? “Le decimos el milagro pero no el santo”. —Y continúo—: Pero entonces sí existe guerra, porque si hay quien compre coca, también hay quien haga y pague la guerra. “Sepa usted que aquí no somos guerrilleros, aquí no ganó el candidato que eligieron los colombianos fue porque aquel presidente eterno nos quitó DMG, nos quitaron la platica, y nos tocó cultivar coca, y después dicen que por qué uno es cocalero, pero es que el Gobierno no ayuda, pero como le digo, aquí no hay guerra porque ya no hay guerrilla”. Así fue como comencé a caer en cuenta de que la guerra, así como las personas, tiene mala memoria, y el olvido, en cambio, es lo único que nos une como pueblo.

Justo antes de dejar la vereda para tomar la chalupa de regreso a El Tigre les hice una última pregunta: ¿Y no creen que las masacres influyeron en los resultados electorales? Ellos simplemente me respondieron, “¿Cuáles masacres?”.





NOVELA



ANA MARÍA ENCISO NOGUERA  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Novela

# SOÑANDO DESPIERTO

## (FRAGMENTO)



Me habría gustado hacerle una lobotomía y ver qué tenía en la cabeza. Habría sido maravilloso poder estirarle los meandros de los sesos, como una cinta fílmica, ver cuadro a cuadro el crecimiento de esta Babel de historias y luego empezar mi crónica diciendo: “Esta es la verdadera y triste historia de Mario Arteaga, de los libros y líos en que se vio envuelto y de cómo no se desarrolló”. Pero Arteaga ya no habla y él era la única persona que habría podido contarla desde el inicio, porque empezó en su cabeza. Por lo demás, he oído varias versiones de las personas que lo acompañaron y le fueron más cercanas durante los años que estuvo encerrado hablando, pero no sé por cuál decantarme. Cualquiera de esas versiones es igualmente probable porque lo que derivó es imposible.

Un par de antiguos compañeros de trabajo, de cuando tenía unos treintinueve años, me dijeron que lo recordaban como un buen tipo. Alto, delgado y calvo, un poco ansioso pero en apariencia tranquilo, esas calmas que amenazan siempre con hacer agua. Nunca hablaba más de lo necesario, no tenía el hábito de decir pendejadas. Aunque sus amigos íntimos eran de otras partes, por norma general iba a las parrandas de los profesores. No bailaba si no estaba borracho, pero siempre se mostraba dispuesto a contribuir a tan noble causa. Supe que una vez habían llevado mezcal del que tiene un gusanito y compitieron por él contándose historias de despecho. Mario ganó; dicen que contó la historia de sus padres; una historia que por poco hace llorar al gusano mismo. Quedó fuera de combate hasta las doce del día siguiente y amaneció en la misma silla donde se lo comió. Cuando renunció, al despedirse el último día, les confesó que la historia la

había leído en un periódico de 1950, y que su madre lo había criado sola porque su padre se había muerto de peritonitis cuando Mario tenía seis años. “Malparido”, concluyó con una sonrisa el que me lo contó.

El detalle del periódico no es menor. Arteaga no conocía esa historia porque se hubiera encontrado el recorte en casa de su abuela ni guardado en un libro viejo. Arteaga era profesor de historia de Colombia y daba clase entregándole a sus estudiantes noticias de las épocas que estaban viendo. Según él, eso ayudaba a que imaginaran mejor el momento y se encariñaran con la materia. No solamente les llevaba recortes sobre masacres o las caídas del café en la bolsa, sino también notas que decían cosas como que, según una prestigiosa universidad estadounidense, para el año 2000 estaríamos cultivando trigo en la Luna.

Arteaga empezó a enseñar a los veintitrés años, recién graduado de la Javeriana, y durante los quince años que estuvo trabajando como profesor fue a la biblioteca a revisar archivos. La última novia que se le conoció, Natalia López, una saxofonista, me contó que cuando empezó su vida docente iba a la biblioteca todas las semanas, a veces incluso dos veces, una a mediados de semana y la otra el sábado. Cuando se conocieron, Mario ya llevaba seis años en esa tarea y no tenía afán por encontrar con qué alimentar a sus estudiantes, así que iba una vez cada quince días o una vez al mes si estaba en época de exámenes. Era un hombre de hábitos, juicioso, yo no habría sido capaz de sostener esa gracia durante tanto tiempo.

A Natalia le parecía encantador el asunto de los periódicos; fue suya la idea de grabar las historias que Arteaga le contaba. Cuando Natalia no tenía toque, podían verse en casa de alguno de los dos. Se sentaban con una botella de vino y una grabadora de esas de casetes pequeños, Mario le contaba historias de los recortes que encontraba y jugaban a seguir desarrollando el cuento más allá de la nota periodística. Eso también quedaba grabado.

Algunas de las historias con que jugaron, él las transcribió, editó y reescribió, y poco a poco fue empezando a publicar: dos amantes fingen su suicidio en el salto del Tequendama y escapan a Panamá; luego son encarcelados, acusados de poligamia. Un hombre muere corneado en un ascensor. Halan un edificio hasta mudarlo de cuadra. Candidato a la alcaldía de Bogotá propone enmarquesinar toda la ciudad (en su cuento lo logra, pero la marquesina sucumbe aplastada por una granizada de proporciones bíblicas).

Fue por esa época que Mario encontró la historia de los sordos. En 1973, tres sordos fueron capturados por el asesinato de nueve taxistas. La

historia lo obsesionó: uno de los sordos (el mayor) era el que los ahorcaba desde el asiento de atrás y siempre se llevaba un *souvenir* de cada asesinato. Lo hacía porque odiaba a los taxistas y por el placer que le procuraba matar. Los otros dos se quedaban con el producido del día del taxista muerto y lo hacían porque querían casarse y estaban ahorrando para la boda. Nunca llegaron a hacerlo: los capturaron la noche que salieron a robar el dinero para la luna de miel.

Arteaga barrió todos los periódicos de la época, investigó sobre la llegada de la lengua de señas a Colombia, por medio de algún contacto de un primo consiguió las declaraciones de ellos ante la Fiscalía y los resultados de las necropsias realizadas por Medicina Legal. Hizo que Natalia lo acompañara a un viaje de campo a Topaipí, de donde era oriundo el mayor de los sordos, dizque para comprender mejor quién era él. Buscó la casa en que vivieron, en lo que luego sería la Calle del Cartucho, y buscó registros gráficos de cómo eran las calles en que el novio trabajaba como embolador. Intentó encontrarlos en la cárcel para entrevistarlos, pero no lo logró. Se imaginó que ya habrían muerto.

Natalia escuchó y grabó religiosamente sus pesquisas sobre los sordos, pero poco a poco el tema la fue hartando y eventualmente se negó a continuar con el juego y de paso también con el noviazgo. Citó a Arteaga a La Florida, frente a ese café sus sordos se encontraban para ir a hacer planes, y sobre la mesa le dejó todas las cintas y la grabadora. Eso fue todo. Solo volvió a saber de él años más tarde, por los noticieros.

Arteaga pasó la tusa concentrándose en escribir lo que sería su primera novela, *La muerte callada*. Al final la publicó la editorial de un amigo del pregrado, Eduardo Pinzón, cofinanciada entre los dos. El tiraje fue de cien ejemplares que distribuyeron ellos mismos, muchas veces caminando como evangélicos predicando la Palabra.

Pero esto es todo lo que podría contar como crónica. Aquí se acaba el periodismo.

Y empieza la ficción.

No hay otro camino para entender a Mario que imaginárselo mucho antes de que saliera en los noticieros e inundara los periódicos.

Vamos ahora a algún sábado de julio o agosto de 2010. Será una fecha un poco aleatoria, pero lo que necesitamos es un punto de partida. Sábado, diez de la mañana, Arteaga finalmente se levanta de la cama, agotado, roto, porque durante tres horas una migraña le ha martillado la cabeza. De estas

tres horas, los últimos treinta minutos ha estado soñando despierto. No será una expresión precisa, pero era la que él usaba: soñar despierto.

Un par de meses después de que *La muerte callada* saliera al mercado, empezó a ver, ver literalmente, como si fuera con sus propios ojos, cuando alguien escribía en uno de sus libros, doblaba una página para marcar dónde iba o simplemente se quedaba friccionando el papel con los dedos antes de pasar la hoja. Fue primero una cosa muy esporádica; uno, porque pasaba mucho tiempo entre una venta y otra, y dos, porque una cosa era venderlos y otra que efectivamente alguien los leyera. Pero cuando ocurrió y algunos lectores empezaron a engancharse a la historia de sus sorditos, él pasó de verlos maltratar el papel a verles la cara, escucharles la voz, ver por dónde caminaban mientras tenían el libro en la mano o mochila y así, lentamente, se fue infiltrando en la vida de sus lectores. Una vez vio a su madre leer la novela y bostezar hasta mostrar la última calza. Luego dejó el libro en la mesa de noche y no lo recogió más nunca. Tiempo después le preguntó si la había leído y qué opinaba. Ella respondió que sí, claro que sí.

—¿En serio, viejita? ¿De verdad? Qué va, no le creo.

Nunca le explicó por qué no le creía.

Ya había visto antes a la mujer de esta mañana. Era una madre joven que aprovechaba un raro instante de soledad, mientras su esposo llevaba a los niños a clase de fútbol, para tomarse un café en silencio y leer. Durante la media hora larga que llevaba soñando despierto, la había visto organizando los últimos preparativos para la salida de todos. Que se echaran el bloqueador, acabaran de vestirse, de desayunar, una manzana y un sándwich en la maleta de cada uno. Arteaga la vio suspirar aliviada cuando cerró la puerta tras su marido, caminar despacio a la cocina y encaramarse en una escalerilla de dos pasos para sacar la prensa francesa de lo alto de un gabinete y preparar café. Fue entonces que Arteaga decidió levantarse y hacer el suyo (en una cafetera eléctrica, sin tanta ciencia); quería tomarse un café con ella. No encontrarse con ella, pero sí le apetecía esa delicada, silenciosa forma de unión que le posibilitaba su extraño voyerismo. Arteaga dejó el café haciéndose y fue por su cuaderno de apuntes mientras la mujer buscaba *La muerte callada* en la mesa de noche (impecable, meticulosamente organizada) y volvía a la sala a echarse en el sofá y leer:

—¿Aló?

—*Levántese, apareció otro.*

—¿Otro qué? ¿Qué tal un buenos días, cómo amaneces, perdona que te llame a esta hora?

—*Ya. A mí tampoco me hace gracia levantarme tan temprano. ¿Ya se paró de la cama?*

—*No. ¿Con este frío quién se para?*

—*Pues el hijueputa ese que está matando taxistas.*

—*Ah, no jodás. ¿Por qué le dará por estas? ¿Sufrirá de insomnio?*

—*No sé. Si quiere hoy saca un comunicado de prensa diciendo que la Policía Nacional le solicita muy atentamente a todo aquel que esté pensando en cargarse a alguien que se acomode a hacerlo en horario de oficina. Ahora levántese, carajo. Paso por usted en diez minutos.*

—*Qué chimba de cumpleaños* —*alcanzó a oír Jaime Pizarro Toledo antes de colgar el celular, mientras cerraba con seguro la puerta del apartamento, rogando porque su madre no despertara antes de que llegara la cuidadora. Los cambios en las rutinas le sentaban muy mal y acababan por ponerle la vida de cabeza a él también. Hasta ahora no había tenido que irse corriendo del trabajo por culpa de ella, pero sí había sufrido descongelando las camisas sin que se rompieran y buscando las naranjas entre los cajones de las medias alguna vez que su madre se quedó sola y quiso darle orden a las cosas.*

Arteaga empujó con la mano el montón de papeles que tenía acumulados sobre el comedor (libretas de todos los tamaños, resmas de papel, blocs en los que había pegado hojas plegadas como acordeones, llenas de notas para más historias) y entre el reguero que tenía rescató su portavasos, el que la mesera había puesto la tarde que Natalia lo citó a La Florida para decirle que todo se había acabado. Estaba doblado, ocre y asqueroso, pero era el suyo y ya está. Las opciones eran esa o tener el café en la mano hasta el fin del mundo. Cuando estaba en el colegio, cogía el taller o examen de algún estudiante a manera de portavasos con la garantía de que, si acababa marcado con el escudo redondo de su majestad el café, sería recompensado con tres décimas adicionales, y siempre cumplía con su palabra, cosa que fue la salvación de más de un afortunado. Arteaga volvió a la cocina, sirvió el café y se sentó a describir a la mujer mientras leía. El tiempo (el que llevaba soñando despierto, el que tenía de ser historiador, el que había pasado parado sobre la Tierra) le había enseñado que nunca, jamás, la vida de alguien era tan simple, tan una, como la escena que estaba viendo ahora. Esta mujer no era la excepción: su esposo y ella tenían deudas, en el colegio de los niños la estaban presionando para que llenara de toda clase de terapias a uno de sus hijos, el trabajo le hacía crecer moho del aburrimiento, llevaba dos años sin ver a su único hermano a raíz de una pelea en la que ninguno había querido ceder. Por las noches jugaba con los

niños a que el sofá era un submarino capitaneado por su tío, con la misión de dibujar un mapa de los fondos oceánicos y nombrar todas las especies animales y vegetales que faltaran por encontrar. Sabiendo los dolores que Lorena, como se llamaba, se traía entre pecho y espalda, Arteaga sintió que era casi un gesto de compasión y generosidad describirla mientras empujaba el émbolo de la prensa francesa con absoluta meticulosidad, se recogía la ondulada melena, servía café y regresaba al sofá a recostarse de medio lado, sobre la cadera y el codo izquierdos, con la pierna derecha recogida, a tomar sorbitos de ambrosía negra y leer con calma. Entretanto, Jaime Pizarro Toledo y América Abril, los inspectores de *La muerte callada*, revisaban la escena del crimen con la resignación con que se mira un vaso roto, donde un taxista había sido aplastado numerosas veces con el vehículo que, hasta el día anterior, usara para llevar el pan a la mesa, y Mario Arteaga probaba su tinto y pensaba que eso más merecía el nombre de insecticida que de café.



# POESÍA





ESTEFANÍA ANGUEYRA  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Distrital de Poesía

# GÉNESIS



Como el hombre más vivo del mundo  
notó que Dios no existía, lo inventó.  
Esto fue el primer día

El segundo día, separó al mundo en razas  
El tercero, en sexos  
El cuarto, en partidos políticos  
El quinto, creó la división de trabajo  
El sexto, la vigilancia

El hombre más vivo del mundo vio que esto era bueno  
así que el séptimo día hizo que todos trabajaran para él  
y descansó.

## Tie a Yellow Ribbon

Cuando el amado llegaba de la guerra  
las norteamericanas amarraban ribetes amarillos  
alrededor de los robles  
pensaban “*la promesa sigue intacta*”.

Pero esto no es Estados Unidos:

aquí escasean las historias de amor  
no existen esos árboles inmensos, exuberantes  
y en la única cinta amarilla que tenemos  
se lee "*peligro, no pase*".

## Tormenta

Cuando era niña  
a nadie le gustaba dormir conmigo

Mi abuela decía que me movía mucho  
Mi tía que le quitaba las cobijas  
Mi hermana que gritaba en sueños

Debía acostarme sola  
en un sofá duro  
con una sábana como de lija.

Una de esas noches  
me despertó la tormenta  
escuchaba el tictac de las gotas  
en el techo de zinc  
el vaivén de los árboles  
alborotados por el viento

Estaba oscuro

Cerré los ojos  
intentando seguir el ritmo de las gotas  
que golpeteaban en la ventana

Hasta que tronó un relámpago  
y su luz penetró en mis párpados

en ese instante  
todos los seres del mundo  
dormían

salvo el cielo y yo.

Relámpagos,  
veloces ingresos a la soledad.

## Clase de Física

Se apagó la luz.

El profesor iba de mesa en mesa  
prendiendo fósforos

alguna compañera debía colocar  
una hoja frente a la vela encendida  
y una lente en la mitad.

En un lugar específico, matemático,  
sobre el papel se dibujaba una nueva llama

confundíamos al universo creando soles  
que antes de nosotras no existían.

De repente nos sentimos en un templo  
un templo oculto y nuestro  
que se libraba de la excesiva vigilancia  
de aquel colegio franciscano.

## Ley de conservación

La energía y la materia no pueden destruirse:  
van transformándose en formas distintas y desconocidas  
que persisten en secreto.

La voz guarda una vibración infinita:  
cuando alguien muere su energía no desaparece

y en ocasiones es palpable.  
La tierra, más que vivos, alberga fantasmas.

## Ícaros

En mi finca siempre llueven zancudos  
vuelan hasta el techo y caen ligeros.

Ellos no tienen historias que les recuerden  
que quien se acerca mucho a la luz  
se viene abajo.

FABIÁN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ  
Cundinamarca · Bogotá  
Taller Universitario de Poesía Ulrika

# DE LA COSTUMBRE DE LOS DÍAS



## Costumbre de los días

En el vértigo que desata el llanto  
esta ruina  
abandonó los restos tendidos  
Sacude con extrañeza el azar  
trepa el vacío  
y finge no advertir  
la ausencia  
la monotonía

## Anónima

Tú estás a ambas orillas del misterio  
y también en el puerto que no nos espera.  
Desde allí  
escribes  
tallas un nombre  
con todo  
y sus abismos.

*Para Alexandra Santos Contreras*

## Soliloquio del existencial

Ahora que nos hundimos en el consuelo de las cosas  
que nunca fueron nombradas  
porque nos tocó esgrimir  
el pronóstico de ninguna certeza  
ignorantes de cualquier devenir indescifrable  
o porque  
debimos cruzar la callada sensación del vértigo  
o la insoportable sustancia de los días  
ahora que hemos depositado la ilusoria esperanza del tedio  
en la turbia simiente de nuestra vida  
irremediabilmente  
hemos sido derrotados  
por la duda permanente de nuestra existencia

## Desencuentros

Sostengo el adiós impaciente  
Entre mis dedos.  
Ya no soportan acariciar la nada  
ni se aseguran  
de negar el anciano rostro de lo desconocido;  
ya no se apresuran por saber en dónde reza el silencio  
que desapareció una tarde  
mientras, distraídos,  
tanteábamos a través de las sombras  
cada pertenencia  
de lo que algo alguna vez fue  
o fuimos:  
Frente a cada ruina insistente  
temblaba la ceguera de tus manos

## Lejanía

Pretender nombrar el silencio  
es desterrar el crujió cansado de las cosas  
es huir de cualquier claridad  
a veces ignorada del deseo.  
Tampoco basta  
con exiliarse en secreto  
o nacer inesperadamente en la distancia  
surcada por la tardanza del adiós.  
También  
Callar de vez en cuando  
obedece a todo sentido contrario  
de algún recuerdo extinto  
de algún rostro desierto  
tallado en el reino lejano de la desesperación

## Patíbulo

### I

Habrá que esculpir estatuas con la lentitud del viento  
saber que de repente  
el pájaro que se posa en la ventana  
canta nuestra despedida  
al filo insistente de la muerte.  
Tal vez no sea nuestra mayor aspiración  
tropezar en medio de lo inhóspito  
con el desamparo  
o la amargura desvelada.  
Tal vez  
es ciertamente inevitable  
no adentrarnos en la conciencia del cautivo  
para evadir si acaso  
la inminente punzada del condenado

II

Hay quienes rondan los paraderos  
 esperando una que otra despedida  
 un beso o abrazo  
 que imploran una señal en la premura de las nubes  
 y acuden incluso  
 al puente de los infortunios  
 para pedir no ser decapitados  
 por el verdugo de la desilusión

POR SI NO lo sabes  
 como todo lo demás  
 tu recuerdo aún se cierne  
 sobre los párpados de esta habitación.  
 Aún respiran las paredes  
 el transcurrir pasajero de la tarde  
 la fatigada errancia de tu sombra.  
 Como todo lo demás  
 que permanece en su sitio  
 y ocupa un lugar en la retina  
 o en el tacto húmedo del viento  
 guardo en el closet tu sudario.  
 Como todo aquello que fue:  
 Anuncio Sigilo Cansancio  
 polvo prolongado en los retratos  
 hoy me hiere  
 la insistente permanencia de los días



ROSS ALIED SILVA VILLAMIL  
Guaviare · San José del Guaviare  
Taller Permanente de Escritores Guaviarí

# CIELOS



Cúpula azul  
¿Mil amantes en la infinitud?  
Lloras cuando puedes  
Sobre tierra inmensa.

Vistes de colores,  
eres velo rojo,  
Negro, amarillo, blanco,  
Sobre manto llano  
Por donde caminan  
Beceros, fieras, niños  
un nukak o un jiw

Espacio infinito  
gorjeos, reclamos  
los hombres abajo,  
Almas arriban, el olor a milpo

¡El techo de tu casa abriga!  
¿Escondes acaso  
el llanto vertido  
de todos tus hijos?  
tu pecho abierto,  
tu sangre no sale.  
¡Cielos del Guaviare, cielos limpios!

Elegidos somos.  
A tus pies  
De aguas abundantes  
aves son tu ritmo,

Cielos, palma de asaí  
Cielos del Guaviare ¡palma de cumare!



# NODO SUR OCCIDENTE



Antioquia · Caldas · Chocó · Nariño · Quindío ·  
Risaralda · Valle del Cauca



# CUENTO



MAGALY PACHECO MARIMÓN  
Antioquia · Apartadó  
Taller de Escritores Urabá Escribe

# LA VISITANTE



Dos pescadores organizaban sus atarrayas en el río Suriquí, cerca de la desembocadura del golfo de Urabá. Lugar rodeado de manglar y pequeñas manchas de cativales. Los compadres Emilio y Benito, pescadores tradicionales, desde hacía varios años acudían a pescar allí.

Benito, jovial aprendiz de pescador, desde su infancia coloca trasmallos en las ciénagas. Siempre acompaña a su tío Emilio a pescar sábalo, mojarra, bocachico y camarón. Ya sabe que en época de invierno los peces se van al fondo del río y tranquilos recorren sus profundidades. Distingue las redes de pesca de sus amigos y familiares. Vive feliz contando las garzas que vuelan cerca de ellos, esperando las vísceras de los pescados. Siempre piensa “quiero ser pescador, no profesor”.

A las cuatro de la tarde se disponían a colocar las redes y regresar a casa. Su gran esperanza era que esa noche se llenaran sus redes con abundantes peces. Con un gran sábalo y muchos lebranches se componía el día.

Al frente se veían sus botes de madera, largos y sencillos pero fuertes. Amarrados a una vieja ceiba tolúa, sus amigos de vida estaban dispuestos siempre a cobrar muchas especies a su haber. En la época de verano abundaban en este lugar diversas especies que alegraban los festines culinarios de los turistas y nativos del lugar.

—¿Oye tío, crees que pueda haber buena pesca esta noche? —preguntó Benito con cierta incredulidad.

—Claro que sí, Benito —adujo Emilio—. Durante diez años he pescado en este lugar y nunca he regresado con las redes vacías. Aunque la pesca ha mermado en todo el golfo —replicó.

—Sí, algunos pescadores se están yendo a pescar a las ciénagas del Atrato.

“¿A dónde irán los jureles y los sábalos?” pensaba el viejo Emilio.

Estando entre diálogos y pensamientos, escucharon un seco y largo chasquido, zassssssss, algo cayó al bote.

—¿Sentiste un ruido? —preguntó Emilio.

—Sí, algo cayó al bote, seguramente el viento quebró una rama seca —dijo Benito.

Con pasos sigilosos se acercaron a las canoas. No desconocían que las hojas y los palos secos cubrían el suelo y podían delatarlos ante lo desconocido. Cien metros los separaban de las canoas; a medida que se aproximaban, el temor los invadía. Mentalmente ambos especulaban: “¿Qué caería en el fondo de los botes que produjo un ruido tan estruendoso?”, y suponían diferentes respuestas. Benito creía que un tronco viejo y seco podía haber caído abruptamente. Mientras, Emilio pensaba que un mono aullador, en sus ágiles piruetas, había resbalado y caído.

Al llegar al lugar se quedaron atónitos, ¡estupefactos! No podían creer lo que observaban, los ojos se abrieron desmesuradamente como pequeños platos:

Compa’ e Benito, echándose bendiciones:

—Ave maría purísima, ¿mis ojos que se los comerán los gusanos están viendo lo que están viendo?

—Sí, parece una tigre y está dormida. —Los ojos exorbitados de ambos miraban con incredulidad semejante animal. Dormía plácidamente, estirada y boca arriba mostraba sus largos colmillos. ¿De dónde viene? ¿Por qué llegó? ¿Estará sola? ¿Huía de los cazadores? Muchas preguntas se perdieron en la memoria de ambos. Parecía increíble la posibilidad de acariciar la piel suave, amarilla y de rosetas cafés de tan magnífico animal.

—¿Será una fantasía? —dijo Benito.

—Pellízqueme, de pronto es un sueño —afirmó Emilio—. Pero en definitiva es una jaguar, la reina de la selva.

Sus creencias les indicaban que el jaguar era un devorador de hombres, peligroso, astuto y efectivo en el ataque, pero hermoso en su pelaje e imponente por su tamaño y fuerza y se preguntaban con insistencia: ¿De dónde viene? ¿Por qué llegó al bote? ¿Estará sola? ¿Es peligrosa? ¿La vienen cazando? Preguntas que se quedaron sin respuesta.

—Qué hacemos, estamos muy lejos del pueblo —comentó Benito. Ambos llegaron a la conclusión de que la única salida era dejarlo en su

profundo sueño, evitar el contacto con el felino y esperar que despertara y abandonara el bote en el momento oportuno. Asustados se alejaron con mucho sigilo del lugar.

—Oye, Benito, visitemos a mi yerno Clodomiro Lukumí, vive con su familia a dos horas, a la cuarta vuelta del Suriquí, río arriba —propuso Emilio.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Benito—. Aprovechemos y pedimos arroz.

Seguidamente emprendieron el largo camino, pero en sus mentes seguía flotando la imagen dormida de la jaguar. A lo mejor la estaban cazando y logró huir, muy cansada se escabulló entre el manglar y llegó a los botes, se imaginaba Emilio.

En cambio, Benito recreaba en su mente que estaba huyendo de las inundaciones del Atrato, buscando territorio seco. La jaguar es andariega, solitaria, territorial, busca pareja y es cazadora de venados, cerdos y babillas. A veces se convierte en el terror de los campesinos, por eso la persiguen para exterminarla, concluyó el jovial pescador.

Los pescadores llegaron a la casa de Clodomiro Lukumí, palafito perdido en el bosque del Suriquí. Saludaron a los dueños de casa:

—Que Dios bendiga esta casa —expresaron ambos pescadores.

—¿Cómo se encuentran por acá? —preguntó Emilio.

—Sostenidos gracias a Dios —respondió Clodomiro— y contento de verlos. ¿Pero qué los trae por acá? —preguntó el Clodo.

—Enseguida le contamos, déjenos tomar agua —dijo Emilio.

Los pescadores se acomodaron y acompañados de una taza de café contaron la historia de la visitante. Clodomiro estaba boquiabierto, no podía creer lo que escuchaba.

—¿Qué sabe de la jaguar, Clodo? —preguntó Benito.

—Ayer en la mañana escuché unos disparos, eran unos cazadores que estaban persiguiendo a una hembra, me comentaron que unos ganaderos pagaban por la piel de la jaguar, ya que se comió varias vacas; desde hace días estaba haciendo daños. Mataron a sus crías pero logró huir —expresó Clodomiro con tristeza.

—Nosotros los pescadores y campesinos no podemos vivir con el jaguar —concluyó el Clodomiro.

—Ah, eso explica el cansancio del animal, seguramente venía de muy lejos —adujo Benito.

Después de comer y recrear historias y especulaciones alrededor del hermoso felino, se acostaron; debían madrugar a rescatar sus botes y recoger la pesca. Cada uno se preguntaba “y si mañana está en el bote, ¿qué debemos hacer?”, no tenían armas y no se podían defender. Definitivamente la mejor opción era que el animal se alejara del hombre.

Al día siguiente emprendieron el camino hacia la desembocadura del río Suriquí, donde dejaron los botes con la visitante descansando. Cruzaron bosques y pasturas, después de dos horas avizoraron el lugar.

Con mucho sigilo y armados de machetes rodearon la ceiba tolúa, se acercaron a los botes y con gran sorpresa vieron que no estaba la jaguar. Se quedaron quietos por quince minutos para evitar sorpresas, luego siguieron las huellas de la felina y, para tranquilidad de ambos, estas se perdían entre los cativales del lugar.

—Benito, creo que la jaguar se fue en la madrugada, descansó toda la noche —concluyó el compadre Emilio.

Después de confirmar el estado de las atarrayas y ver que la pesca fue abundante, descubrieron que no tenían jureles, pero estaban vivos y conocieron la presencia majestuosa de un jaguar. La naturaleza es prolífica con el pescador del Suriquí y se fueron felices a Bocas del Atrato porque tenían una historia que contar.



JULIÁN ZÚÑIGA UPEGUI  
Antioquia · Envigado  
Taller Pluma Encendida

# LA PREVENCIÓN DEL NIÑO



¿Por qué lloran, mis angelitos? Este es su final feliz. ¿Recuerdan las noches interminables, revolviéndose en la cama, sintiendo los minutos pasar con el estómago vacío? Todo eso ha quedado atrás. Ahora estamos juntos los tres, y los tres juntos seremos uno solo. ¿No es maravilloso? ¿No es como para cantar y bailar hasta el amanecer? ¡Vamos a alegrarnos mucho, como en una fiestecita!

¿Para qué decirles mentiras, queridos míos, con esas cabecitas tan inteligentes que tienen? Fueron muy listos al hallar el camino de vuelta a casa, a pesar de la inmensidad del bosque y sus peligros. ¿Pero acaso podrían reencontrar el camino hacia el corazón de los hombres? Temo que no haya guijarros en el mundo que conduzcan al amor perdido. ¿O no saben que sus padres los desprecian, que no querrían otra cosa que extraviarlos para siempre? No pueden ir a casa, su hogar es más peligroso que el bosque mismo. Antes que compartir el último mendrugo de pan, sus padres los abandonarían de nuevo en torno a una fogata, para que fueran carne de osos indómitos, de lobos hambrientos. Crean en mis palabras, pues los adultos son terribles, y esa es una forma habitual de su caridad. ¿No ven que preferirían eso a verlos devorados por el hambre y la enfermedad, lo que en un futuro seguramente les acaecería? Hagan caso de una vieja fea pero sincera, conmigo están mucho mejor, mis capullitos. ¡Sequen esas lágrimas, y alegren sus corazones con el futuro gozoso que proyecto para ustedes!

¿Cuál es la razón de lamentarse y desesperar, si todo lo que ha de ser, alguna vez será? Así regresaran a casa, y sus padres los acogieran con bondad, ¿qué haría el tiempo con sus vidas? Su padre es un pobre leñador, y aunque los quiera, no pueden esperar mucho de él. Probablemente morirá joven, extenuado por las faenas en el bosque. Y entonces esa arpía de su madre

no tardaría en abandonarlos, como siempre ha deseado. ¿En esa situación qué harías tú, mi niño? A lo mejor seas en unos años un muchacho fuerte y bien parecido, ¿pero qué con eso? Echarías en falta el capital para dedicarte al comercio, las relaciones para ser empleado estatal, la educación para hacerte hombre de leyes. A lo sumo serías soldado. ¡Sí, serías un hermoso oficial de caballería, ataviado con casaca, botas lustrosas y sombrero alto, protegiendo las fronteras del reino sobre un gallardo alazán! Pero dime, ¿qué sucedería cuando se desatase de nuevo la guerra? ¿Tendrías suficientes cargas en tu mosquete para repeler el ave de la muerte, al cernirse esta sobre el país? No hace mucho, en la época del Corso, fueron arrasados los campos, las casas incendiadas, las mujeres violadas, los bebés pasados por cuchillo. En ese teatro horroroso, ¿qué papel harías? Te matarían, o peor, resultarías herido de gravedad. Mutilado, al llegar el armisticio vagarías por las ciudades, pidiendo limosna en recompensa de tu sacrificio, y morirías en una noche de luna llena, sobre un descampado de nieve. ¿Quieres eso queridito mío, vale la pena alargar la existencia para semejante fin?

Y tú, mi muñequita de rizos de oro, ¿qué sería de ti? Sí, quizá llegaras a ser una mujer bonita, y con un poco de suerte lograrías establecer una alianza provechosa, a lo mejor con un mercader, o con un banquero. Como en un cuento de hadas, vivirías en una casa amplia, a la orilla de un lago, donde te dedicarías a ser buena madre y esposa. ¿Y qué pasaría después? ¿Duraría el encanto para siempre? Las penurias te alcanzarían a toda costa, así vivieras en un palacio con columnas de oro. ¿No sabes que los hombres son unos puercos, y cuando se cansan de gozar de sus mujeres se buscan una querida con la cual pasar las noches? Un día de carnaval descubrirías a tu esposo en una taberna, apurando jarras de cerveza, con una muchacha sentada en sus piernas. El asqueroso contraería la sífilis, y te pasarías las noches cuidándolo, con el corazón atravesado por una daga. Te convertirías en la burla de la ciudad, tus conocidos se cebarían en tu desgracia. ¿Y quién enjugaría tus lágrimas amargas? Abrumada, envejecerías rápidamente, envilecida por las cadenas del hogar y el matrimonio, deseando cada hora la liberación de la muerte. ¿Es eso lo que quieres mi niña, sacrificar tu vida en un altar de dolor?

Mis angelitos, ¿recuerdan a la palomita blanca? ¿Saben adónde va ella, al levantar vuelo del tejado? La palomita planea sobre los jardines, atrapa un gusano que se arrastra entre la hierba, lo lleva a su nido y lo engulle. Día a día repite esa acción, hasta que una mañana cae fulminada al suelo, con el pecho atravesado por la bala de un cazador. Así, el hombre

la echa en su bolsa, la asa en una sartén, y la come con vegetales y vino. Años y años el cazador repite su rutina, hasta que una tarde cualquiera cae de bruces al suelo, víctima de un ataque al corazón. Al día siguiente, los dolientes entregan el difunto a las entrañas de la tierra, donde los gusanos se dan un festín con su piel y sus órganos. Sin embargo, cuando se harta de comer, el gusano sale a dar un paseo a la superficie y es devorado por otra paloma. De esta manera —y aunque no sea aparente— todos tenemos un destino, todos tenemos una misión que cumplir para hacer andar la rueda del tiempo en su progresión infinita. Yo, que soy una vieja débil y solitaria, apenas si como, pues casi no hay alimento que me satisfaga. La leche me destroza el estómago, no tolero las nueces, la levadura me postra en cama semanas enteras. Ahora, los niños... los niños me parecen hermosos, y más aún cuando son dulces y obedientes, puesto que complacen al dios que los mira desde su morada celestial. ¿Saben cómo es esa morada? Es un reino inmenso con murallas de bizcocho, torres de pastel y puentes de chocolate sobre ríos de leche y miel. ¡Yo sé que les encantaría ese lugar! Pero para llegar allá hay que ser bueno, y nada disgusta más a ese dios que el desagradecimiento. Por eso, hay que tener los ojos abiertos para ver sus regalos y corresponderlos con gratitud. Muchas veces, estos aparecen cuando menos los esperamos, como no esperaban ustedes las ropas blancas que les ofrecí, las camitas mullidas donde los albergué, o las deliciosas paredes de mi casita. ¿Y cómo pueden ustedes agradecer esos favores? Yo lo sé, yo conozco una solución que los hará afables a los ojos de ese dios, porque ustedes le darán las gracias y al mismo tiempo cumplirán su misión terrenal. Esta noche, la última de abril, nos reuniremos un grupo de ancianitas, iremos a una colina cercana, tomaremos una copa de vino, y cantaremos himnos antiguos para honrar la llegada del... verano. ¡Su tarea es simplemente estar ahí, y alegrarnos con su presencia! Sean buenos mis niños, acepten los consejos de una vieja honesta que los llevará a un lugar donde no habrá hambre ni dolor, donde la felicidad no acabará nunca. ¡Y celebren su redención acompañándonos a la mesa, desde su centro, rodeados de hojas de muérdago y uvas!

Tengan cuidado de no lastimar su piel, es mi parte favorita. Entren al horno.

YURANY MEJÍA PÉREZ  
Antioquia · Itagüí  
Taller Tríade literario

# INERCIA



Desperté alrededor de las seis de la mañana, Mario ya no estaba, como de costumbre, salía todavía de madrugada y sin avisar. No había nada que ver por la ventana, salvo la lluvia torrencial de aquel día. Era la primera vez que las sábanas me pesaban y no toleré seguir en cama. Llamé a mi madre como por un reflejo adquirido en la infancia, era más una necesidad de afecto que cualquier otra cosa.

—Son las seis de la mañana —dijo.

—Lo sé, pero no puedo seguir durmiendo y llamé para ver cómo estabas.

—Acostada, por supuesto.

La conversación fue corta, a ella le resultaba inconcebible llamar a una casa a esas horas y más un domingo, me comparó incluso con los religiosos que llaman a la puerta con intenciones de evangelizar, sentí por un minuto el desprecio, colgué.

Seguía lloviendo y la única cosa extraordinaria que sucedía era la manera en que mis ojos se nublaban como la ventana de mi habitación. Consideré por un momento volver a la cama y obligarme a dormir durante el resto del día, no tenía intenciones de salir, quise volver a tomar el teléfono, pero imaginé que un disgusto más sería intolerable para mi madre y que no estaría dispuesta a contestar nuevamente. Sabía lo que pensaba sobre irse de la casa materna y llamar a diario como un intento de negarse a la soledad; recordé aquella discusión en la que me reprochó por no entender que ya no hacía parte de esa familia, que tenía la mía, y que ahora estaba en otra dirección. Sabía que me amaba, a su modo, pero también sabía que en esos momentos sentía un desprecio absoluto por todo lo que significara mi vida después de mudarme.

Ella no era la más amorosa, nunca lo fue, y comprendí que a su edad era importante dormir sin molestia, o eso era lo que decía; así que desistí de llamar nuevamente y me dirigí al baño. A mi lado estaba tendida la ropa que usaría aquel día, nunca había cuestionado mi rigor al dejar todo listo desde la noche anterior, la ropa, la comida y todo lo que necesitara al amanecer, hasta este día. El teléfono sonó, del otro lado la voz de mi padre se deslizó hasta mis oídos como un ruido provocado por el vértigo; él era un poco más dulce, sin embargo, a su dulzura siempre la acompañaba el sinsabor de la contundencia:

—Pasamos a buscarte en una hora, ¡arréglate!

Volví a mirar mi ropa, no había nada inusual, monocromática, sin mucho detalle, había decidido usar la blusa que ella me regaló para ir a una entrevista, me dijo, antes de entregármela, que aprendiera a vestirme, que dejara esa moda de usar solo jeans y camisetas, como si eso fuera muy femenino. La verdad es que ese día solo podía pensar en todos sus reproches, en todos sus desplantes y en todas las ocasiones en las que sentía que ella no cumplía con el prototipo de madre amorosa que muestran los comerciales de televisión. Me quedé callada, ya no sentía la necesidad de afecto que antes me movió a telefonar, más bien necesitaba la soledad de mi apartamento, la familiaridad que me brindan esas paredes a las que no me acostumbro y el silencio sepulcral de quien vive solo, aunque no lo hiciera. Él continuó, ya su voz no era un simple ruido, estaba irritado, ahora sonaba como una campanada, algo estruendoso; carraspeó:

—¿Aún estás ahí?, ¿te pasa algo?

—No importa, ¿qué necesitas?

Comenzó a enumerar la lista de actividades que debía llevar a cabo ese mismo día: firmar documentos, tomar decisiones, elegir entre este o aquel color, las flores, los invitados, el lugar y la hora de la ceremonia; anotaba todo según él me decía, me parecía que no era yo quien debía ocupar ese papel de organizador, quería escucharla a ella y saber su opinión, yo no sabía de flores, ella sí, no sabía de trámites, ella sí, no sabía de ropa, ni de decisiones, ni de cuál era la mejor hora ni a quién debía invitar.

—¿Me estás escuchando?!

Su irritación seguía creciendo, su voz se iba alzando con cada uno de mis pensamientos, seguí respondiendo como por un impulso que provenía más de él que de mí.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Aún no sé si deba ir.

—Hoy no hay escape, ya Mario está conmigo, está esperándote.

—Lo sé, pero él puede estar a nombre mío.

En ese momento su paciencia se vino al piso, entendió que los impulsos anteriores respondían a la inercia de quien contesta sin entender bien lo que sucede, debía despertarme.

—Sabes que tu madre no perdonaría tu ausencia en su funeral.

Colgó.

## EL BAÑO



En la casa todo se complicó desde que trajeron a la abuela. No se movía y tenían que levantarla entre la tía Jesusita y mi mamá. Los sábados, cuando la bañaban, era carnaval y estábamos todos. Yo que soy casi grande, y mi hermano que es casi chico, teníamos que subir la tina, esa de plástico que usan pa' remojar la ropa y las ollas del almuerzo y pa' bañar al Sultán, que dice el abuelo que es de policía, pero será por las pulgas que tiene, que son bien furiosas y lo hacen aullar.

Después que subimos la tina por la escalera, la acomodamos junto a la cama, en mitad de la pieza, y mi mamá la fue llenando con agua caliente, y metieron a la abuela con camisón y todo, y como quedaba espacio, echaron las sábanas de la cama donde estaba parálitica y con un jabón azul la refregaron a ella y al camisón y a las cobijas y había harta espuma y yo y el José, mi hermanito, nos reíamos de las muecas de la abuela y de la lucha de mi mamá y de la tía Jesusita, y después el José llora que llora porque también quería meterse en la tina a jugar con esa espuma y se puso todo bravo y se escondió debajo de la cama, y botaron esa aguaespuma y le echaron más agua calientica, y la abuela hacía muecas con su boca torcida.

Entonces mi mamá escurrió las sábanas y antes de sacar a la abuela me mandó que le secara el cabello que estaba chorreando y esa toalla se había mojado y agarré el secador de mi mamá, que ella mantenía en el asiento y me había enseñado a prenderlo porque con ese era que secábamos al Sultán, y cuando lo prendí me metió un corrientazo y lo solté dentro de la tina y la abuela muda y parálitica pegó tremendo grito y salió corriendo, y le salía humo del cuerpo y pisó al Sultán que del susto le metió un mordisco en la pierna, y ella siguió gradas abajo, atropelló al gordo que traía el pan y lo tiró a la calle y tuvimos que poner avisos con un retrato de ella

y debajo la palabra “missing” que yo no sé qué quiere decir, y nos trajeron un pocote de abuelas que nadie las quería, pero que no eran la que se fue echando humo.



OSWALDO OBANDO ANDRADE  
Nariño · Samaniego  
Taller José Pabón Cajiao

# EL PRESENTE SIN FUTURO



Tomaron asiento en una banca antigua de granito jaspeado, en una esquina del parque, junto a un ciprés de copa alargada y follaje lustroso, y cuyas raíces habían desbordado la superficie del suelo desportillando las baldosas a su paso sinuoso.

Ellos llevaban en una mochila de lona una botella de aguardiente.

En la distancia, el espacio declinaba un día más de verano como si fuera un lienzo de arreboles. Los días del verano se extendían más allá de las sombras y al atardecer traían una brisa fresca. Byron y Danny levantaron sus copas de licor. Buscaron un motivo por el cual brindar. Danny miró a dos chicas hermosas que contoneaban sus caderas al pasar por el lugar y entonces brindó por la belleza y el amor. Byron con sonrisa placentera brindó por la bohemia.

Byron trataba de ocultar la botella detrás de su espalda y Danny le preguntó:

—¿A qué le temes?

—Existe una ley que prohíbe tomar licor en sitios públicos —objetó

Byron.

—¿Y me puedes decir por qué?

—Supongo que por la mala influencia.

—¿Mala influencia a qué o a quién?

—Mira los niños y niñas que vienen al parque.

—Mejor sigamos disfrutando la euforia de este momento.

Ya entrada la noche, dos chicos delgados, de ojos enrojecidos, que en apariencia no tenían más de catorce o quince años, se les acercaron y les pidieron fósforos. Se sentaron cerca de ellos, y con insolente desparpajo empezaron a liar un pitillo de marihuana. Pegaron el pitillo con saliva y lo

encendieron. Luego le fueron dando caladas profundas al cigarrillo, inhalando todo el humo sin soltarlo. Al rato sacaron de entre sus chaquetas unas petacas oscuras de aguardiente y bebieron cada uno un sorbo tras otro.

# RUTINA



## A

Era un simple trastorno de su imaginación, por causa de las cartas de la gerencia.

El trastorno venía repitiéndose y no sabía cómo evitarlo.

En la cafetería comentó al médico, acerca de sus visiones:

Dijo que al despertar descendía por la pared, frente a su cama, un monstruo que venía hacia ella, e incrédula restregó sus ojos. Se quedó quieta, anhelante, aterrada.

El médico, preocupado, pensó un momento; le expidió una orden para que realizara unos exámenes.

A la mañana siguiente regresó el monstruo; sin dar tiempo a que pudiera defenderse, se arrojó sobre su cuerpo y, sujetándola con las garras, la mantuvo inmóvil sobre el lecho; acercó su cabeza a la de ella, le hizo oler la fetidez de sus fauces, y la frieza de unos ojos que buscaron la vena aorta, para hundir en ella sus colmillos.

Luchó tratando de escapar y provocó más la furia del monstruo, que empezó a emitir chillidos, y a poner más fuerza a su ataque; al descargar su cuerpo sobre ella, la hirió con los vellos que lo cubrían. Los colmillos penetraron su cuello; un líquido extraño entró a su cuerpo y en pocos segundos su sentido de la realidad se desvaneció; sus órganos, sangre y huesos se convirtieron en un sorbete succionado por la trompa.

El choque emocional llegó a su extremo; creyó que de ella solo quedó una piel reseca, donde miraban sus ojos aterrados cómo la bestia, con el abdomen abultado, subía con dificultad por la pared y desaparecía.

Días después, realizados los exámenes, el médico leyó los resultados; ella comentó:

Jamás llegué a pensar que después de veinticuatro años de trabajo continuo, la empresa me enviara notas con llamadas de atención; luego, memorandos para citarme a diligencia de descargos, y ya no tuve que adivinar lo que diría su última carta.

Al médico no le interesó la situación; era una consulta más; con un gesto, le indicó que era hora de abandonar el consultorio.

Ella sabía que afuera acechaba otra rutina; oyó el monótono tic tac del reloj, por última vez introdujo la tarjeta para marcar la hora de salida, recibió la carta; estaba despedida.

## B

No me extrañó que algunos empleados se contagiaran. Ya pasaría. Mientras tanto, debía conocer el estado general de cada uno de ellos, su historia laboral y clínica y obrar de acuerdo a los protocolos; si era del caso, reportaría a la gerencia y esperar de allí la directriz a seguir.

Era normal que los empleados tuvieran desgaste después de tantos años, que su capacidad de rendir en las tareas disminuyera, y la empresa debía implementar procedimientos adecuados para prescindir de ellos. Y contratar nuevos empleados que laboraran con mayores bríos.

Era una decisión dolorosa.

Los empleados deberían ser capacitados para enfrentar la posibilidad de un despido.

Este caso era uno de los muchos que conocí en los últimos días, pero la empresa no me pagaba para recetar contra lo inevitable.

En cuanto a las visiones, pesadillas, fobias, manías, choques nerviosos y demás trastornos psicológicos, era una rutina que no podía evitar con algo diferente a dar mi aprobación, para que los despidieran.

Cinco años después, los directivos no sospechan que desde hace dos años, paso por una situación similar, y no sé hasta cuándo pueda ocultar que también empecé a ver, en las mañanas, un ramo de rosas que baja desde el techo y se posa en mis manos.

ANA MILENA DÍAZ HURTADO  
Valle del Cauca · Buenaventura  
Taller Voces en el Estero

# LA CIUDAD CLEAN



¡Oia! Después de *long time* regreso a mi ciudad natal, a mi *Turin Turán*, a puerto roto, aquí en mi barrio Olímpico, donde tengo tantos recuerdos de mi infancia. Donde por circunstancias de la vida muchos paisanos no están, esos con los que formábamos boros pa' ir a la marea a nadar.

Arrastro mis maletas mientras me acerco a mi *chanti*, así era como yo y mis socios le decíamos a nuestras casas; no sé si todavía los pela'os le sigan diciendo así. Mientras hago el recorrido, escucho a lo lejos decir ¡OIA MANITO, QUÉ FUE LO QUE TRAJÓ! Volteo a ver y es viejo Chimaní con los ojos *chil* de tanto fumar. Se acerca, nos damos el *fay* y me dice “Manito, vacíleme, ando mal de piso. Hoy son las verbenas de la playita y vos *jabés* que hay que pegarle *nítido* pa' que los culos puedan llegar”. Paisano, relájese, más tarde llégume al *chanti*, ahí vemos manito que podemos resolver.

¡Oia! Llegué a mi *chanti*, como *bolígrafo viejo* no le copié *jue* a nadie. De una me les senté a comer un *nítido* sancocho de pargo, sazonado por mi vieja, que va es sola tirando estos *fules* de pargo, ¡Uy, no, nooo! Hace quince años no me les metía un sancocho así de *jabroso*, no les dejé pero ni las espinas ¡Oouf...!

Mientras termino de comer, en la callecita se escuchan rumores de más de un *traumado* con mi llegada:

- El hijo de doña Hilda, después de tanto tiempo regresó.
- ¡Viooo la suerteee!
- ¿Está gordito?
- ¡Ha cambiado bastante!
- ¿Está montado en *piso*?
- ¡Él siempre ha tenido su *flow*!
- Viejo Julio está portando los *mechos*.

Llega la *night* y aparece Chimaní con Danielito, Chapulín y Jari, el hermano menor del *finao* Chayo, todos *engarullados*, listos para irse a la verbena de la playita. Chapulín me da el *fay*, me dice “¿Cómo *jue pri*? ¿Qué es lo que hay? ¿Está *arranado*? ¿No la va hacer para la playita con nosotros?”.

¡Aaay! Sonríó, entro al cuarto, saco de mi maleta unos tenis *Jordan Retro* y se los paso a Chimaní. “¡Gracias, manito! Hoy voy a andar *combinoso* con estos pisos. ¡Hoy le vamos a *pegar nítido*! ¿Entonces *pri*, la hace con nosotros?”, me pregunta Danielito, le digo “Deme unos minutos me *chagúo* y vamos *jaliendo*”.

¡LJ! Nos *juimos*. Tiempos sin sentir la adrenalina de la moto, sin miedo a matarme en la vía. Yo me subo en el *turbo* con Danielito y Chimaní con Jari y en un momentico llegamos a la playita. De una se fue formando, saqué mi pañuelo y me puse a bailar al sonar de currulaos bravos que recorrían mi cuerpo, haciéndome mover mis hombros y caderas, como las olas del mar. Boleaba pañuelo de aquí *pa'llá* y de allá *pa'cá*, “¡Meté la mano, sacá y huelé!” ¡Uff! Una *culisa*, unas negras bien *fermentadas*, portando unas largas extensiones y los paisanos pegándole letal con su *flow*. Una cuadrira más arriba los equipos bombeando asperísimo.

“¿*Pri*, suelte los chavos para comprar el primer *botello*!”, me dice Chimaní. Saco mi billetera y le paso cincuenta *lan*, el *brot* se pierde playita adentro buscando dónde comprar el *guaro*. De pronto, siento unas manos en mi espalda. Volteo a ver y es Sofía, la niña bonita con la que tuve un vacilón de infancia, esa que me robó un beso en el río San Cipriano “¡Eh! ¿Usted cuándo llegó? ¿Llegó calladito! ¿No?”. ¡Nooo, nada! Hoy apenas llegué. Estos muchachos que me invitaron a la verbena y pues me vine a dar un *borondo* por estos lados.

Chimaní regresa con un *garrafo* de ron, suelta el primer trago al piso para las ánimas de todos los paisanos que se han ido y empieza a repartir. En eso suena el *pley* del Gran Combo “¡Me Liberé!”. Mientras Sofía y yo bailamos, ella canta a todo pulmón el coro de la canción “Que yo no quiero más complicaciones por eso me liberé. Libre soy, me liberé, me liberé. Que yo no quiero más complicaciones por eso me liberé. Y no me debo a nadie. Me liberé, me liberé”.

Ahí nos cogieron las cuatro de la mañana, todos estábamos *buchados*. Danielito, Chimaní, Jari y hasta Sofía que se quedó con nosotros toda la noche. “*Oia*, manitos el remate es en mi casa”, dice Jari que vive a *pepicuarta* de la playita, exactamente en el Lleras.

En la casa de Jari la rumba se activa de nuevo. El equipo *bombea* durísimo. Llega Morocho “¡*Wara, wara!* ¡Que es la qué, *pri?* ¡*Long time* que no te *vía!*, ¡Oia, por aquí habían llegado rumores que lo tenían encerrado por allá arriba! ¡Pero lo veo bien, manito!”. ¡Nooooo, nada! Ja ja ja, eso es mentira, yo ando es camellando duro por esos lares para hacer el botín, ¡Vos *jabés* cómo es! Le respondo yo a Morocho.

“¡*Oia!* ¡Adivine qué, pues?” dice Chimaní, el canalero oficial de las *porin*, “Se acabó el ron”. “¡*Sequen, no se azare!*”, dice Morocho, “yo cargo una de *curao*, no más es hacer la vaca para comprar el viche”. “¿Qué vale la de viche?”, pregunta Jari. “Diez pesos, manito”, responde Morocho. ¿Esto qué jueeeeeeee? ¡Hasta el viche subió!, exclama Sofía que todavía está ahí con nosotros.

Yo saco los únicos veinte pesos que me acompañan en mi cartera, después de haber *bambiado* toda la noche con lo poquito que tenía para impresionar a Sofía. Le entrego a Chimaní para que vaya y compre el viche para tomarme un traguito de *curada*, porque desde hace *añiles* no me subo uno a la boca.

¡*Ring ring...* *Set, bebeon!* No me pude tomar el trago de *curao*, el bolillo del guarda me despertó. Me encuentro aquí, en un cuarto frío y gris, alejado de mi ciudad *clean*, esperando pronto regresar.

# EL RETORNO



Ah, yo no conocía este barrio, digo, porque Gina sí. Cuando ella se vino para acá, echada de La Estrella, yo estaba en la universidad del Canadá o mejor dicho, en la Casita de La Pradera, como otros la llaman, que por qué, ahh, es que yo he sido muy inquieto desde chiquito, Gina ha volteado mucho conmigo, a ella le gusta que yo me vaya a La Pradera, sí, yo la he pillao, cuando yo estoy de vaca, ella se pone toda recontenta, eso me han dicho las malas lenguas.

Hace un mes me gradué y me dieron de alta. Gina ni cuenta se dio, cuando menos lo pensó, le caí al rancho y se lo revolucioné pa que fuera entendiendo, mejor dicho, desde el principio, cómo va a ser la vuelta entre ella y yo. Le puse todo patas arriba, pero al otro día estábamos como si nada, ella es una bacana.

En el parche del Toto, allá en La Pradera, me habían instruido de cómo son los bisnes por estos lares y derechito, al otro día, salí con el Mecho a dar un vuelton y remojarme en persona sobre lo bravo y lo breve, porque sabe qué, así es el bisnes, me entiende. La pupila se me abrió completa cuando me encontré con semejante mole, parece, le dije al Mecho, cómo no me habían platicado desto, uy, esto sí es una ganga, mejor dicho, mirá ve, el metal en rama y con esta sé, sentémonos aquí Mecho, esta pupila quiere pasar revista.

Ve, fue mi primera sorpresa al salir de La Pradera y era la cuarta que atravesaba los cerrojos y usted sabe papá que no hay quinta mala, esta vez, por atraco a mano armada y lesiones personales al sollado del gerente del supermercado Terrón, se lo buscó, con esa cuatro por cuatro parquiada en el andén, un perrito comemierda que la pasa mejor que cualquiera y una mujercita que lleva unos kilitos de gel por dentro para darle curvas, papá,



y yo sin frenos, lo malo fue que el dócil del mensajero, que me la debe la gárgola esa, le hizo el visaje al man y juáquete, me cayeron los motos y me envainaron, el man se pisó, tocó fondo y se fue del barrio, le alcancé a dar sus guascazos pa que respete, le dije, yo soy menor de edad, vea, le mostré la marca de los bóxer, talla seis papito y no voy a crecer nunca, sépalo, nea.

Gina dice que el colegio llegó hace años, y al decir de estas neas, dizque ha contribuido a la pacificación del setor. El abuelo del Mecho se le sabe todo el maní a esta gente, sí, cómo no viejo, las historias torcidas de todo el mundo, ahora es que les ha dado por sacar pecho, que pacifistas, que sisisisí y que nononono, mejor dicho esto es leyenda hermano, como le venía diciendo, como esa de los vecinos del Realengo, uy, la que le hicieron a un tal Sucio. La cacería, pillarlo con las manos en la masa y darle una muerte, cuál muerte, una matada, después de colgarlo en un árbol, en ese que está allá, papito, cerca de la cancha, jugaron un partido de fútbol entre ellos y los habitantes del sector del frente, Puente Azul.

Nooo, es que ese Sucio no respetaba ni la casa de la mama, uy, no, viejo, yo no hago eso, cuando azotaba las calles del barrio, dicen, había que pagar escondedero, no se ahorra con nadie, al pueblo trabajador le daba la tembladera en las quincenas, ah, qué va, no querían encontrásele con sus neas. ¿Quién dijo yo?

El hombre era el crisol del trabajo, se levantaba a medio día y se iba de callejón en callejón y donde le oliera más sabroso, entraba con su changón gritando: ¡se ganaron la lotería, hijueputas malparidos!, y se llevaba la papa de la familia afortunada pa irse con el parche a paseo de olla al río, uy, ese es mucho mocososo, yo lo zamarreo.

Vea, Charli, no se meta con esta gente que por aquí todo anda organiza, la sicóloga y los directivos del colegio tuvieron que firmar un pato de no agresión en la comunidá pa que los dejaran en paz, no hubo profesora ni profesor que se salvara de la raqueteada en la entrada del barrio, hasta que un día, antes de la firma del tratado, hicieron una protesta juerte, cerraron el colegio y los padres de familia, la junta comunal y todos reviraron y se reunieron con los jefes de las pandillas; que vea, que los niños necesitan estudiar home, quíay que dejar a los niños, sí no, ustedes quieren que los niñitos repitan historia, noo, vecina, no, sabe qué, hablemos con el Guapo, ese man es el que sabe dónde ponen las garzas por estos parajes, no se preocupe don Juaco, que nosotros le vamos a dejar vía libre a los profes, sí, sí, cómo no, y así fue que de tantas idas y vueltas y después todo tranquilo.

Desto ya hace tiempo, yo no había llegado, son cuentos del andurriente del Mecho, del abuelo del, vea, paísa, no se meta con esta gente.

Metió la pata, hermano, le dijo el Mecho, se metió en la galasía, aguante hermano, no es pa tanto, vea, devuélvale los papeles a esa hembra, tíreselos por la reja pa que los vea.

Ese día, a las seis y veinte de la mañana, venían cuatro carros subiendo la loma y en un Mazda 323 venía el señor coordinador de la institución, el profe de filosofía y dos profesoras de primaria, en el otro, una camioneta Luv de estacas, venían los profes de matemáticas, español y sociales; y en dos taxis, tras de ellos, venía el resto del personal. En el último taxi venía yo, dijo Aura, la profe de Biología, escuchamos los tiros y todas nos tiramos al piso, el chofer mentaba madres y quiso dar reversa, pero la cantidad de estudiantes y padres de familia que venían no dejaron hacer la maniobra; gritábamos, yo no sé cómo, los carros tuvieron que dar permiso para que en uno de ellos se llevaran a un estudiante que había recibido una herida de bala en la pierna derecha, todo el mundo se abrió en desbandada, y como pudimos llegamos allá. No queríamos dar clases, no hay derecho, estos malnacidos otra vez atracándonos, viendo que les estamos desasnando a los hijos.

Con todo y eso, el señor coordinador dijo que abrieran las puertas, que sí íbamos a recibir a los muchachos y, nosotros, a regañadientes nos fuimos a las aulas a perder el tiempo toda la mañana. Fueron ocho los damnificados. A la profe Olivia le robaron la plata que tenía para pagar el semestre de la universidad, vuelta que iba a hacer a la salida del trabajo, al de Filosofía lo dejaron sin la plata de pagar los servicios, a Vicky, la Bastantota como le dicen los compañeros, le alcanzaron a ver un bultito en medio del escote, y el Charli le metió la mano y le arrancó una bolsita en donde solía guardar todas las joyitas que tenía, dizque no las dejaba en casa porque se las robaban las muchachas del servicio, dijo, noo, esta es la tercera vez que me roban mis joyas, decía, a la que menos le robaron fue a mí, dijo Lucía, que tenía lo de pagar la cafetería, los malditos hicieron bingo con nosotros.

La institución había cambiado de dueños, atrás habían quedado los pactos del pasado. Yo vi llorar a Jaime, el profesor de Cálculo, fue el más afectado emocionalmente, de la piedra sería, no supe, era el hombre que vivía en la comuna y conocía todos los recovecos. A la una y media de la tarde llegó el jefe general de la institución y nos convocó a una reunión urgente en la biblioteca: he llamado al señor alcalde de la ciudad, y era

verdad, porque le entraban y hacía llamadas desde su celular, que a cada instante interrumpía la charla con una tonada de Guillermo Tell; también, al señor comandante de la Policía metropolitana, para que nos den un escuadrón de acompañamiento, desde la portada hasta acá todos los días, y al jefe de la Tercera Brigada, coronel Guarín.

—No vayan a desertar, se los pido, les aseguro que todo va a volver a la normalidad.

Dicho y hecho, la primera que desertó fue una de las profes de primaria, y así siguieron, hasta renunciar cinco profesores, como les iba diciendo, yo no quiero que maten a estos delincuentes, dijo el director, se van a hacer unas redadas en el barrio por una semana para dar con los comprometidos en este asunto, pero eso va a ser en la próxima, los queremos coger *in fraganti* y llevar a la cárcel.

Después de aquello, el Charli se quedó tranquilo en su rancho y después andaba por El Laguito, donde Carebruja, como si nada, hasta que una tarde llegó Gina con el cuento de que lo estaban buscando por cielo, mar y tierra, que tenía que volar y que cuánto tenía del botín, devolvé eso, rogó la mamá, devóvelo, home, uuuy pero esta hembra sí es escamosa, le dijo el Charli; ni loco, lo hecho, hecho está, anoche me fui de ágape y me gasté las vueltas, vea, y le mostró los bolsillos al revés, nada de nervios, Gina, mañana me piso y santiamén, qué santiamén ni qué santiamén, te vas pisando es ya, deje el aleteo vieja, contestó el otro, mejor dicho, como un rayo, me entiende. Se lo dije, a esta hembra le encanta mandarme de vacas. Gina, dijo el man cuando iba atravesando la puerta de salida, dame la bendí, que dios lo bendiga, e hizo la señal de la cruz en el aire cuando ya el hombre iba gradas abajo.

El hijo de Gina salió con tres del parche por la parte de arriba, por el lado de La Sombrita; por allí quedaba el último guadual, todo el mundo sabía que ese camino era culebrero, yo no sé por qué a esta gárgola le dio por irse por ahí.

Dicen que los cogieron armando el segundo bareto, se llevó la última sorpresa de su vida, desde la última vez que estuvo en La Pradera: así que usted es el Charli, se escuchó una voz en medio de la oscuridad, uuy, no aguanta, papito, fue lo último que dijo ese man antes de la balacera, contó el Mecho. A uno lo tiraron a la cancha, al otro lo dejaron en las gradas, al tercero lo dejaron en los guaduales, y al Charli lo colgaron de un árbol a la entrada del barrio. Noo, quién dijo eso, qué va, yo nunca he sido el Mecho, yo me llamo Israel Ventura, para servirles, por aquí anda mucho cuento y

las de chapulín están puestas todo el día, no es mi culpa, entienda, que la pase bien mamacita, y salió con su caminao tumbao por en medio de las casas, que a lado y lado marcaban el estrecho callejón de Los Yores.

GONZALO PATIÑO BOLAÑOS  
Valle del Cauca · Cali  
Taller Écheme el cuento

# ¿POR QUÉ CELESTE, POR QUÉ?



Veinte mil personas en éxtasis total con el gol que asegura el triunfo, yo parada entre mi *Abue* y mi *papa*, hecha una miseria, no soporto más, debo hacer algo, *Ganamos Celeste, ganamos prince, qué tienes, por qué no me abrazas.*

Para el *Abue* el equipo es todo, él vive toda la semana para el próximo domingo, sus días los cuenta al revés, en lugar de martes, dice faltan cinco días para que empiece el partido; tiene más camisetas del equipo que de calle, en la casa hay un santuario para objetos sagrados de fútbol más grande que donde están las vírgenes y los santos. Por eso cuando lo vi saltar en el último gol lo decidí, se lo diría, pero primero a *mama*.

El viaje de regreso a casa es un infierno, para completar, el radio lo ponen a todo volumen, los comentaristas tienen la costumbre de inventar cosas que no pasaron, seguramente los que solo escucharon el partido por radio necesitan que se exagere o que se les cuenten gestas heroicas que nunca sucedieron. Hoy esa voz chillona de la radio me aturde, quisiera llegar rápido a mi cuarto, pero mi *papa*, mi hermano y mi *Abue* están eufóricos, ganó el equipo, y será una semana de éxtasis para todos, pero sobre todo para el *Abue*. Cuando el equipo pierde la semana es horrible, sus amigos del equipo verde se burlan toda la semana, y mi *papa*, pero sobre todo, él, don Porfirio, la pasan muy mal; esta semana en cambio, como ganaron, estará eufórico, pero hay una situación de felicidad completa, si ganan y el equipo rival pierde, es lo máximo, saluda toda la semana a sus víctimas mostrándoles con los dedos el número de goles con el que perdieron y se les burla de frente, parece un niño, en su cara se ve la felicidad plena. Esta semana que empieza es especial, el próximo domingo es el

clásico, rojos contra verdes, el eterno rival, los ánimos estarán caldeados y yo me quiero morir.

Mi familia tiene una enfermedad, el fútbol. Un día le pregunté a mi *mama* por qué me había puesto Celeste; hizo una mueca, miró al cielo y con su boca señaló a *papa*, me sentó en sus piernas y me lo contó. *Todo empezó en Suecia en 1958, hace como mil años, en ese año tu abuelo supo de Edson Arantes do Nascimento, ¿sabes por qué tu abuelo me puso Edson Porfirio? Por Pelé. Y cuando tú estabas en la barriga de tu mamá y nos dimos cuenta de que eras una niña, mi papá se retiró a su cuarto ofuscado y a la media hora dijo, la nena se llamará Celeste, como la mamá de Pelé y no se hable más.*

La llegada a la cuadra es rito de cada domingo. *Abue* voltea el carro en la esquina y pita; mi hermanito, Jairzinho, hace sonar su vuvuzela, que me enloquece, avanza al frente de la segunda casa de la cuadra, donde vive don Mario, los tres bajan, cantan el himno del equipo y se vuelven a subir. Don Mario es el mejor amigo de mi abuelo, excepto los domingos. La familia de don Mario es del otro equipo, ese día son los peores enemigos.

Mi cabeza está en otra parte, voy a contarle a *mama*, para ella el fútbol es *un montón de tipos detrás de una pelota*, disfruta decirlo delante de mi *abue*, para que arda Troya, *las mujeres no saben de fútbol*, y si yo estoy cerca, me abraza y dice: *solo mi Celeste lo entiende.*

Tenía la cara de *Cele en mi cabeza*, jamás la había visto así; sentí pánico, se había crecido, casi no hablamos, contesta con altanería, se la pasa encerrada en su cuarto, no quiere salir con nosotros, hasta creo que ya no disfruta la ida al estadio. A los torce las hormonas están alborotadas y la he visto con el nieto de don Mario... hay noticias que nunca quisieras escuchar.

Me he alejado de ella, pero me reconforta, la necesito, con ella me siento segura, conozco sus pasos al subir, hoy lo hizo más rápido.

Cuando salí de ese cuarto sabía que la familia no sería la misma. Mi Celeste había pasado el límite, no supe qué hacer, la abracé fuerte, no dije nada, ambas sabíamos lo que vendría. Su llanto no la dejó decirme nada, balbuceando pidió, *no se lo digas a mi Abue, se lo digo yo.*

Ella siempre tiene la respuesta, la solución a todos los problemas de mi vida, pero hoy no, no supo qué decirme, me abrazó muy duro, y preguntó algo que no entendí, igual estaba llorando, le dije que yo se lo diría.

Pensé en el papá y en don Porfirio, no sabía qué hacer, siempre que tengo una situación difícil acudo a los viejos, ellos son sabios, solo se me ocurrió llamar al hermano mayor de don Porfirio; cuando le conté, soltó

una carcajada y dijo que vendría a acompañar a su hermano, yo esperaba al menos un gesto de consuelo.

Mi despertador suena todos los días a las cinco, *hay días tan lúgubres, tan lúgubres* que no dan ganas de ir al colegio. Anoche no pude dormir, debería irme lejos. Mario, él me entiende, él también es responsable, debo decírselo hoy a *papa*.

*¿Papa, me recoges a la salida?*

Celeste nunca me llama en la mañana; cuando vi su llamada me asusté. Salí de la reunión para hablarle, me pidió que la recogiera, cancelé todo. Algo malo pasa, lo noté en su voz. Nunca quiero que le pase nada a ninguno de mis hijos, prefiero que me pase a mí, recordé lo que hice con mi novia a los catorce. Mi Celeste, lo que sea voy a apoyarte, pero primero te muelo.

Me estacioné, le di al volante hasta que me dolió la mano. Me bajé, respiré despacio. Busqué sus ojos, estaba pálida, entré y la abracé fuerte. Solo eso pude hacer. *¿Y ahora cómo se lo decimos al abuelo? Yo le digo*, me respondió.

Fue la comida más amarga. Hubo reproches. *¿Cómo pudiste? ¿En qué estabas pensando? ¿No te das cuenta de lo que significa? No dije nada, no iba a ser capaz de soportarlo. ¿Cuándo se lo decimos? Nunca —dijo *papa*—, no lo soportará.*

Mario iría esa noche para hablar; le pedí a mi *papa* que estuviera calmado, yo lo había invitado para que habláramos

Cuando entró me provocó matarlo, era en parte responsable de esta tragedia, cómo le pudo hacer esto a mi niña, guardé silencio. Igual lo mataría después de cenar.

Miré a Edson Porfirio, en sus ojos vi rabia. Pero se contuvo.

Mi *papa* se transformó, palideció y le dijo, *usted es responsable por lo que pase*, y se quedó mudo.

Mañana se lo diré al *Abue*, siempre va al parque después de las cinco cuando baja el sol, ve los partidos de fútbol en la canchita al lado del camino para trotar. *Se lo voy a decir al Abue esta tarde en el parque.*

No lo podía dejar solo, debía estar con él, era su princesita, se iba a desmoronar.

Don Mario no lo podría soportar solo, llamé a su hermano.

Cuando vi a Celeste en el parque me pareció extraño, cuando niña era nuestro lugar preferido, aquí aprendió a montar bicicleta y pasamos muchas tardes mientras sus padres trabajaban. Vino directo a mí y vi su rostro, le pasa algo, Celeste es mi *prince*. La vi crecer, la disfruté más que a mis hijos,

ya casi no estamos juntos, se creció, ahora solo compartimos en el estadio, siempre a mi lado y cuando gana el equipo gozamos, por su sangre corre la pasión por nuestro equipo.

Se bajó de un salto de las gradas de madera, que hacía de improvisada tribuna, en un segundo estuvo a mi lado, Y mientras caminábamos vi a mi *papa* viniendo hacia nosotros, a esa hora debía estar trabajando y a mi *mama* con el hermano de mi *Abue* que vive al otro lado de la ciudad, y a mis dos tías; *Abue* no los había visto. Solo me tomó dos frases decírselo.

Cuando me lo dijo sentí que me ahogaba, mi *prince*, ahora entendía por qué mi hermano me llamó esta mañana a preguntar por mi salud, por qué estaba en el parque hace rato con la mamá de la niña y entendí también qué hacían mis dos hijas con ellos a esta hora, todos juntos. Por un momento pensé que me darían una noticia mala de alguna enfermedad de uno de ellos y estaban buscando el momento y también entendí qué hacía Edson aquí en el parque y no en su trabajo. Todos estaban pensando en mí, yo era hoy su preocupación.

Cuando vi que Celeste iba directo a donde su abuelo, mi corazón se aceleró, nos miramos y seguimos a don Porfirio. Su hermano me tomó de la mano y dijo, él la entenderá.

Se detuvo, se tomó la cabeza y mirando al piso la movió en señal de negación, ya Celeste lo había hecho, se lo había contado. Yo estaba al lado de María en la banca del parque y la abracé, mis hermanas lloraban y me miraban con una mezcla de rabia y pesar, solo mi tío tenía una expresión diferente, su mirada no era de sufrimiento, era de respeto, movió su cabeza y una tenue sonrisa se le insinuó.

Se sentaron en una banca del parque al lado de los juegos infantiles, hablaba mi papá. Celeste no movía un dedo, solo lo escuchaba, después de varios minutos, mi tío con voz entrecortada dijo: *Porfirio ya se lo contó* y se volvió a reír.

Los vimos caminar hacia nosotros, secándose los ojos en un trayecto, mi *papa* la abrazó, tomados de la mano se acercaron a donde estaba la familia y él nos saludó, se paró junto a su hermano y se fundieron en un largo abrazo y se echaron a llorar y luego se rieron como niños con unas carcajadas que retumbaron en el parque.

*Abue escúchame*, dijo, *dale Prince, suéltalo ya*.

Le dio rabia, decía *no puede ser, pero siéntate y te cuento una historia*: conocí a tu abuela en mi pueblo, éramos tan jóvenes como ustedes, nos encantaba estar juntos, nuestros padres eran amigos, empecé a enamorarme



de todo su mundo, nos volvimos inseparables a tal punto que me cambió todo, literalmente me lo volteó, debimos viajar a la ciudad a buscar a mi hermano, que nos ayudó. No tuvimos otra opción, mi papá no me lo perdonó nunca, nunca es nunca. Sí, princesa, a mí me pasó lo mismo. Por tu abuela lo hice, mi papá nunca lo aceptó. Cuando terminó, dijo:

Princesa, lo único que te pido es que este domingo no vayas al estadio.

LEIDY JOHANNA VALENCIA ARANA  
Valle del Cauca · Tuluá  
Taller Nautilus

# LAS EDADES DE PERSÉFONE



*Hoy hacia el anochecer  
me adentré un poco con la niña ciega  
en el bosque donde todo es  
sombra y oscuridad.  
La acompañé hacia una sombra  
que venía a nuestro encuentro.  
Le acarició las mejillas  
con sus dedos de terciopelo  
y ahora a ella también  
le gustan las sombras.  
Y el miedo que tenía se ha ido.*

OPAL WHITELEY

Temerosos de pronunciar mi nombre, los mortales se refieren a mí como Koré, la doncella, evocando aquella que fui en mi juventud. Para entonces viví un tiempo en el Olimpo, hasta que algunos dioses dejaron de verme como la niña que aún era y empezaron a asediarme con propuestas y promesas que en ese momento no tenían significado para mí.

A raíz de ello fui aislada de la morada de los dioses, continué creciendo en un inmenso y hermoso jardín lleno de casi todas las flores que adornaban los campos habitados por mortales. Inocente y pura, pasaba horas recorriendo bosques y praderas, ríos y lagunas, colinas y montañas. No puedo negar que fue una época feliz; mi madre Démeter se aseguró

de poner en mi camino los colores y aromas más exquisitos y las frutas más apetitosas que la naturaleza podía ofrecer.

Sin embargo, siempre tuve un vacío inefable, una sensación de no pertenecer, una necesidad de llegar más allá de los límites que mi madre había dispuesto para mí en su tarea de protegerme. Solo conocía de paisajes. Aromas, colores y sabores eran las únicas experiencias que podía describir. Deambulaba los campos ignorante de los placeres y males del mundo humano y del submundo.

Llenaba mis vacíos recogiendo flores y haciendo con ellas diademas a las ninfas que acompañaban mis soledades y que, clandestinamente, llevaban a mis manos uno que otro papiro que lograban arrebatar a mortales incautos que cruzaban sus andares. Gracias a esto, podía abrir en mi mente pequeñas ventanas al conocimiento que me había sido negado.

Una mañana salí con las ninfas a recoger algunas flores para hacer coronas a Atenea y Artemisa, quienes pasarían a visitarme. Buscaba las más hermosas porque quería que fueran especiales: jacintos, violetas, gladiolos y pequeños lirios de los valles estaban entre mis opciones; por ser tan diversas le pedí a algunas ninfas que se dispersaran para así acabar con mayor presteza.

En cumplimiento de mi cometido, un pequeño plantío en la distancia llamó mi atención, por lo que me aparté un poco de mis compañeras para ver de cerca aquella variedad de flores tan particulares que no había visto germinar antes en mi jardín. Unas amarillas, otras blancas; tan singulares, tan individuales y sin embargo hermosas en su conjunto; emanaban una intensa luminosidad que se reflejaba en el pequeño estanque que lindaba con ellas.

El aroma que despedían era embriagante, me invitaba a acercarme cada vez más y a reposar en medio de ellas. Me tomé un tiempo para disfrutar de lo que juzgué una serendipia, admirando la sublime creación de los dioses. Al cabo de un rato, recordé mi tarea inicial y pensé en tomar algunas de estas bellas flores para que las coronas fuesen diferentes de cualesquiera de las que había hecho antes.

Al empezar a observar con mayor detenimiento, una flor en especial llamó mi atención. Su tamaño era mayor al de todas las demás, tenía tantos pétalos que parecía que nunca acabaría de contarlos y su aroma era aún más cautivador que el del resto del plantío. Una vez que su fragancia hubo penetrado mis adentros la necesité con una intensidad obsesiva. Mi mente se llenó de una bruma que me nublaba la razón y el único pensamiento que

lograba articular era que quería esa flor; más que cualquier otra cosa que los dioses me pudiesen ofrecer, debía llevar esa flor conmigo.

Pero con toda su belleza, no merecía simplemente ser cortada y mutilada para adornar a ninguna diosa, sino que debía ser trasplantada a una tierra feraz, con los mejores cuidados, regada con el mismo néctar que beben los dioses. ¡Quién mejor que la hija de la diosa de la agricultura para cuidar tan delicada flor!

La tomé con una mano, dispuesta a llevarla conmigo, teniendo precaución de no lastimarla, mientras usaba la otra para remover un poco la tierra que rodeaba su tallo. Escarbé hasta que su bulbo asomó, enmarañado con las raíces de su alrededor. Fue necesario tirar del tallo para removerla del enredo que se escondía bajo esa capa superficial de tierra húmeda. Parecía bastante complicado, pero solo podía pensar en llevar la flor conmigo, así que insistí.

Poco a poco sentí cómo se iban aflojando los trozos de la raíz secundaria, mientras la tierra se deslizaba hacia los lados. La raíz de esta flor resultó ser mucho más larga y profunda, además de ser extrañamente firme. Daba la impresión de que la tierra se movía, temblaba conforme la flor iba cediendo. Repentinamente el suelo empezó a fraccionarse, a quebrarse, y la tierra a deslizarse entre las grietas cada vez más grandes. Mi cuerpo embriagado perdió la estabilidad y, al caerme, uno de mis pies quedó atorado entre las aberturas del suelo.

Simultáneamente una bruma espesa empezó a rodear el campo, nublando parcialmente la visibilidad. Entre mis vagos recuerdos, escuché el galope de un par de caballos que halaban lo que sonaba como un pesado carruaje metálico. No entendía lo que estaba pasando, me sentía completamente aterrada porque todo lo que tenía a mi alrededor era en absoluto distante de cualquier experiencia que hubiese tenido en mi vida.

El miedo llegó a su cúspide cuando vi el carruaje a mi lado y sentí que una mano que no se formaba del todo, pero que estaba más fría que cualquier ente que hubiese sentido antes, rodeaba mi cuerpo con tal firmeza que me dejó inmóvil, arrastrándome inexorablemente hacia el armazón del carro. Solo pude proferir un grito, que resonó en ríos y montañas, llamando a mi padre justo antes de que el carruaje descendiera por entre el abismo que se había formado en el lugar del que tomé la tan anhelada flor.

Pude observar cómo la tierra retornaba rápidamente a su lugar, sofocando el espacio por el que descendía el carruaje, en tanto que la luz se desvanecía. No sé si fue la profusa oscuridad, el galope atronador de los

caballos inmortales, el terror que me producía la entidad sombría que hasta entonces no lograba reconocer o el penetrante y embriagador aroma de la flor lo que me llevó a perder la conciencia después del grito. Lo único que puedo afirmar con certeza es que aun cuando hube recobrado el conocimiento, no pude reconocer nada a mi alrededor.

No había más que una abrumadora oscuridad turbada por un ruido ahogado, difícil de ignorar, pero también de descifrar. Estaba aterrada. No sabía en dónde me encontraba retenida y, aun si hubiese querido escapar, no hallaba forma de recorrer aquello que para mí era entonces una prisión sin arriesgarme al encuentro con un peligro mayor. El pánico se acrecentó cuando el ruido en la distancia hubo cesado, pues era lo único que podía percibir, lo único que me daba referencia de lo increíblemente extenso que era el lugar en el que me encontraba, lo único que me permitía saber que no me hallaba sola en medio de un vacío absoluto.

La desesperación creció. Gritaba y no había más respuesta que el eco de mi clamor. Rompí en llanto. Por primera vez en mi existencia pude sentir el calor de una lágrima descender por mi mejilla. El eco de mis lamentos resonaba y aturdía. Fue entonces cuando empecé a prestar atención a mis sentidos, puesto que solo a través de ellos podía descubrir eso que me rodeaba, aquello que avivaba mis sentidos era lo único de lo que podía estar segura. Entonces noté que la superficie en la que estaba era blanda y cómoda, ligeramente elevada y dura en los bordes. Pensé entonces que estaba recostada en un tálamo y quise explorar lo que tenía en mi entorno inmediato.

Sin embargo, en el momento en que puse el primer pie en el suelo sentí de golpe que el ambiente se tornó aún más frío y un vaho escalofriante inundó mi rostro.

—Por fin despiertas, casta Perséfone de finos tobillos —escuché una voz grave y severa, que se esforzaba por sonar dulce.

Supe inmediatamente que se trataba de aquel ser nebuloso que me había arrastrado a las profundidades del Caos vacío. Me levanté súbitamente para alejarme de él.

—¿Quién eres? ¿Por qué me has traído a este lugar oscuro y desahuciado? —repliqué con desesperación.

Se presentó ante mí como Hades, el de muchos nombres, Señor del Inframundo. Me habló del artificio tramado junto a mi padre para raptarme y de su interés en desposarme. Yo estaba perpleja. Antes de llegar allí, mis días estaban llenos de la luz que Helios nos procuraba y las noches eran

amenizadas por la bella Selene. Los campos y praderas estaban llenos de los colores que las ninfas esparcían en la tierra y en el agua. Pero el reino que Hades me ofrecía parecía uno desprovisto de la claridad del mundo de los vivos, una región donde la noche es eterna y donde las almas van a olvidar sus vidas.

—¡Me has traído aquí a pesar mío y de mi madre! —interpelé— ¡Me has obligado a alejarme de todos aquellos que ven por mí y me has sacado de mis campos para traerme a un reino de oscuridad en el que nada puedo ver! ¿Acaso esperas que sea una buena esposa entre tinieblas?

—Sé que es difícil de entender, pero te quedarás aquí, conmigo —aseveró firmemente—. Y tarde o temprano tendrás la virtud que necesitas para conocer y dominar el reino que ahora es tuyo. Ya que vas a permanecer a mi lado debes aprender a interpretar lo que te rodea a través de los misterios de la verdadera visión.

Al oír sus palabras entré en cólera, no entendía por qué debía quedarme en ese lugar oscuro, lejos de mi madre y de la vida que ella había construido para mí. Seguí llorando desconsoladamente al no hallar piedad en mi captor y entender que nada de lo que dijera podría libramme del destino al que mi padre me había sentenciado.

—Dulce Perséfone, de sentimientos blandos, ya comprenderás los inmensos designios que tiene para ti el reino de los muertos. No podrás reconocer el mundo que te rodea hasta que estés dispuesta a abandonar la certeza del mundo que conocías y reconozcas que aquí está todo aquello que no puedes anticipar, pero te pertenece. Por ahora descansa.

Permanecí en soledad un tiempo, en lo que poco a poco pude reconocer como una habitación por los muebles con los que llegué a tropezarme. Escuchaba en ocasiones el ruido ahogado, que cada vez sonaba más a un clamor urgido acompañado de un golpear de eslabones metálicos. El sonido iba y venía; se apaciguaba rápidamente. No obstante, era lo único que interrumpía la oscuridad que me rodeaba.

No sé cuánto tiempo estuve allí, tratando de examinar el lugar en el que estaba y de encontrar una posible salida. Pero mis esfuerzos fueron en vano; el aislamiento me carcomía, extinguía mis fuerzas. No podía hacer más que pensar en mi pobre madre y el dolor tan inmenso que debía soportar. Finalmente, sentí de nuevo la presencia de Hades.

—Quiero retornar a los brazos de mi madre —dije con voz tenue.

—¿Sigues negándote a encontrar la deidad que tú misma eres? Recuerda aquella sensación de vacío inexplicable que tuviste desde siempre. Aquí

podrás develar todo aquello que te fue negado por los dioses. Comprenderás los secretos de los mortales y los misterios de las sombras.

Acepté con tranquilidad el hecho de que Hades entendiera cómo me había sentido desde siempre, estaba muy débil para discutir. Pero tenía razón, nunca me sentí por completo en mi hogar. Había tantos límites trazados, que no podía pensar sino en lo que me esperaba más allá de mi jardín. Acepté con tranquilidad el hecho de que Hades entendiera cómo me sentía. Asomó entonces una leve curiosidad por los misterios mencionados por él y la posibilidad de disponer de mi reino, de vivir sin límites.

—¿Cómo podría dominar aquellos misterios? —indagué.

—Ya has empezado —afirmó—. Es tu cuerpo el camino para acceder a lo que te rodea. Para explorarlo y conocerlo debes permitir que el mundo se descubra ante ti.

Sentí de nuevo su aliento cerca de mí, en mi cuello; y esta vez pude notar cómo mi piel se erizaba. Aún tenía miedo, no terminaba de entender lo que pasaba y aún no lograba distinguir el mundo que habitaría en adelante. Sin embargo, la curiosidad me instaba a descubrirlo con los medios que pudiera. Empecé a sentirme obsesiva, como en el momento que quise desprender la exótica flor que abrió los suelos para traerme a este mundo.

Tal vez la necesidad de conocer aquello que estaba escondido y de sentir lo que me había sido prohibido me llevó a sobreponerme ante el horror que había sido llegar a ese lugar. No quería enfrentarme más a la soledad y mucho menos mantenerme en el desconocimiento que me obligaba a vivir entre sombras. Di media vuelta y lo sentí respirar sobre mí, traté de rozarlo con mis manos y pude sentir cómo se materializaba poco a poco, hasta ser carne y huesos. Alcé mis brazos y palpé su rostro con mis dedos, tratando con ellos de dibujarlo en mi mente; lo recorrí despacio y descendí hacia sus brazos. A pesar de su dureza, trataba de mostrarse accesible ante mí. Piadoso no, pero sí compasivo ante mi impotente ignorancia.

Tomé sus grandes manos, ya no tan frías, y, de repente, mis ojos captaron su silueta. Como un cuerpo que a media luz se percibía alto y de amplios hombros, de facciones marcadas y fuertes brazos. Por primera vez pude ver sus ojos, de cerúleas llamas, clavados en mí, acercándose. Entonces aproximó sus labios a los míos y esperó a que respondiera. No estaba segura de qué debía hacer, pero sentí de nuevo el embriagante aroma de la flor que fue producto de mi obsesión y cerré mis ojos para corresponder a su gesto. Sorprendentemente, su beso me resultó refrescante como las frutas de agua de mi jardín.

Sentí entonces sus manos firmes rodeándome con la misma fuerza con la que me arrastró al carruaje en el primer encuentro, pero ya no estaba aterrada sino embebida en las extrañas e inesperadas sensaciones que se despertaban en mí. Su aliento gélido se había vuelto cálido y me recorría por completo. Él se hacía fuego y me encendía, luego era nube y me llovía. Era estrépito y me aturdía, luego silencio y me calmaba. Y entonces pude entender que los misterios del inframundo eran muy distintos a los del mundo que conocía.

En adelante todo fue descubrimiento, abrí mis ojos a un mundo totalmente diferente. La posibilidad de exploración estremecía mis sentidos, puesto que no podía ver nada que por mí misma no revelara. Hades, entonces ya mi esposo, disfrutaba acompañándome a recorrer sus resonantes mansiones, mostrándome sus secretos y enseñándome los rituales propios de cada espacio. Conocí las entradas de los Campos Elíseos, Asfódelos y el Tártaro. Fue allí donde finalmente pude conocer la procedencia de los gritos indescifrables que escuché desde que llegué: al abrir las puertas del Tártaro para llevar las almas perversas, se escucha el sufrimiento que les aguarda, aunado a la necesidad de libertad de los Titanes.

Empecé a sentirme fuerte y poderosa al conocer los misterios de la vida y de la muerte. Ocupé mi trono con orgullo y por fin me sentí parte de algo real y grande. Fue precisamente sentada en mi trono que, en un ritual de introspección, pude ver un árbol de frutos rojos como sangre que resaltaba a un lado de la silla de Hades.

—¿Qué es ese fruto que aún en la oscuridad absoluta crece y pende como gotas de sangre? —pregunté.

—Son los dulces frutos de granada, alimento de los muertos —dijo con indiferencia.

—¿Puedo probar uno? Llevo mucho sin comer.

—Claro que puedes, si es esa tu voluntad —su tono de voz cambió—. Pero has de saber que aquel que se atreve a probar los manjares del inframundo no podrá nunca salir de él. Cómelo y conmovrás mi implacable corazón, pues te quedarás conmigo perpetuamente.

Pensé entonces en mi madre, en lo desconsolada que debía estar, y extrañé de nuevo mi estancia en el mundo de los vivos. Elegí no recibir bocado aunque tuviese hambre y le manifesté a Hades mi deseo de regresar con ella.

—¿Quieres saber cómo está? —dijo con tono inconforme y molesto—. Te enseñaré lo que ha hecho tu madre desde que estás aquí. Pero ten presente que ahora eres mi esposa, la diosa del Inframundo.



Un inmenso desasosiego me embargó al ver a mi pobre madre vestida de anciana, asilada en un castillo. La que alguna vez fuese la diosa madre, proveedora de abundancia para los mortales, soberana de la fertilidad y de todo lo que es bueno y da vida, había sido reducida a una nodriza. No podía tolerar verla así; pero tampoco quería renunciar al mundo que me había sido otorgado. La renuncia a la certeza, sensación de descubrimiento constante, la facultad para obrar conforme a mis propias reglas y la pasión que se vive en la oscuridad eran grandes motivos para no querer volver. La indecisión atormentaba mis silencios. Correr a los brazos de mi madre significaba renunciar a todo lo que había logrado por mí misma, pero la amaba demasiado.

Fue entonces cuando Hades, compasivo, se presentó ante mí con una opción.

—Dulce Perséfone, dueña de mi oscuridad, tu sufrimiento ha estremecido las almas que habitan el inframundo y la llama que enciende mi corazón. No puedo dejar que te vayas, pero tampoco quiero verte sufrir. Por ello te ofrezco un pacto: la promesa de que regresarás siempre junto a mí, a cambio de la posibilidad de estar con tu madre la mitad del año. Toma estas semillas de granada y estaré seguro de tenerte a mi lado cuando la oscuridad te aclame.

No podía negarme a aceptarlo, era justo por lo que en el fondo de mis miedos estaba aclamando. Sin embargo, el dolor embargaría de nuevo a mi madre si supiera que había elegido quedarme allí, aunque fuese solo temporalmente. Acordé con Hades guardar el secreto; él se haría responsable de obligarme a ingerir las semillas y yo regresaría a sus brazos cuando el tiempo así lo indicara.

Pude entonces regresar con mi madre, en compañía de Hermes, que venía en mi búsqueda. Su rostro, inundado por lágrimas de alegría, bañó los campos secos de los humanos y los nutrió de tal forma que se llenaron de los colores más hermosos que jamás había visto.

YESID ALBERTO CUERO  
Valle del Cauca · Zarzal  
Taller Ítaca

# LA DIVA DEL VERGEL



Cuentan las leyendas que un extraño cazador, mítico y sin nombre, volaba los jardines que fueron alimentados por la laguna que lo vio crecer. El cazador se enamoró de una mariposa de colección que escapó de su prisión disfrazada de jardín. Le atrajeron sus alas azul eléctrico con manchas negras y colores psicodélicos que parecían dejarte ciego. La mariposa, hija de una antigua flor, había heredado su enigmática belleza y cuando cerraba las alas para descansar reflejaba una mirada coqueta.

*El cazador vive una metamorfosis única en la naturaleza. Se trasmuta del agua al aire, del charco al cielo, y de ninfa a maestro de vuelo, una niñez extensa y una madurez corta, símbolo de vivir al máximo el momento.*

*Estos dos seres míticos representan la transición de la vida a la muerte, significan transformación del ser y de la conciencia, también guardan en sus cuerpos un alma humana que ha decidido reposar en la naturaleza durante un corto tiempo.*

Una mañana de verano, un grupo de aves rompió los plásticos que resguardaban un mariposario de prestigiosos coleccionistas. Las mariposas escaparon en distintas direcciones; entre estas huía una que se llamaba Valentía, que voló hasta el jardín más cercano mientras menguaba el calor. Descansó bajo una hoja de girasol y al caer la tarde pudo observar un ser de ojos grandes y pronunciados que volaba a velocidades superiores a las de cualquier insecto. Lo particular era que escribía con la punta de su cerco en las pequeñas y blancas hojas de un jazmín la palabra “Valentía”. La mariposa no entendía lo que pasaba, guardó silencio y no prestó atención a esta reencarnación de escritor. Al caer la tarde siguió volando hasta el jardín más bello que encontró, el cual se alimentaba de una pequeña laguna que mantenía húmeda la tierra del rosal.

Las abejas de aquel lugar se preguntaban quién era la nueva compañera que ayudaba a polinizar el jardín; quién era esa diva del vergel que tenía a las mariposas convirtiéndose en varones; a cada insecto enloquecido con sus colores: los abejorros volaban en forma de corazón y los grillos silbaban en vez de cantar.

El cazador usaba el poder de sus ojos para encontrar la mariposa con facilidad; reemplazó su labor como depredador por la de seductor y en vez de cazar decidió escribir sobre las flores de la rosaleda donde yacía la nueva residente. La mariposa descansaba del sol bajo las hojas de un lirio mientras el cazador plasmaba sobre cada pétalo de hortensias un verso que al leer de adentro hacia afuera en espiral, decía: “No podrás camuflarte ni al lado de una rosa multicolor, pues tu belleza opaca hasta lo más hermoso”; situación frente a la cual Valentía guardó silencio y alzó vuelo con indiferencia y un fuerte aleteo.

Pasaron siete días en los cuales el cazador escribió en cada flor cercana a Valentía: estrofas en las margaritas; versos de amor sobre los lirios y los pétalos de rosa de cada color. Al no atraer su atención decidió reunir baba de caracol y pegó trescientos pétalos de tulipán, con los que hizo un lienzo rojo, y con la punta de su cabo escribió por última vez:

Silencio que inspira  
pero que también odio  
porque causa intriga y ansiedad.  
Silencio que hace barreras, y con él  
me niegas tu amistad.

Silencio que me ayuda a pensarte.  
Silencio que hace ruido en mi cabeza.  
Silencio que ayuda olvidarte.  
Silencio que me cansa y agobia  
es el silencio del adiós

Pero no sin antes gritar  
que...  
Sentirte callar fue hermoso

—¿Quién eres? —dijo la mariposa, que después de leer en cada flor versos de amor en su nombre fue al encuentro del escritor. El cazador contestó:

—Yo ayudé al sol a guardar en trece troncos huecos los trozos rotos de la luna, que fue descuartizada por un rayo. Puedes preguntarle a los mayas, ellos te darán razón. Y ahora dime ¿quién eres tú?

—Entre los antiguos, yo era el emblema del alma y de la atracción inconsciente hacia lo luminoso, símbolo del renacer. Una mariposa es símbolo de transformación total, y representa la necesidad de cambio, mayor libertad y valentía, esta última palabra es mi nombre.

Valentía se acercó a un ramillete de acacias y en los pétalos de blancos narcisos escribió una bella historia que decía así:

*Un día Soledad salió de su casa en busca de Silencio, al encontrarse crearon la nada, y ahí solo había espacio para pensar y hablar.*

*Silencio le contaba a Soledad lo mucho que solía soñar despierto, que le era imposible dejar de imaginar y de observar todo lo que le rodeaba.*

*Soledad le contaba lo triste que se sentía y le describía sin pena el vacío que llevaba dentro.*

*Silencio describía su evolución, causada por escuchar todo y tomar lo mejor.*

*Soledad es fría, mala consejera y envidiosa, tiene el corazón destruido y es egoísta.*

*Silencio se hace sabio con el tiempo y cuando se marea entre libros y buena música sus palabras se hacen fuertes.*

*Soledad no escucha ni pide consejos, pues no tiene quién se preocupe por ella, está cansada de que todo a su alrededor sea tan intangible e inexistente.*

*Silencio le dijo:*

*—Soledad, tengo la solución, “Amor” vive en una nube que cambia de colores, no tiene color, es amable y apasionado, algunos lo conocen por ser quien mató a “Tristeza”, búscalo y hazlo tuyo, él hará del mundo y el arte uno solo, dará tranquilidad porque “Amor” es siempre una buena compañía, él matará tu tristeza y te matará a ti.*

El cazador, en silencio, siguió su camino reproductivo, pues la madurez llega con los fracasos, la belleza, las alegrías y el ahora. El cazador escribió hasta la muerte, decoró el jardín con letras en cada pétalo y se desapegó de la hermosa imagen de la mariposa, a la que plasmó en forma de poesía sobre todo el vergel; irónicamente, sin dejar de escribir aprendió a olvidar gracias a que el desapego es hijo del amor propio.

Días después, en la madrugada, mientras los ruiseñores realizaban un concierto que daba la bienvenida al día, Valentía se posó sobre una flor y abrió sus alas al escuchar tan bella melodía. Hipnotizada por la música, fue el desayuno de un cantor oculto, sus alerones cayeron lento sobre el barro del jardín, y fue el único recuerdo que dejó en el vergel. En el crepúsculo del día, el cazador, sobre estos lienzos azules de colores psicodélicos, escribió: “Te condeno a siete vidas seguidas con suerte en el amor”.



# DRAMATURGIA



JESSICA YULIANA SÁNCHEZ GARZÓN  
Caldas · Manizales  
Taller Permanente de Dramaturgia

# COCOS NUCIFERA



## MI-LA-RE-SOL

*(Patrick y Loretta se encuentran sentados a la mesa del taller)*

PATRICK: (Cantando) Don pepe y su barriguita fue a matar a su mujer, porque no le dio dinero para irse en un tren. En el tren había una chica, chica, chica que llevaba un bebé.

LORETTA: (Cantando) El bebe se le cayó.

LORETTA Y PATRICK: (Cantando) Chis pum y la chica se desmayó.

PATRICK: (Cantando) Tiro la maleta, mi mamá me pega, yo le pego a ella.

LORETTA: (Cantando) Subo al quinto piso y pongo un tocadiscos que dice así:

LORETTA Y PATRICK: Michael Jackson, en pijama.

LORETTA: Mi turno. (Cantando) En un convento borón, borón, borón, de San Francisco, borón, borón, borón, había una negra, borón, borón, borón, con seis negritos, borón, borón, borón, mientras la negra, borón, borón, borón, hacía mercado, borón, borón, borón, los seis negritos, borón, borón, borón... *(Mira a Patrick esperando una respuesta)* los seis negritos...

PATRICK: Hum no, está difícil... Creo que eso solo lo jugaba usted.

LORETTA: Le recuerdo que, a diferencia suya, en mi infancia, yo socializaba con la gente *(pausa)* bueno... la mayoría de las veces.

PATRICK: Y yo le recuerdo que no se puede confiar en los seres humanos y que solo es posible vivir en paz alejándose de ellos. Ya he perdido mucho tiempo a causa de sus jueguitos majaderos. *(Patrick se levanta de la*

*mesa con el ceño fruncido, se dirige hacia el estante de mármol que se encuentra en la esquina del taller).*

LORETTA: ¡Ya! ¡Ya! Está bien, disculpe, no es para tanto. Por cierto, Patrick... dígame... (*Aclara la garganta y adquiere seguridad a medida que va hablando*) Ya llevo mucho tiempo aquí, y creo que es hora de que me diga por qué se empeña en estar escondido, no entiendo por qué esperó hasta los setenta, justo a tener esa edad para hablar. Ni una sola entrevista, ni una sola en tanto tiempo. En serio, quiero saber.

PATRICK: ¿Sabía que el contrabajo es el único instrumento que se oye mejor cuando más alejado está? Mi bajo es un instrumento muy normal, construido aproximadamente en 1910, con toda probabilidad en el sur de Tirol. (*Revisando las esencias sin tomar ninguna en particular*). No es un instrumento excepcional, digamos que de calidad media, casi alta. Cuatro cuerdas... solo cuatro cuerdas. (*Pausa*). Wagner siempre me ha causado una mezcla de sentimientos inefables. (*Toma tres frascos del estante*). Inicialmente, siempre es una profunda desazón acompañada de miedo y desesperanza; luego, con el paso de los sonidos *pianísimos*, me sobreviene una calma a medias, como si entrara en algo nada agradable pero ya conocido, ya más indulgente a las percepciones de mi oído, por ende, a mi ser, pero aun así, ajeno por completo a mí. El *mezzoforte* (*pausa, coloca los frascos en la mesa uno tras del otro*) me enajena totalmente, me llena de turbación, me mantiene siempre de aquí para allá, me sube, me baja (*huele el contenido de los dos primeros frascos*), me hace entrar en un nirvana total y, de un momento a otro, me suelta hasta lo más profundo del averno sin previa explicación (*tapa los frascos que olió y los lleva nuevamente al estante*). Supongo que esta mezcla de sentimientos ha de ser a causa de tanto nacionalismo wagneriano distorsionado. Es como si mi apellido fuese Abad, y me encontrara en Dachau (*vuelve a la mesa, con el dedo índice y el pulgar derecho da vueltas al frasco*), con todo lo execrable e impotente de la situación. Ahora entiende por qué me he escondido tanto tiempo. Es tal cual lo que sucede con esta sociedad, con esta, con la de hace cincuenta años atrás, con la de otros diez que vienen... Sencillamente (*destapa el frasco, cierra los ojos, acerca el frasco a la nariz e inhala profundamente el aroma. Deja lentamente el frasco de nuevo en la mesa y aún con los ojos cerrados simula que toca el contrabajo. Suenan las notas correspondientes*) los humanos son así... En la orquesta todos los instrumentos están en conjunto, incluso con sus diferentes tonos todos están yuxtapuestos, pero no el contrabajo, no, él no. Él simplemente debe estar alejado para sonar mejor. (*Abre nuevamente los ojos*).



## SEGMENTACIÓN AFRO-ROLA PRIMERA PARTE

*(Loretta toca la puerta, lleva consigo una maleta de viaje. Patrick abre. Ambos se sientan alrededor de la mesa. Patrick la observa detalladamente. Mientras tanto, una paloma golpea reiteradamente la ventana. Patrick y Loretta permanecen inmóviles).*

VOZ EN OFF DE PATRICK: Alta, alta para el promedio. El promedio es bajo, no más de 1,65 en la comunidad femenina. Ese es el campo al que ella pertenece. Morena, no negra, no blanca, tan solo morena, crespa, con un corte reciente de cabello, de aproximadamente tres meses y no más de ochenta centímetros de longitud. Cejas desdibujadas, ojos hundidos, cafés, más bien negros, como la raíz del cabello, pestañas de venado; las encrespa. Nariz pequeña, punta plana y fosas amplias. Labio inferior prominente con relación al labio superior. Secuelas en el rostro por el acné. Orejas pequeñas, mentón en punta y escondido por la indecisión. Todo esto contenido por un rostro ovalado y expresivo. En la mano izquierda una cicatriz...

LORETTA: Es todo un gusto por fin conocerle, me alegra enormemente que me hubiese recibido aquí.

*(Patrick la mira fijamente mientras ella termina de hablar, se dirige hacia la ventana. Cuando llega a la ventana, ambos quedan inmóviles).*

VOZ EN OFF DE PATRICK: En la mano derecha, para compensar, un mancha que refleja su mal carácter, que se repite en el codo y en el antebrazo derechos. Cuerpo rectangular. Senos pequeños, caderas pequeñas, piernas grandes, largas y grandes, igual que los pies. Todo el conjunto compone un metro setenta y siete de carne afro-rola.

PATRICK: Por más que uno busque esconderse, siempre hay alguien que lo encuentra a uno. Deje esa maleta ahí *(apunta con el dedo índice hacia la esquina izquierda de la habitación sin perder de vista una paloma que está en la ventana)* y siéntase cómoda. *(Atrapa a la paloma por un ala, la mete dentro del cuarto y cierra la ventana).*

## COCOS NUCIFERA

*(Patrick abre la puerta del taller, le cede el paso a Loretta para que ingrese, cierra la puerta con llave).*

PATRICK: Hum. ¿Coco?

LORETTA: Mi abuela siempre me decía que en el sur de Borneo las almas de los niños eran guardadas dentro de los cocos (*coloca sobre la mesa, con sumo cuidado, una caja*) ya que este era el único fruto que tenía la fortaleza suficiente para proteger y refrescar al mismo tiempo sus indefensas almitas, y que una vez que los niños hubiesen alcanzado la edad adecuada (*sacando los frascos y poniéndolos sobre la mesa*) el coco era abierto para que esa alma pudiese volver al cuerpo correspondiente. Una vez hecho esto, ya toda la responsabilidad corría en las manos de ese ser que nunca había tenido alma, qué situación más incómoda, ¿no? (*Tomando un trapo y limpiando el estante en donde va a acomodar los frascos*) Cómo se le va a entregar a alguien una joya así de grande sin que este, en su vida, de ahora seguramente mancebo, casto y desentendido del tema, no por maldad, no, sino por falta de conocimiento y luego por repetición, que es el error que todos al fin y al cabo cometemos, se hiciese cargo de algo tan delicado, tan vital, tan sustancial... (*Deja a un lado el trapo*). Aunque al parecer, innecesario, pues cómo es que estos niños pudieron vivir tanto tiempo sin un alma y luego ¿qué? Vienen y le dan una así nada más, para hacerse cargo de ella. (*Acomoda todos los frascos en el estante*). Es como si a mí, después de todos estos años, con sus vacíos y todo eso, llegara mi papá para conocerme y tener la relación de padre e hija que él mismo se arrebató y a mí de paso. ¡Ya para qué! Siempre he pensado que lo que no se ha tenido no se puede extrañar, no hace falta; en este caso, con mi padre, y en el caso de ellos, con sus almas. (*Pausa*). Yo, por mi parte, no hubiese sabido qué hacer sin un alma, aunque bueno... Sí supe qué hacer sin un papá. (*Se le resbala una de las fragancias de las manos de Loretta. Se quiebra el frasco. Patrick la mira de reojo, toma escoba y recogedor, se acerca al estante a limpiar. Loretta baja la cabeza*). Perdón.

PATRICK: Olvídelo, luego arreglamos eso, más bien cuénteme ¿qué hizo? (*Recogiendo los pedazos de vidrio*).

LORETTA: Bueno, corrijo, no, no lo supe, tan solo lo hice, lo... Hum, lo asimilé, supongo, no lo extrañé. (*Patrick saca un pañuelo del bolsillo derecho del pantalón. Loretta y Patrick realizan sus acciones*). Tan solo me equivoqué y viví con muchos vacíos, claro está: y con una relación extraña con los hombres, y con las personas en general (*Loretta se agacha para ayudarlo a limpiar a Patrick*), pero si me preguntan que si lo extraño, la respuesta sería obvia, aunque... no debo negar que en algunos momentos sí me pregunté cómo hubiese cambiado mi vida con una figura paterna. (*Loretta mira a Patrick mientras que este cuidadosamente termina de recoger los pedacitos de vidrio. Patrick deja caer el pañuelo sobre el charquito en el piso*). Incluso, cómo hubiese

cambiado físicamente, por eso de que soy hija negada, la viva estampa de mi padre, hijo de tigre sale pintado, y con eso que mi mamá me decía, que siempre que me ponía de mal genio me parecía mucho más a él. (*Loretta acerca su mano izquierda para levantar el pañuelo, Patrick la detiene con brusquedad y toma el pañuelo para sí.*)

PATRICK: (Se levanta). Las relaciones familiares. (*Ríe, y se dirige a la mesa*). Tú amas a tu madre, tu madre ama a tu padre, tu padre ama a tu hermano, y a ti no termina amándote nadie. (*Pausa, se acerca a la ventana, la abre y gorjea*). Hay cosas que no son imprescindibles, incluso teniéndolas... (*Con la mano izquierda sostiene el pañuelo y con la derecha toma por el cuello una de las palomas que se han acercado a él*) Luego de un tiempo se devalúan a la velocidad de las desilusiones que van causando. (*Cierra la ventana guillotina, aprieta progresivamente el cuello de la paloma y cubre la cara de la paloma con el pañuelo.*)

VOZ EN OFF: La mano de uno, no, no fue uno, así que no sería la mano, sino las manos, de dos, dos hombres curiosos.

## NOTAS DE SALIDA

(*Loretta sale del taller, Patrick cierra la puerta con llave.*)

PATRICK: El perfume se compone de tres notas olfativas fundamentales. (*Se acerca al piso falso de las escaleras, saca de allí una paloma*). Las primeras son las notas altas, las que se presentan al primer contacto, son fuertemente penetrantes, estimulantes y volátiles por naturaleza. (*Lleva a la paloma por el cuello, la coloca en la mesa auxiliar que está junto a la ventana*). Al aplicarse en la piel se siente una sensación de frescura y calor, pero volátil al fin de cuenta (*tomando el bisturí*), como algunas relaciones. Por otra parte, las notas medias son la columna de los perfumes (*realiza un corte en las remeras primarias derechas*), su aroma se asemeja al de las notas altas en cuanto a la potencia con la que llegan al olfato, pero con la ventaja que duran mucho más a causa de su densidad. Son el 50 % de la fórmula. (*Realiza el mismo corte en las alas del lado izquierdo*). Con respecto a las notas base (*suelta el bisturí*), aunque ocupan un menor porcentaje tienen una penetración e intensidad que hacen más profunda y enriquecedora la fórmula (*toma unas tijeras*), tienen la particularidad de penetrar con mucha más profundidad la piel (*clava las tijeras en todo el centro de la paloma*), claro

está que al principio este aroma es tímido y casi imperceptible. (*Realiza diversos cortes*). Pero cuando las otras dos notas desaparecen (*contempla la paloma*) este es el que perdura, el que se mantiene (*introduce la mano dentro de la paloma y hurga dentro*)... Podrán parecer débiles e invisibles al inicio pero, al final, simplemente lo son todo (*saca los órganos de la paloma y los huele*) como tú... (*Observa hacia afuera*).

VOZ EN OFF: Si haces ruido o le dices a alguien no volvemos a jugar.

## SEGMENTACIÓN AFRO-ROLA II PARTE

(*Loretta abre la puerta, Patrick ingresa llevando a cuestas un contrabajo*).

PATRICK: ¿En serio cree que no la conozco? (*Patrick cierra la puerta con el pie*). Soy la única persona que podría describirla en mucho tiempo con un alto porcentaje de precisión, tanto física como sentimentalmente. (*Descarga el bajo*). No, no crea; en este tiempo que hemos pasado juntos (*toma su taburete y lo ubica a un metro de la mesa*), pese a sus intentos pueriles de ser dura e indescifrable (*se sienta*), me he fijado perfectamente en lo que usted es. Yo podría descomponer perfectamente su esencia hasta llegar al tuétano de lo que es usted... Loretta (*quita el estuche del contrabajo, lo ubica*), incluso, más allá de su nombre y de lo que usted misma olvida a veces.

LORETTA: Bueno, si esta tan seguro me gustaría oírlo. (*Loretta se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero*). Tal vez aprenda un poco más de mí a través de sus palabras. (*Acerca una silla y se sienta en frente de Patrick*). Adelante.

PATRICK: (*Toma el arco*). En esos digamos que 70 kg de su masa corporal (*tocando pianissimo*) se puede encontrar 45,5 kg de oxígeno, más 12 kg de carbono, a esto debemos sumarle 2 kg de nitrógeno, un kilogramo de calcio. (*Aumentando al forte*). Los otros 10,5 kg restantes están divididos entre manganesio, cloro, sodio, azufre, potasio, fósforo, arsénico N.º 33 en la tabla periódica. El N.º 9 flúor, 86 y 87 radón y francio en su respectivo orden y de fe... sí (*Pausa. Tocando acto I, preludio, "Las valquirias" de Wagner*), me refiero al hierro, toda una mezcla de elementos tanto nobles como letales. Sus 1,77 cm realmente equivalen a 359.100 cucharaditas bien colmadas de huesos, tejidos blandos, arterias, venas, músculos, conexiones neuronales, folículos capilares, entre otras cosas varias que todos los seres humanos tenemos. Todo ello recubierto por el órgano más grande, la piel; en su caso (*pasando a la séptima sinfonía de Beethoven*) de un tono café frío semicálido con destellos neutrales MF008, según la paleta de colores

de CoverGirl. Uñas cuadradas que dejaron de descascararse luego de suspender el flalato de dibutilo, tolueno y formaldehído, que se encuentra en los esmaltes *Checo*. Sería tonto no hablar de su cabellera (*pasando a la quinta sinfonía de Beethoven-scherzo & trío*), sus chinos, sus rizos, *your curly hair*, este es la mezcla de un cabello rizado sacacorchos, resultado del *ever stright brazilian keratin therapy conditioner* y a veces un afro apretado a causa de un *bad hair day* con una amplitud de onda de (0,7 en X y 1 en Y) y la cresta de (1,7 y -1) perfectamente evidenciable en el plano cartesiano. En cuanto a sus ojos (*pasando al final de la cuarta sinfonía "La italiana" de Mendelssohn Bartholdy*), es que simplemente posee demasiada melanina, *ergo*, aunque estos son marrones a la luz cenital del medio día, el 90 % de las veces tienden a ser negros, negros azabache, de resto, una nariz pequeña pero con narinas grandes y curiosas que están en un constante vaivén en el transcurso del día, y que puedo asegurar que no descansan nunca, ni siquiera cuando duerme. Labios gruesos, rostro ovalado. Todo dentro de lo normal, aunque debo decir que un rasgo característico ha de ser la cicatriz de 10 mm en su mano izquierda a causa del accidente automovilístico que me comentó. El resto de lo que usted es físicamente son descripciones sin ton ni son... Uno que otro lunar en las coordenadas 23.17.46.11. Un lunar azul pálido a 6 cm desde el hueso semilunar en camino hacia el codo de su mano izquierda. Otro detalle relevante e interesante que debo mencionar es su crepito óseo, tal vez a causa de burbujas de gases que explotan en las articulaciones de sus rodillas, o por un roce excesivo de la articulación femoropateral o simplemente descalcificación, pero sea cual sea el factor, surte efecto, ya que la verdad me causa gracia cuando usted se agacha y suena ese ¡crack! (*Sonríe*). Sí... Como lo dije anteriormente, el resto ya son descripciones sin ton ni son.

Y en cuanto a sus sentimientos (*ríe*), creo que esto lo resumiría todo...

(*Patrick improvisa con el contrabajo pasando por pianissimo, forte, fortissimo, entre otras dinámicas*).

## EL CANTO DE LA PALOMA

(*Loretta y Patrick entran al taller*).

LORETTA: Pero qué podría decirle, a estas alturas de mi vida nada se ha dicho, y por eso todo ha caído al olvido.

PATRICK: Vamos (*mira fijamente las palomas que acaban de posarse sobre el borde de la ventana*), sabe, siempre me han infundido temor las palabras no dichas, y de esas usted y yo sí que estamos llenos. Cuénteme el recuerdo que usted quiera, el que primero se pose en su mente. (*Logra tomar una de las palomas que estaban en la ventana, alista la mesa auxiliar que se encuentra al lado de él, ata la paloma con unas pequeñas correas que tenía ya listas*).

LORETTA: ¿Qué quiere que le confiese? (*Mira con extrañeza a Patrick mientras este termina de atar la paloma*) Que mi infancia y mi inocencia fueron quebrantadas...

LORETTA Y PATRICK: Por la mano de uno, no, no fue uno, así que no sería la mano, sino las manos, de dos, dos hombres curiosos que me acariciaban en lo secreto. (*Loretta se dirige hasta donde se encuentra Patrick. Este extiende una funda con instrumental quirúrgico*).

LORETTA: Que me llenaron de vergüenza y culpabilidad (*Patrick pone su mano izquierda sobre el cuello de Loretta, y con la derecha toma la mano derecha de ella*), que dañaron en mi cadena de ADN toda la información genética donde se me heredaba la confianza (*Patrick dirige la mano de Loretta hasta el bisturí*), la grandeza, la autoestima y la seguridad que había en mi núcleo de ascendentes, y que en lugar de ello (*Loretta empuña el bisturí*) dejaron la estructura primaria (*Patrick eleva el brazo de ambos hasta la altura del hombro de Loretta*) más un aditivo de desdén hacia mí misma. (*Patrick suelta la mano de Loretta y ella clava el bisturí tres veces en la paloma*).

PATRICK: ¿Qué sintió? (*Se acerca al estante del fondo de la habitación y toma dos paños blancos*).

LORETTA: Extrañeza. (*Deja a un lado el bisturí*). Supongo que usted no sabe qué se siente palpar con los sentidos dormidos. (*Patrick limpia las salpicaduras de la mesa*). No sabría bien cómo explicarlo, hasta el día de hoy no he vuelto a sentir cosa tal.

PATRICK: (*Tomando la mano de Loretta y poniéndola sobre el bisturí*). Continúe.

LORETTA: (*Patrick guía inicialmente la incisión sobre el pecho de la paloma, luego deja que Loretta continúe*). Arañé mi cuerpo a causa de la desesperación, y en cada arañazo dejaba que el tiempo corriera y me iba sumiendo en un profundo sueño donde todo pasaba (*Patrick se dirige hacia el estante y toma de allí tres frasquitos*), donde yo no entendía nada, donde las voces de los hombres se tornaban muy gruesas y distorsionadas e intentaban penetrar la densa atmósfera recién creada al saber que se trataba de la voz de un barítono, eso (*fricciona el índice izquierdo sobre el corazón de la paloma*) y la

extraña pero bendita sensación de tomar un solo hilo fino de cabello entre mi dedo índice y el pulgar, frotarlo, y sentir cómo este se engrosaba ante la sensación de mis manos dormidas y de mis ojos entreabiertos, y cómo toda la escena que me circundaba se coloreaba de tonalidades de la más profunda modorra. (*Se mira los dedos manchados de sangre y frota su pulgar y su índice izquierdo, en la otra mano sostiene el bisturí*). Para resumirlo, palpar con los sentidos dormidos, o existir en medio de la somnolencia de los ojos que supuestamente me cuidaban (*continúa frotando sus dedos*), que no tenían tiempo de abrazarme a causa del cansancio, y si no tenían tiempo para un acto tan simple y elemental como el de un abrazo, mucho menos iban a tener tiempo para darse cuenta de la verdad que acontecía en sus propias narices. (*Loretta descarga el bisturí sobre la mesa. Patrick limpia tíernameamente las manchas en el rostro de Loretta*).

PATRICK: Es usted muy hábil, y muy valiente.

LORETTA: ¿Hábil, yo? Hum, hábil el vasto (*arranca una pluma timonera*), basto boicot que me tenía planeada la vida (*arranca otra pluma*), hábiles estos dos personajes que me jodieron la castidad. (*Un par de plumas más*). Hábil mi madre al dejarme en el hueco de su carencia amorosa, y al decidir un día sacarme de allí para ir al médico a un simple chequeo general. (*Arranca una pluma de las remeras primarias*). Hábil mi familia que confiaba en que “la niña estaba allá arriba jugando” (*hala tan fuerte que quiebra el húmero de la paloma*).

VOZ EN OFF: Si gritas o le cuentas a alguien no podremos volver a jugar. (*Patrick besa la frente de Loretta, toma entre su mano el rostro de ella, pone las pinzas sobre los labios cerrados de Loretta. Introduce las pinzas en la boca de ella, ejerce una leve presión. Los labios se abren progresivamente. Ella retira bruscamente la cara*).

LORETTA: Nunca dije nada, no lo hice porque había adquirido un pacto de niña, una niña que prometía guardar el secreto para poder seguir jugando. (*Patrick se sienta en la mesa principal, Loretta toma las pinzas con su mano derecha*). Pero no solo tuve que guardarle el secreto a ellos, una vez mi familia lo supo, también tuve que guardárselo a los demás. (*Loretta toca su tráquea, luego ubica la tráquea de la paloma*). Toda la familia lo sabía, pero sencillamente se mantenía oculto, a voz bajita, muy bajita. (*Retira de un jalón la tráquea de la paloma*). Iba enmudeciendo progresivamente, era de aquellos secretos que solo suenan en el lenguaje de los murmullos, y que retumban en las conciencias de sus víctimas, como en aquellos casos en lo que se masaca un pueblo, y sus oprimidos solo pueden emitir gemidos silenciosos.

*(Patrick susurra al oído de Loretta, toma la mano de ella, la introduce dentro de los órganos de la paloma y hace que ella amase los órganos, luego suelta la mano de Loretta y desliza los dedos untados por los labios de Loretta).*

LORETTA: *(Tira la tráquea de la paloma a la basura)*. No solo guardé secretos, también acumulé comentarios *(lame sus labios)*. Me sentí negra, como ellos decían. A los seis años aproximadamente *(Loretta se acerca a Patrick, frente a frente)* no sabía qué significaba ser negra, pero no parecía algo digno, agradable, ni respetable *(Loretta pone su mano derecha sobre la mejilla de Patrick)*, por eso opté, por conveniencia, en creer que el dos era mi número de la suerte *(sonríe)*, al ser el dos sonoramente parecido a Dios *(Loretta acaricia la mejilla de Patrick)*, una forma pueril que usé para sentirme protegida *(Pausa. Loretta besa a Patrick en la boca)*... por quien fuera. *(Loretta vuelve su cuerpo y sus manos a la paloma)*. Mi alma *(saca el corazón de la paloma)*, siempre pensé que pese a que yo fuera negra y negra en el modo en el que ellos me hacían sentir, mi alma era la más blanca entre esos niños de raza blanca. Pensé que ellos solo eran blancos por fuera, pero por dentro *(muerde un pequeño trozo del corazón de la paloma)* podridos *(mastica)*, totalmente oscuros *(otro bocado)*, mucho más aún de lo que mi pellejo lo era *(traga el bocado)* *(Pausa)*. No sé si mi alma estaría dentro de alguno de esos cocos. *(Observa el corazón)*. O si en el momento de mi nacimiento alguien, por pura maldad y a causa de karmas pasados, olvidó guardar mi más preciada joya *(empuña la mano donde tiene el corazón, lo aplasta progresivamente)*, mi alma, dentro de alguno de esos cocos, para protegerla contra todo lo que estaba por vivir. *(Loretta abre la mano, observa los despojos del corazón. Patrick le acerca un tarro de esencia de cocos nucifera. Impregna un paño y limpia con el paño recién impregnado las manos y la boca de Loretta. Patrick limpia la mesa. Se evapora un aroma a coco)*. Le confieso algo, casi sentí ganas de llorar, no por el pasado, sino por la embriaguez de ese bendito olor.

*(Loretta se sienta en el piso y arrulla a la paloma en sus manos y canta)*. Un negrito se ha pinta' o entera la carita de blanco. Y el corazón lo ha engaña' o al verse todo pinta' o. Hasta al diablo le ha reza' o pa' amanecer despinta' o. El susto de verse blanco hasta el hambre le ha quita' o. Y el negrito se arrepiente de haber querido ser blanco ¡Ay, ay, ay! *(Patrick se acerca donde está Loretta y le acaricia la cabeza mientras ambos cantan)* ¡Ay negrito, anda lávate! ¡Que negrito tú has nací' o! ¡Ay negrito, anda lávate! ¡Que negrito tú has nací' o! ¡Ay negrito, anda lávate! ¡Que negrito tú has nací' o! ¡Ay negrito, anda lávate! ¡Que negrito has de morir! ¡Ay, ay, ay!





# POESÍA



MARÍA ELENA GIRALDO SÁNCHEZ  
Antioquia · Itagüí  
Taller Letratinta

## TRES POEMAS



### En la palma de mis dedos

Huyo de todo y de nada...  
De espejos que respiran mi aliento,  
De jaulas vacías aleteando mi silencio,  
De violines que hieren con su llanto  
De hojas secas que arrasa el viento  
Como niebla en frío verano.

Huyo de todo y de nada...  
De la agonía de pájaros  
Que en leños secos mueren lento,  
De la soledad que arde  
Y del acero que calcina  
La palma de mis dedos.

Huyo de todo y de nada...  
Del gemido de las bocas  
Que filtran mi sexo  
Y ese mirar furtivo  
Que no se apaga  
En el ardor de mi fuego.

## Vino derramado

Un centenar de bocas  
Y ninguna pronuncia mi nombre,  
Un millar de huellas  
Y ninguna persigue mis pasos.  
Tanto vino derramado  
Y ninguno sacia la sed de mi verano.  
Nadie cenará conmigo esta noche,  
La lluvia caerá sin respuestas  
Sobre el tejado de mi soledad,  
La niebla respirará  
Sobre el cristal de mi cuarto.  
Verán mi piel de bronce,  
Aunque soy ceniza,  
humo, barro...  
Sangre soberbia,  
Vino derramado.

## Gemido de alondra

Dejaste la ventana abierta  
Para que yo, alondra de la tarde,  
Llegara hasta tu lecho;  
Dijiste ven conmigo  
Y no importaron los velos color cielo,  
Solo me dejo caer sobre tu cuerpo  
Junto al faro que alumbró  
Tu dorso desnudo y sediento  
Y se quebró la noche,  
Se desató el fuego entre la nada y el silencio,  
Tus labios humedecidos  
Sucumbieron en mi deseo,  
Solo hablaron las miradas  
Y el roce de las bocas  
Despojó nuestro secreto,

Y cayó la gota al interior del capullo  
Donde la flor dormida  
Derramó la fuente del deseo.

FABIO CIRO  
Antioquia · Medellín  
Taller de Poesía MECA

# DOS PERFILES POÉTICOS



## Un artista en un poeta

Un artista no nace, se hace, él surge en el silencio.

Un artista emana destellos, es su penumbra, y en cualquier amanecer, de un sorbo, se embriaga de vida.

Un artista no se mira en el espejo, un artista se cree el espejo.

Un artista, luego, nos regala pinceladas de muerte, y así lo entiende.

Un artista nos complace por su locura, nos hace parte de su torrente imaginario, mientras las palmas de las manos enrojecen en aplausos.

Ya entonces las luces, las escenas, no fulguran, te preguntan por el acto, y si no se encuentra la respuesta, es porque el artista vive o porque su obra se ha salvado.

## El tiempo en un poeta

El tiempo es un niño que juega en las olas de la playa

El tiempo es una pausa que se convierte en silencio.

El tiempo es una línea imaginaria dentro del tiempo.

El tiempo es un amigo que te hace bromas y luego se ríe contigo.

El tiempo es una metáfora destructora, es un pájaro que duerme, la hora que no es, las mentiras de tu novia.

El tiempo lleva una relación hipócrita con la muerte.

El tiempo se esconde en los relojes y no te deja escapatoria.

LUIS ALBERTO PACHECO  
Antioquia · Turbo  
Tertulia Literaria y Cultural Pisisí Lee

# INSTANTES DE ETERNIDAD



## He visto la vida

He visto la vida  
palpitando en los hombres,  
en la naturaleza  
He visto la vida.

He visto la vida  
en una canción,  
en un poema,  
en una rima.

He visto la vida,  
soñando en el prado,  
saltando la verja,  
jugando en el parque.

He visto la vida,  
en todas mis cosas,  
en todos mis sueños,  
en todos mis actos

## A mi pueblo natal

A mi pueblo natal  
Pueblo de mi infancia,  
cómo olvidarte pueblo hermoso;  
Gente de garbo y de gracia,  
pueblo de místico reposo.

Tus playas acogedoras y radiantes  
con sol esplendoroso cada día  
conforman una mística poesía  
que hacen de un momento mil instantes.

El Waffe en su memoria,  
le recuerda, como el pisisí,  
que su vida es migratoria,  
la alegría es transitoria

Tu fruto es el banano,  
delicia prodigiosa,  
seductora y sabrosa.

## Infinito

A veces siento necesidad del infinito,  
necesidad de sustentarme en el todo,  
necesidad de trascender,  
necesidad de grandeza.

Ver la luz y el infinito,  
ver las estrellas y el sol,  
ver la luz y la oscuridad.

Anhele un lugar limpio,  
anhelo un lugar sereno,  
anhelo un viento suave.



## Eternidad

El universo gira a nuestro lado  
y en ese giro nos encontramos,  
en ese ir y venir entramos  
a ese mundo que anhelamos

somos como navegantes  
en esta vida que es un suspiro  
y circulamos ambulantes,  
caminando por solo un hilo.

En ese ir y venir sentimos,  
soñamos y reímos,  
y hasta que un giro intuimos  
en silencio partimos.

Nuestra anhelada eternidad  
es la felicidad, es la meta.  
Ella está en la inmensidad  
y en nuestra alma inquieta.

## Voy

Voy a tientas en el mundo  
sigo trémulo los guiños  
que me hacen las estrellas  
permanezco estático  
dando giros concéntricos  
no llego a ninguna parte  
siento la vida pasar  
tratando de capturar  
momentos mágicos  
que solo quedan en el recuerdo  
hilvanando hilos de sueños.

## Ahora es el momento

Ahora es el momento.  
De sacar todo fuera  
Egoísmos, discordias y congojas.  
Todo lo que afea y destruye.  
Ahora es el momento de renacer una vez más.  
De teñir de blanco el carmesí  
de aliviar toda turbación  
de suprimir los pesares y congojas  
ahora es el momento.  
El momento de vivir.

LINDA MARCELA CHITO CARMONA  
Risaralda · Santa Rosa de Cabal  
Taller de Escritura Amilkar U

# DELIRIOS DE POETA



Tengo delirios de poeta, caballero, así que disculpe si mi lírica le molesta.  
Desahóguese esta noche y no tenga miedo de desnudar sus sentimientos,  
Yo volveré arte cada uno de sus defectos.  
Déjeme hurgar en sus pensamientos más oscuros,  
En sus miedos más atroces,  
Yo espantaré sus demonios.  
Dance al compás de la canción de fondo,  
Dance como si estuviera haciendo el amor,  
Yo seré su público.  
Cualquier cosa está permitida esta noche si usted está conmigo,  
No tiene que articular palabra alguna,  
Yo hablaré por los dos.  
Tengo delirios de poeta  
Y justo ahora  
La poesía está sentada frente a mí.

## No me llames escritor

No, por favor, no me llames escritor.  
Yo no elegí este tormento,  
Esta perdición,  
Esta locura,  
¡Yo no lo elegí!  
No decidí amarte, odiarte, odiarlos a todos.  
Tengo esta insaciable ansiedad de consumirme en palabras,

De beberme toda la poesía existente,  
Pero silencio,  
Es un secreto.  
¡Estoy cansada de recrear versos en mis borracheras!  
¡Estoy cansada de que la ceniza de cada cigarrillo consumido lleve una  
poesía!  
Ódiame,  
Ódiame todo lo que desees,  
Pero jamás me llames escritor.

## ¡Quieren asesinarme!

Esa mujer me odia vilmente,  
Pero yo jamás podría odiarla,  
Siempre la he amado.  
Se pasea en mis pensamientos sin dar tregua  
Toma control de mi vida y la maneja a su antojo.  
Esa mujer quiere asesinarme,  
Disparó contra mi poesía,  
Envenenó versos,  
Estropeó estrofas,  
Arruinó mi vida.  
Mujer,  
¿Por qué asesinas mi poesía?  
¿Por qué me asesinas?

ADALGIZA CHARRIA QUINTE  
Valle del Cauca · Cali  
Taller El Cuento de Contar

# A FUELLE ABIERTO



## Tango

Pequeñas lentejuelas que recoge la noche  
una esquina que pasaba de afán,  
la radio a mitad de las nueve,  
su destino de emocionar destierros.

Tal vez se haga en el canto

ver cómo se habita un tango  
en qué sílaba,  
en cuál tormento,  
cómo silban los hombros,  
en qué verso el silencio,

ese tono a contratiempo que desata  
refinados abismos en las sombras

Los gestos, los amaneceres,  
*niebla y garúa, tormenta, mala junta,*  
los soliloquios y las despedidas.

Como lenta oración también llega a la marcha,  
un pecho anónimo para la travesía,  
un firulete, una cuerda, una estocada,

mientras caruja y cafiolo desatinan su súplica al destino.

O un violín se empina,  
un diapasón para pulsar el tempo  
el viento del terruño  
la luz del muro  
una patria donde volver a fuelle abierto.

Y tiembla un tango bronco  
y nos acecha.

## II

Deberá aprender ese abrazo  
descifrar el aliento  
su señal de ciegos

en la pisada  
delicada arena  
temperamento en el silencio  
paradoja y quiebre  
de palpar sus alas

juntar los talones  
disponerse en tierra  
dejar que el instante revele  
la mezcla de las aguas  
permitirse la música más íntima

dejar que las ausencias  
retengan la llegada

esperar en el cuerpo  
el sermón de pájaros

los ojos sobre la propia sal

mismiedad,

nochedumbre  
en esos tres minutos del camino.

### III

Mi maestro de tango  
oficia entre los brazos  
dispone su estatura  
para la ceremonia  
la talla del presente  
en la andadura.  
Tiene gesto de tango  
su entrecejo  
Con arte socrático  
mi maestro de tango  
me arroja sin retórica  
sobre mi propio borde  
mientras cruza  
con místico silencio  
esa daga sutil  
esa espesura.  
Me presta su ventana  
apacigua mi pulso  
prepara la intuición  
de enlace y fuga,  
corrige mis abismos.

Pero no consigue mi ardor sosegar  
su severa asonada de estremecimientos,  
los pies no llegan a su firulete  
al reto de las sombras  
de esas dos soledades que se tientan  
como olas en borrasca.

No logra mi vorágine caminar un tango.

## IV

No sé de dónde viene  
este *oscuro placer de los fracasos*  
esta cata de sal y luna en fuga  
este soplo que desnuda  
anhelos de tajos en la noche.

*Tal vez allá en la infancia*  
sus penas me miraron  
con avidez de esquina  
o quizá fue mi padre,  
o el viejo de su viejo,  
esos puertos sedientos,  
las ansias de rondar  
en sus relojes.

Hay mil razones  
para rezarse un tango.



MARINO AGUDELO HOYOS  
Valle del Cauca · Cali  
Taller Palabra Mayor

# FRAGILIDAD



¿De qué sirve el paso de las horas y la complicidad de los espejos si nuestro rostro es el rostro del olvido y a cada instante se hace más clara la imagen de la muerte?

¿De qué nos sirve palparnos diariamente, saber que respiramos con holgura, empujar la puerta y adentrarnos en un cuerpo y luego salir sorprendidos como quien extravió el camino?

¿De qué nos sirve caminar por el centro para evitar el riesgo de la punta atravesando nuestras vísceras o del plomo certero que acude a nosotros como si fuéramos imanes?

¿De nada sirve todo eso! Caeremos una noche, ebrios de sangre y odio en estas calles, salpicados de locura, buscando inútilmente la dicha a espaldas del paraíso.

Zozobraremos con nuestros sueños intactos y quizás viajaremos en busca de la puerta en donde nos espera un castigo no muy claro por un pecado menos claro todavía.

Nuestras miradas de porcelana quedarán abiertas a la noche sin miedo, a la noche eterna, callejera y sin esperanza. ¡Yaceremos, reventados pero alucinados! Un rayito de luz intentará acomodarse en nuestra pupila, mientras la última sonrisa se nos cuajará como sonrisa de hiena.

## Los nuevos tiempos

Los muchachos deambulan por estas calles de extravío. Van de taberna en taberna, de tarde en tarde vendiendo sus tristes cuerpos bajo esta luna ciudadana y se hacen añicos sin tener a qué aferrarse. Como ellos, todos

estamos, al fin, sumergidos en este gigantesco equívoco y marchamos porque sí, hacia no sabemos dónde y no nos queda otro remedio que buscar un cuerpo sin importar si el amor existe.

Ya la brújula está rota y no hay forma de retroceso. La izquierda y la derecha son caminos agotados. Un gigantesco circo. Todos bajo la misma carpa. ¡Por fin un solo camino! Una sola voz: el gemido de todos.

¡A dentelladas vivimos!, ¡A dentelladas amamos!

¡Préstame tu cuerpo!, ¡Alquíllame tus carnes! ¡Qué importa? ¡Nada quedará! ¡Qué esperas? ¡No hay redención! ¡Ya estábamos signados: vivir en un siglo que acaba de nacer y ya empieza a agonizar!

## Metamorfosis

Del fuego esperé la luz, pero me abrasó, luego me dejó en cenizas.

Fue una dolorosa jugada. Una trampa: el perfil nocturno de tu grácil cuerpo entró en la grieta de mi sueño con la esperanza de hallar reposo. Pero se fue hundiendo entre mis pliegues y, al despertar, tenías para ti todo el lado del sosiego. En el reverso un sátiro enjaulado se negaba a dormir. Arrodillado, me consumía el deseo y miraba tu cuerpo imposible, como un altar lejano que invitaba a profanarlo.

Si el gusto incierto de la culpa roe, ¿en dónde está entonces el rostro de la luz?

Condenado al desencanto, prefiero acariciar la angustia y dejarme tentar por las curvas de la soledad. ¡Sin salvación posible, quiero buscar el fuego de mi cuerpo y estrujar mis ansias hasta quemarme vivo!

## Extravío

Me acompaña siempre la certeza de que mañana caeremos en un hueco oscuro de este universo que muere y renace a cada instante, y que no queda desierto y solitario porque lo renueva la germinación constante de nuestra angustia.

Pero, mientras tanto, agarro tu miedo y tu soledad y hago un nudo en mi cintura para que nos extraviemos juntos en estas miles de galaxias. En este vertiginoso movimiento de oscuridad, luz y policromía que, como en una celebración eterna, estalla en soles, lunas y planetas.

## Frente al espejo

¡Cuánto le temí a tu ausencia! Pero la soledad puso un punto a la esperanza. Allí cambió su nombre para empezar el retorno, el camino inverso: el borrado de tus huellas.

Ahora estoy aquí, inventariando todo y tratando, no sin esfuerzo, de entender por qué nos aferramos con tanta terquedad, si nos basta decir el *otro* para estar frente a un extraño que llegó por lo mejor de la vendimia, y nos basta decir *yo* para estar frente a ese desconocido, que ha esperado lo mejor pero siempre le pedimos plazo.

## Condenados

Eras una espiral. Hacia lo alto, es cierto, pero a la vez un vertiginoso deslizamiento en tu oleosa naturaleza te impulsaba hacia atrás, hasta el infinito de tus deseos. Y un deseo estirado al rojo vivo toca la desesperanza, se remonta a la génesis de la duda para quedar flotando, suspendido en el eterno y oscuro sitio del sueño.

¿Te das cuenta? ¡No hay futuro! Vivimos engarzados en el presente sin memoria. Nos hemos convertido, sin quererlo, en Caínes errabundos, ¡condenados y marcados, como reses!

## Redención

¡Ven! Toma las ruinas de este cuerpo irredento.

Construye sobre esta gris angustia. Sobre lo que resta del maridaje entre el miedo y el placer. Sobre lo que resta de mí, necrófilo y coprófago, zoófilo y mefistofélico; danzarán lujurioso y provocador. Implorador camuflado del prístino perdón. Buscador de la inalcanzable sonrisa.

No me ofrezcas tu amor con lastimera piedad.

Alista lo peor de ti, la amarga pócima para el vencido, el filo del rencor acumulado. Hay un áspid anudado a tu cintura. Ponlo en mi yugular palpitante mientras duermo. Tú, que conociste la espera y el olvido, tienes en tus manos las ruinas de este cíclope vencido en la última cópula con la vida.

## Noria

¿Qué quedaría de ti sin el ultraje? ¿Sin la posibilidad de la destrucción?  
¿A dónde irías sin el torcido empuje que te anima? ¿Sin el odio liberado gota a gota en cada noche?

Sobre tu piel mi sangre, bajo la sangre mi herida, la que te embriaga, la que da fe de tu existencia.

Repetimos hoy, como dos cuerpos inevitables, el choque de la desnudez riesgosa, el ritual del grito y la agresión, del recóndito egoísmo disfrazado, para repetir mañana, entre sangre y lágrimas, el ruego y la despedida.

## ¿Para qué?

Ya el tiempo no es el mismo, fracasa todo intento de presagio.

No es posible esperar la lluvia en mayo, en el corazón del hombre se instaló el invierno.

La transparencia del agua y del aire se ha perdido. Es imposible distinguir la niebla.

Los pájaros han perdido la gracia natural del trino y algunos caen reventados en medio de estas calles.

La abeja fue engañada y el níveo espíritu de la leche profanado. Ante la naranja sin semilla perdimos la costumbre de azahares.

Bebemos la cicuta en cada jugo, los frutos son flores masacradas.

Ha sido encajonado el río para alumbrar la miseria sin pan y sin pescado.

Ha sido derribado el árbol y no para hacer guitarras.

Juntos, hombre y árbol regresan a la tierra.

¿Para qué lunas, martes y mercurios si el hombre tierra?

¿Para qué jueves, viernes, sábados si el hombre domingos de tristeza?

## Recuerdo

Ayer, mientras limpiaba el polvo, entre mis libros encontré una ajada flor que tenía el aspecto de una mariposa atrapada en aquel poema que hablaba de lo efímero. No pude precisar cuánto tiempo habría pasado. Sus bordes

desgastados reposaban ahora sobre el papel ligeramente manchado de azul. La tomé con cuidado, a pesar de ello, un pétalo se rompió. Sonreí, mas no pude evitar la espina que me extrajo varias gotas para el misterioso cáliz que nunca se llena.



# TALLERES VIRTUALES





# CUENTO



NATALIA GARCÍA MORA

# EL CUADERNO VERDE



Nunca imaginé que morirse saliera tan caro. Fue una de las notas resaltadas en el cuaderno verde de Eugenia. Meses atrás, cuando inició esta etapa de su plan, comenzaron las visitas a la funeraria. Cotizó varios hasta llegar al ataúd más barato. No le importó escoger el de segunda mano. Lo palpó, y con un par de preguntas se cercioró de la resistencia de la madera. Tenía el tamaño justo. Por supuesto, Eugenia con antelación había ceñido el metro a sus carnes, teniendo en cuenta el generoso margen de hinchazón que le provocaría la enfermedad. Pensó en llevarse el féretro a la casa, ponerlo en medio de la sala y familiarizarse con él. Pero al calcular los costos del transporte, prefirió confiar en que la encajonarían en el elegido.

El cuaderno verde iniciaba con las contundentes palabras para ella misma: la reconfirmación de su decisión y, las páginas siguientes, dirigidas a su hermano, especificaban cada una de las acciones del plan mortuario y sus detalladas instrucciones. La última parte del cuaderno estaba llena de memorias reacias a ser borradas y de las frases solteras merecedoras de la posteridad. Para escribir prefería las cafeterías. Pedía un tinto oscuro y encendía un cigarrillo. Tardaba horas sentada. El espacio del cuaderno verde se reducía. Mientras escribía se escuchaban sus carcajadas. Cuando lloraba, tampoco disimulaba. Su única preocupación, no mojar las hojas.

Fue en la tercera cita a la funeraria cuando Eugenia ultimó los detalles y quedó satisfecha con la lista. Pagó poniendo un billete sobre otro, y completó con las monedas guardadas en una bolsita de tela. El servicio cubría la preparación del cuerpo. Logró un descuento por lo del maquillaje. Si nunca usó rímel y lápiz labial, se imaginaba ridícula pintarrajeada en esa circunstancia. No habría velación. Odiaba el aspecto y el olor de los arreglos florales. Un alivio, pues allí también logró una buena rebaja. No fue necesario alquilar minivan, la carroza de traslado sería suficiente para ella y su hermano. La cinta morada con el nombre en letras doradas. De manera



pausada, aclaró la importancia de omitir su segundo nombre de pila, ese María nunca le perteneció. No habría ceremonia religiosa. La cremación, y la urna para la entrega de las cenizas a su hermano.

La compra del vestido fue un trámite sencillo. —El negro estampado con flores blancas le queda divino, además le resalta el busto y le marca la cintura; y esos zapatos rojos que trae le combinan de maravilla —le insistió la vendedora. Eugenia sonrió exprimiendo sus arrugas, y no porque se hubiese conmovido con el clásico discurso de venta, sino porque se daba cuenta de que también la vanidad va muriendo.

Agobiada por los dolores, anhelaba dejar ese cuerpo cansado. Apretar el vientre no tenía ningún resultado al tratar de detener eso que le carcomía las entrañas. Se sentía una masa con órganos inservibles a la que le costaba caminar, pero apropiada de su coraje no permitiría que el padecimiento terminara de adueñarse de ella.

Eugenia, en la sala de su apartamento, se sienta en el sofá. Pone el cuaderno verde sobre sus piernas. Sonríe al ver cada uno de los objetos a su alrededor, el barco de madera sobre la mesa, la manta tejida que la cubre, el rancio papel de colgadura y las fotografías. Las fotografías. Su vida resumida en relatos estáticos.

Suelta una gran bocanada de humo y apaga el cigarrillo contra el cenicero. Toma el vaso con el líquido blancuzco y pasa el amargo sabor con un trozo de chocolatina. Las manos abrazan el cuaderno verde. La cortina ondea, cae en cuenta de la ventana. Lo único que le faltó por cerrar.



# CRÓNICA



Laura Iveth García Parra

# TRAS LAS HUELLAS DE SANTA INÉS



*Un sábado del mes de febrero del año 2001, mi madre y yo nos perdimos en nuestro primer viaje al Centro de Bogotá. Nos habíamos trasladado desde la ciudad de Duitama y tan solo llevábamos un mes viviendo en la capital.*

*En aquel tiempo el viejo San Victorino había desaparecido —con sus característicos puestos ambulantes hechos de madera, pliegos de plástico negro y sus callejones de barro—, para dar paso a la plaza de la Mariposa. Esta situación nos llevó a confundir la parada del bus y, con ello, a caminar sin rumbo fijo por los alrededores de la Iglesia del Voto Nacional, con el miedo latente de terminar en la peligrosa calle de El Cartucho.*

*Aquella mañana, una anciana con sus ropas desgastadas y su lento caminar nos dio la respuesta que por muchos años permaneció en mi memoria al preguntarle dónde estábamos.*

*—En Santa Inés, pero qué va a saber usted... Los jóvenes de hoy rara vez comprenden dónde están parados.*

*Continuó con su marcha, sin decirnos por dónde debíamos ir y con el sinsabor de no entender a qué se refería con el nombre de Santa Inés.*

## El cartucho tenía una iglesia

La calle de El cartucho, conocida por sus actividades delincuenciales y el consumo de sustancias psicoactivas, recibe su nombre por los cartuchos blancos que solían cultivarse a inicios de siglo, en un parque en el que confluían los ríos San Francisco y San Agustín, en el tradicional barrio de Santa Inés, cuyo nombre algunos han olvidado.

Este pedacito de la localidad de Santa Fe se encuentra ubicado entre las calles sexta y doce y las carreras décima y Caracas, a unas cuantas cuadras de la Plaza de Bolívar; en el que aún subsisten algunas edificaciones antiguas junto con otras construcciones recientes en las que se ubican distintos locales dedicados al mercado mayorista.

La existencia del barrio se encuentra documentada desde el año 1772 en los mapas de la ciudad, aunque las primeras construcciones datan de tiempos más antiguos; como es el caso de la iglesia y convento de Santa Inés que se ubicaba entre la carrera décima y la calle décima.

El templo y la casa de la comunidad fueron construidos alrededor de 1640, por orden del alférez mayor de Santa Fe, Juan Clemente de Chávez, para las religiosas de la segunda orden Dominicana, cuyo nombre fue dado en honor de Santa Inés de Montepulciano, religiosa italiana que desde la temprana edad de nueve años ingresó al servicio de Dios.

## Santa Inés en la memoria de la Bogotá de antaño

*A la comunidad de Santa Inés en Santa Fe parece que le cayó la “gettatura” desde que el diablo en persona, vestido de verde, como se contaba en la época de don José Celestino Mutis, raptó a una novicia. Elisa Mújica, La Candelaria, 1974.*

En la Bogotá de finales del siglo XVIII y hasta la destrucción de la iglesia en 1957, era habitual que al referirse al convento también se hablara del diablo verde, un episodio documentado por Carlos Cuervo Márquez, que ha llegado hasta nuestros días gracias a la recopilación de las crónicas de Bogotá, publicada en 1913 por Pedro M. Ibáñez.

La historia cuenta que en el año de 1789 entró como novicia al convento doña María Josefa Camero, con apenas dieciséis años; poseedora de una de las fortunas más grandes de la sabana; huérfana de padre y madre, al parecer, llegó siguiendo el consejo de su tutor, a pesar de no tener vocación religiosa.

Se dice que antes de entrar al convento, María Josefa había conocido en una fiesta nocturna a un apuesto español, capitán de guardias, don Antonio de Aguirre, quien servía a la guardia del virrey Ezpeleta; de aquel encuentro había nacido una pasión poderosa entre los jóvenes.

---

3 Mal de ojo.

En los dos años que siguieron, el capitán Aguirre, con la convicción de impedir la toma definitiva de los hábitos, pidió la intercesión del virrey y la autoridad civil ante el gobernador del Arzobispado. La virreina intervino en la víspera de la profesión, al solicitar que la celebración previa al juramento se llevara a cabo en el palacio, pero todo esfuerzo fue en vano.

Hasta que un día antes del juramento, a eso de las cinco de la tarde, las calles de los alrededores del convento se vieron invadidas por un tropel de gente armada —la compañía de Guardias del virrey comandada por el capitán Aguirre—, que procedió a rodear el monasterio bajo la amenaza de un formal ataque, ordenado por el virrey, si no era liberada la novicia.

En efecto, la joven fue entregada por la madre superiora al capitán Aguirre, vestido con su uniforme verde, sombrero y espada, como si de un demonio se tratase al perturbar la paz del recinto religioso.

Aparte de este relato, en la literatura no se encuentran otras narraciones acerca de la vida de la comunidad, de hecho, el convento sufrió la exclaustración de las religiosas bajo el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera en 1861; suceso consignado en el archivo dominicano de Santa Inés.

## El sino trágico de Santa Inés

*Solíamos llegar de la estación del tren de la sabana a la zona del voto nacional y la plaza España, allí quedaban algunos hospedajes, el centro era una zona comercial donde se conseguía los mejores trajes de paño... Lastimosamente, con los años, el sector se dañó, las familias prestantes fueron abandonando y la memoria del barrio se perdió.* Nicasio García, ochenta años.

En el año 1945 se empezó hablar de la necesidad de mejorar el tránsito de la ciudad, siendo el arquitecto Alfredo Ardila el encargado de la planeación de lo que hoy se conoce como la carrera décima. El proyecto incluía la eventual demolición de la iglesia de San Juan, el salón Olympia, el hotel Granada y el edificio de la antigua Escuela Militar de Cadetes. No obstante, hasta 1947 se inició la demolición de las antiguas casas para dar el ancho que requería la avenida.

Con la llegada del alcalde Fernando Mazuera y aprovechando que el centro de la ciudad había quedado prácticamente en ruinas —tras el incendio desatado en medio de los desórdenes del Bogotazo—; se dio por fin

vía libre a la reconstrucción y, con ello, la renovación de la arquitectura de la ciudad y la inevitable demolición del convento y la iglesia de Santa Inés.

Santa Inés, el templo que albergaba la tumba de arzobispos y varios tesoros artísticos, dejó de existir el 13 de febrero de 1957, en medio de explosiones, picos y palas. A pesar de la oposición de aquellos que estaban en contra de la destrucción del patrimonio, los padres redentoristas dieron su consentimiento, después de que se asegurara la construcción de un nuevo templo, la parroquia de San Alfonso, en un sector que hoy se conoce como el barrio La Soledad.

Con el tiempo las obras religiosas fueron trasladadas. El altar mayor, el techo poblado de rosetones de madera y varios arcos en piedra, se convertirían en testigos silenciosos de la pérdida de una joya colonial; los mismos que observan llegar en romería a cientos de feligreses, los catorce de cada mes, en busca de los favores del señor de los Milagros.

## El destino del sabio Mutis

*A Santa Inés le correspondió guardar durante 149 años los restos del mayor sabio que nos legara España, misión que se cumplió hasta su demolición en 1957 [...] siempre habrá que lamentar la destrucción de este templo —no un simple edificio sino toda una época—. Elisa Mújica, La Candelaria, 1974.*

La tumba en la que actualmente reposa José Celestino Mutis en la capilla de la Bordadita no fue el lugar que eligió para su descanso, en tanto que su lápida, en la que su epitafio reza “Digno de inmortal renombre como sacerdote de Dios, prez de la ciencia, director de la expedición botánica y maestro de los fundadores de la república”, permanece en la Academia Colombiana de Historia, desligada del hombre al que fue dedicada.

A inicios de 1957, los antropólogos Luis Duque Gómez y Guillermo Hernández de Alba fueron comisionados por la Academia Colombiana de Historia para realizar las excavaciones, clasificar las tumbas y organizar el traslado de los restos que se encontraban en Santa Inés.

Para cumplir esta tarea las tumbas fueron numeradas —ciento cuarenta y una en total—, siendo la número veintiuno la depositaria de los restos del Sabio Mutis. En este punto se encuentran dos historias acerca de cómo se identificó el cuerpo; en la reseña sobre la tumba, que realiza la Universidad del Rosario, se menciona que estos fueron reconocidos por sus pelo blanco amarillento y sus característicos zapatos de cuero con hebilla;

mientras que en el informe sobre las excavaciones de Duque y Hernández de Alba se habla de que en la tumba reposaba el cuerpo momificado, con prendas sacerdotales, dos medallas de plata con devoción y un rosario con cruz de oro.

Una vez se hizo la identificación plena de los restos osteológicos, estos fueron trasladados a la catedral primada y de ahí, a la capilla de la Bordadita de la Universidad del Rosario, donde en sus años como docente, el sabio impartió sus célebres clases de matemáticas.

El patrimonio histórico, religioso y cultural de Santa Inés desapareció con la demolición del templo; las pinturas y las reliquias fueron repartidas a la iglesia de San Alfonso, la Capuchina y museos religiosos; de hecho, el museo Santa Clara en el año 2011 recibió en comodato la colección de retratos de las monjas coronadas.

Los cimientos de la iglesia fueron cubiertos por el asfalto y su nombre reemplazado por El Cartucho, un nombre que con los años ocuparía los titulares de las crónicas rojas de la ciudad.

## Un barrio que se transforma

*Mientras los trabajadores de la Fase III de Transmilenio excavaban en la calle Décima con carrera Décima hallaron restos humanos. Encontraron un cráneo, algunos huesos pequeños y un fémur [...] Las autoridades dicen que estos restos podrían estar en ese lugar desde hace más de 50 años [...] El macabro hallazgo no descarta que en el lugar y zonas aledañas al mismo sector puedan encontrarse más restos óseos. El Espectador, 20 abril de 2009.*

Durante la construcción de la troncal de la carrera Décima se hallaron restos óseos en el barrio Santa Inés y la Hortúa y los rastros del antiguo puente del río San Agustín, una huella indeleble de la transformación de la ciudad a lo largo del siglo xx.

La continua migración del campo a la capital —en busca de nuevas oportunidades o huyendo de la guerra—, incrementó la población y modificó las condiciones socioeconómicas de los barrios tradicionales.

En el caso de Santa Inés, la clase alta, las entidades financieras y los almacenes de lujo se trasladaron al norte de la ciudad. El sector, cercano a la estación de la Sabana y las empresas de transporte, comenzó a poblarse de hoteles, bares, compraventas e inquilinatos, y con el tiempo se transformaría en el albergue de proxenetas, vendedores de drogas y personas sin hogar.

A finales de la década de los noventa, se iniciaron una serie de intervenciones para recuperar el espacio público y el patrimonio arquitectónico; se construyó el parque Tercer milenio, la troncal de transmilenio por la avenida Caracas y, se organizó el comercio de San Victorino, como una medida para disminuir la delincuencia.

Lo sucedido con Santa Inés es un reflejo de la dinámica cambiante de Bogotá, que solo busca el progreso y el bienestar de la población. Una ciudad que se construye a través del pensamiento de sus ciudadanos, que lucha por darle un significado y un sentido de pertenencia a aquellos que la habitan, paradójicamente, borrando parte de su memoria.





# POESÍA



GINA MILENA NORIEGA NARVÁEZ

# EN LA SOLEDAD DE MIS 40



He encontrado en las arrugas mi cruz  
en los dolores, mis curas,  
en mis quejidos, las explicaciones.

En los lamentos de mis 40  
he escuchado mis rencores  
y me he olvidado hasta de mí.

Mi única certeza es que he sido tan infeliz como mi valentía me permitió.  
Y que por arriesgarme  
me queda todo menos arrepentimientos.

En la soledad de mis 40,  
aprendí  
que cada vez que dije sí,  
fue un lamento menos para hoy.



# LOS AUTORES



## ADALGIZA CHARRIA QUINTE

Taller El Cuento de Contar · Cali

Cali, Valle del Cauca, 1960. Abogada y comunicadora social de la Universidad del Valle. Activista en la defensa de los derechos de las mujeres y la paz. Periodista y documentalista. Integrante de la Fundación Mujer, Arte y Vida - Mavi y de la productora de información de género - Infogénero. Coeditora de Agenda Mujer. Directora de programas de televisión. Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Premio India Catalina. Premio Alfonso Bonilla Aragón. Premio Claqueta de Cristal. Premio Acitra de España. Primer puesto Mujeres Doc de España. Ganadora del Gran Premio Ediciones Embalaje Museo Rayo -Encuentro de Mujeres Poetas.

## ÁLVARO DAVID SALAZAR

Taller Arauca Lee, Escribe y Cuenta · Arauca

Buga, Valle del Cauca, 1997. Estudió primaria en una escuela de la vereda Guacas del municipio de Guacarí, Valle. Desde pequeño mostró gran interés por la lectura y por la música. Viajó a Arauca para estudiar bachillerato y se graduó del Colegio General Santander en 2016. Actualmente estudia en la Universidad Nacional.

## ANA MARÍA ENCISO NOGUERA

Taller Distrital de Novela · Bogotá

Bogotá, Cundinamarca, 1991. Literata de la Pontificia Universidad Javeriana, máster en Estudios Comparados de Literatura, Arte y Pensamiento de la Universitat Pompeu Fabra, de Barcelona, y actualmente cursa la Maestría en Historia del Arte de la Universidad de los Andes. Participó en el Taller Distrital de Novela de Bogotá durante el primer semestre de 2018. Es la editora en jefe de la revista cultural *Artificio* ([www.revistaartificio.com](http://www.revistaartificio.com)), en la que ha publicado varias entrevistas y reseñas. Su primer poemario (*Silencio en flor*) fue publicado por Fallidos Editores en 2018. Ha publicado poemas en las revistas *Otro Páramo* (2016) y *Vallejo & Co* (2018).

## ANA MILENA DÍAZ HURTADO

Taller Voces en el Estero · Buenaventura

Buenaventura, Valle del Cauca, 1991. Maestra normalista, Cursa noveno semestre de Sociología en la Universidad del Pacífico. Líder comunitaria y juvenil afrofeminista. Desde 2017 hace parte del Taller Voces en el Estero.

## ANDREINA BARRIOS R.

Taller Raúl Gómez Jattin · Cereté

San Pelayo, Córdoba, 1994. Estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras de la Universidad de Córdoba, Montería. Certificada en actitud ocupacional y de conocimientos académicos en inglés. Integrante del Taller Raúl Gómez Jattin desde 2014, adscrito a RELATA. Fue publicada en la edición número 4 de la revista cultural *Juntalettras* en 2016.

## ANDRÉS PICO MONTIEL

Taller David Sánchez Juliao · Montería

Montería, Córdoba, 1998. Actualmente cursa cuarto semestre de Psicología. Hace parte del Taller Literario David Sánchez Juliao. Define escribir y crear como “una buena forma de llegar a lo más profundo de las personas, a hacerlos reflexionar sobre cosas que nunca suelen detenerse a pensar, ayuda a tocar una parte muy humana en ellos”.

## ANTONIO JOSÉ MACHUCA ORTIZ

RELATA Cúcuta · Cúcuta

Cúcuta, Norte de Santander, 1993. Finalizó sus estudios de Derecho en la Universidad Francisco de Paula Santander. Formó parte de la tertulia literaria “Y a otro con ese cuento”. Fue ponente en el VII Congreso Colombiano de Filosofía. Es miembro del taller de escritura creativa RELATA Cúcuta.

## ARMANDO PEÑA SARRIA

Taller Permanente de Formación Literaria · Popayán

Popayán, Cauca, 1963. Graduado en Derecho en la Universidad del Cauca. Ha publicado el libro de cuentos *El bardo errante* (Costa Rica, 2005). Otros cuentos suyos han sido publicados en *Antología del cuento latinoamericano* (Madrid, 1984) y en *cuadernos del caballo verde* (México, 2001). Actualmente pertenece al taller Relata del Banco de la República de Popayán.

## BETUEL BONILLA ROJAS

Taller José Eustasio Rivera · Huila

1969. Escritor y docente universitario. Magíster en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira, especialista en Docencia Universitaria de la Universidad de Ibagué y licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Surcolombiana. Premio Nacional de Cuento RELATA, Ministerio de Cultura, categoría Mejor Director (2018). Premio Nacional de Libro de Cuentos, Universidad Industrial de Santander (2013). Finalista del Concurso Internacional de Cuento Hucha de Oro (España, 2001 y 2004) y del Concurso Internacional de Minicuento “El dinosaurio” (La Habana, Cuba, 2007). Finalista del Concurso Nacional La Cueva (2013). Autor de los libros de cuentos *Pasajeros de la memoria* (2001), *La ciudad en ruinas* (2004), *Las maneras de volver* (2014) y *Siempre somos algo culpables* (2018), y de los libros de ensayo *El arte del cuento* (2009) y *El arte del cuento, edición ampliada* (2016). Antologador y prologuista para Colombia del libro *Culpa compartida: Antología del cuento colombo-panameño* (Fuga Libros, 2017). Incluido en los libros *La Cueva por Colombia VI* (2016), *Jaguar de luz y águila de fuego y otros relatos* (2015), *El pitazo final y otros relatos* (2014), *Dos veces breve: Antología de minicuento colombo-mexicano* (2014), *AbraKadáber y otros cuentos* (2014) y *Antología ganadores RELATA* (2009) y en antologías de España, Argentina y Cuba. Escritor visitante del Ministerio de Cultura.

## CARLOS ALBERTO ZEA MORENO

Taller Distrital de Novela Ciudad de Bogotá· Bogotá  
Bogotá, Cundinamarca, 1971. Licenciado en Lengua Castellana por la Universidad del Tolima, Idead Bogotá. Es integrante de la Fábrica Industria Creativa, proyecto editorial, fruto del taller de cuento de IDARTES, en el CREA de la localidad de Los Mártires, que se consolidó en el proyecto transmedia *Universo Bronx*, expandido a través de dos cortometrajes y dos libros de cuentos. Ha participado en los diferentes talleres distritales de escritura creativa y en el taller de escritores de la Universidad Central. En la actualidad avanza en la escritura de una novela esbozada y trabajada en el taller de novela de IDARTES, dirigido por el maestro Óscar Godoy.

## CARLOS SCHORTBORGH

Grupo Literario Manuel Zapata Olivella · Montería  
Montería, Córdoba, 1993. Ingeniero ambiental egresado de la Universidad de Córdoba y miembro del Grupo Literario Manuel Zapata Olivella desde 2015.

## CARLOS YESID LIZARAZO

RELATA Guajira · La Guajira  
Rionegro, Santander, 1972. Es comunicador social de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, UNAD. Candidato a magíster en Comunicación para el Desarrollo y el Cambio Social de UNIMINUTO. Gestor cultural. Activista ambiental y jugador de fútbol. Ha publicado escritos en revistas locales. Su vida laboral ha estado ligada a los sectores cultural y ambiental de La Guajira, desde diferentes perspectivas. En la actualidad es miembro del Taller RELATA Guajira, de ACORD Colombia y de la corporación PRESERVAR, entidad con la que desarrolla actividades laborales y socioambientales en beneficio de las comunidades de La Guajira.

## CAROLINA SÁNCHEZ

Taller de Poesía Ciudad de Bogotá, Los Impresentables · Cundinamarca  
Bogotá, Cundinamarca, 1991. Filósofa y magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Editora y fundadora de la editorial colombiana independiente El lobo está en el bosque. Ha publicado textos literarios en revistas colombianas como *Corónica* y *Matera*. Ha publicado ensayos sobre el posconflicto colombiano, desde una perspectiva filosófica, e investiga sobre los silencios, los secretos y el duelo de la guerra en una selección de novelas colombianas.

## CECILIA URRUTIA ZORRO

Taller Bucaramanga Lee, Escribe y Cuenta · Bucaramanga  
Tunja, Boyacá, 1959. Santandereana por adopción; madre de tres hijos y abuela de seis nietos. Especialista en Planeación para la Educación Ambiental, en Docencia

Universitaria y en Tecnología de Laboratorio, Universidad Santo Tomás de Aquino, Seccional Bucaramanga. Tecnóloga en Recursos Ambientales de las Unidades Tecnológicas de Santander. Gestora Cultural - Interamericana, Bucaramanga. Profesional de campo y coordinación empresarial orientada a desarrollar y coordinar procesos de formación académica, laboral y de calidad de vida. Gestora cultural, poeta, jurado calificador y presentadora en eventos culturales literarios. Asociada a Corporación Casa de los Poetas de Santander, Poetas del Mundo, Debut Lírico y Movimiento Artístico Cultural de Santander, entre otros. Coordinadora de proyectos de carácter social comunitario y ambiental.

## CÉSAR MORA MOREO

Taller Caminantes Creativos · Barranquilla  
Barranquilla, Atlántico, 1995. Finalizó estudios de Comunicación Social y Periodismo en la Universidad del Norte de Barranquilla. Sus crónicas y cuentos han sido publicados en antologías de Colombia, diarios nacionales como *El Espectador*, la revista *Latitud* de *El Heraldo* y revistas internacionales como *Aurora Boreal*.

Su cuento “Mascarada” hizo parte de la antología *Mientras haya cuentos* (Sílabo) del Taller Literario José Félix Fuenmayor de Barranquilla, libro ganador de la beca a la edición de antologías de talleres literarios del Ministerio de Cultura en 2013, y su novela *Siempre nos quedará Bogotá* fue finalista del V Premio Nacional de Novela Corta organizado por la Universidad Javeriana en 2018.

## DANIELA BUENDÍA SILVA

Taller Distrital de Crónica · Bogotá  
Bogotá, Cundinamarca, 1989. Politóloga con énfasis en Resolución de Conflictos e Investigación para la Paz de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Maestra en Población y Desarrollo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México. Actualmente se desempeña en el área de derechos humanos y protección a líderes sociales en Colombia, y es cronista y melómana por convicción. Ganadora del Concurso de Periodismo y Crítica para las Artes del Programa de Estímulos del Instituto Distrital de Artes IDARTES y Centro de Estudios de Periodismo CEPER de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad de Los Andes, del cual sale la publicación de la crónica “Pilar y el nómada” en *Bogotá cuenta las artes*, vol. II (2013).

## DEIVER JUEZ CORREA

Taller Cuento y Crónica Cartagena · Cartagena  
Cartagena, Bolívar, 1997. Estudiante del programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Miembro activo del taller de escritura Cuento y Crónica. Ganador del XI Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación (2017). Editor de la revista estudiantil *Espejo* y director del club de lectura Luvina, grupo adscrito a la sección cultural de bienestar universitario de la Universidad de Cartagena, en el que trabaja animación y promoción de lectura.

## DIANA VERÓNICA MÉNDEZ SÁNCHEZ

Taller José Manuel Arango, RELATA Valledupar · Valledupar  
 El Copey, Cesar, 1985. Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe de la Universidad del Atlántico. Licenciada en Lengua Castellana e Inglés de la Universidad Popular del Cesar. Docente de literatura. Cuentos suyos han sido publicados en *Vuelo de palabras* (antología Taller José Manuel Arango RELATA Valledupar, 2016), *Antología RELATA* (2015), *Tejido de viento* (antología de poetas y narradores, 2010), *Viaje a la memoria* (2009) y *Este verde país* (RENATA, cuaderno 2, 2008).

## ESTEFANÍA ANGUEYRA

Taller Distrital de Poesía · Bogotá  
 Bogotá, Cundinamarca, 1992. Literata y traductora. Actualmente cursa la maestría de Escrituras Creativas en Español de NYU. Algunas muestras de su trabajo aparecen publicadas en revistas como *El Malpensante*, *La Raíz Invertida*, *Círculo de Poesía* y *La Caída*. También es editora de la plataforma literaria *Liberoamérica*.

## FABIO CIRO

Taller de Poesía MECA · Medellín  
 Palmira, Valle del Cauca, 1985. Realizó estudios en pedagogía en la enseñanza del inglés en el Embassy Institute. Ha participado en diferentes seminarios organizados por el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Perteneció al taller literario de la Biblioteca Pública Piloto (BPP) y actualmente pertenece al Taller de Poesía MECA, coordinado por el poeta Raúl Henao. Su poesía ha sido publicada en antologías como *Genealogía de los susurros* (2013), *Burla y fervor* (antología poética del Taller MECA, beca del Programa de Estímulos del Ministerio de Cultura, 2015) y en la revista *Mefisto* de Pereira. Trabaja en el sector de alojamiento turístico de la ciudad de Medellín.

## FABIÁN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Taller Universitario de Poesía Ulrika · Bogotá  
 Bogotá, Cundinamarca, 1993. Licenciado en Humanidades con énfasis en Español e Inglés de la Universidad Pedagógica Nacional. Profesor de literatura y lengua castellana. Perteneció al grupo representativo institucional de poesía Ulrika, dirigido por el poeta Rafael del Castillo. Ha participado de los talleres locales de escritura creativa Ciudad de Bogotá y en el Taller Distrital de Poesía. Hace parte del comité editorial del periódico de poesía *Aldabón*; colaborador del Festival Internacional de Poesía de Bogotá y de las Jornadas Universitarias de Poesía organizadas por Corpoulrika. Ha publicado en diferentes revistas y suplementos culturales universitarios como *Ulrika*, *Raíz invertida*, *Aldabón*, *Vitalogía*, entre otros.



## FÉLIX MAURICIO MOLINA LEGUIZAMO

Taller Manuel María Aya Díaz · Cundinamarca

Bogotá, Cundinamarca, 1971. Vive en Fusagasugá, en donde se desempeña como formador del Programa de Escritura Creativa de la Secretaría de Cultura. Dirige el taller Manuel María Aya Díaz, que funciona en la Biblioteca Pública Municipal. Es tecnólogo en Gestión Documental. Ha publicado la novela *Un héroe cualquiera*. Compilador de la antología de cuento y poesía *Juntos contamos a Fusagasugá* que publicó la administración municipal en 2017. Ha recibido los siguientes reconocimientos: mención de honor en el concurso de RELATA (2016) con el cuento “Remordimiento”; ganador de la convocatoria en la antología de cuento y poesía del IDECUT, Cundinamarca Cuenta, con el cuento “Simplemente, Mío” (2017); primer lugar en el Encuentro Cultural de la Regional Cundinamarca del SENA (2018), en la categoría de escritor con el ensayo literario “Las fronteras invisibles del ser humano”.

## GILMA CASTAÑEDA

Taller Voces del Majuy · Cota

Bogotá, Cundinamarca, 1952. Maestra jubilada. Ocupó gran parte de su vida en la formación de niños y jóvenes del municipio de Cota. Formó personas con espíritu crítico frente a las injusticias que le tocó ver y vivir. Actualmente está dedicada a escribir cuentos y avanza en su primera novela.

## GINA MILENA NORIEGA NARVÁEZ

Taller virtual

Santa Marta, Magdalena. Estudiante de décimo semestre de Derecho en la Universidad del Magdalena. Escribe a tiempo completo acerca de todo, y para la poesía creó su propio blog bajo el seudónimo de Luna Traslúcida. Ha participado con sus escritos en artículos científicos, artículos de opinión en periódicos locales y distintos eventos de investigación; esta es su primera publicación dentro de una antología poética.

## GLORIA AMPARO TOVAR BECERRA

Taller David Sánchez Juliao · Montería

Sincelejo, Sucre, 1996. Vive en Montería, Córdoba. Cursa décimo semestre de Ingeniería Sanitaria y Ambiental en la Universidad Pontificia Bolivariana. Hace parte del Taller Literario David Sánchez Juliao - UPB - RELATA.

## GONZALO PATIÑO BOLAÑOS

Taller Écheme el cuento · Cali

Cali, Valle del Cauca, 1965. Estudió Ingeniería Industrial en la Universidad del Valle, tiene especialización en Docencia para la Educación Superior en la Universidad Santiago de Cali y está terminando la especialización en Gerencia de Proyectos. Vive en

Calí. Trabajó en Manuelita y en Carvajal, entre otras empresas vallecaucanas. Es docente universitario e instructor técnico del SENA. Ha participado y ganado en dos convocatorias de cuentos en la Institución Universitaria Antonio José Camacho, la primera con “Mi primer día de clase”, publicado en *Memorias literarias* (2012) y la segunda con “Mi cómplice”, publicado en *Convocatoria literaria* (2015). En el 2018 escribió este cuento durante el divertido y exigente taller *Écheme el Cuento* del programa RELATA.

## GUILLERMO PEINADO OSPINO

Taller Literario José Félix Fuenmayor · Barranquilla  
Barranquilla, Atlántico, 1968. Psicólogo, químico farmacéutico, con una maestría en Educación. Actualmente es doctorante y trabaja en una institución educativa pública de la ciudad de Barranquilla. Vinculado al Taller Literario José Félix Fuenmayor desde el año 2016; ha escrito varios cuentos y poemas.

## HENRY ALEXÁNDER GÓMEZ RÍOS

Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá · Bogotá  
Bogotá, Cundinamarca, 1982. Magíster en Creación Literaria de la Universidad Central y licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Es director del Festival de Literatura “Ojo en la tinta”. Ha recibido diferentes distinciones, entre ellas, el Premio Nacional de Poesía Universidad Externado de Colombia, el Premio Nacional Casa de Poesía Silva y el Premio Internacional de Poesía José Verón Gormaz de España por el libro *Tratado del alba* (2016). Otros libros publicados: *Memorial del árbol* (2013), Segundo Premio Nacional de Poesía Obra Inédita; *Diabolus in música* (2014), Premio Nacional de Poesía Ciro Mendía; *Georg Trakl en el ocaso* (2018); *La noche apenas respiraba* (2018), mención honorífica en el Certamen Internacional de Literatura Sor Juan Inés de la Cruz; y las antologías *Teoría de la gravedad* (2014) y *El humo de la noche rodea mi casa* (2017), Colección “Un libro por centavos” de la Universidad Externado de Colombia. Sus poemas han aparecido en diferentes antologías y revistas de Colombia y el exterior. Es cofundador y editor de la revista latinoamericana de poesía *La Raíz Invertida* y docente del pregrado en Creación Literaria de la Universidad Central.

## JEIMY XIOMARA OCHOA BERNAL

Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá · Cundinamarca  
Bogotá, Cundinamarca, 1996. Estudiante de último año de la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ganadora del segundo puesto en el XVII Concurso Literario Escritores Autónomos de Calí (2017) y ganadora del segundo puesto en el concurso RELATA (2018), modalidad poesía, con la serie de poemas “Cáncer”. Participó en los talleres de creación literaria de la localidad Rafael Uribe Uribe (2016) y de creación poética de la Casa de Poesía Silva (2017), auspiciados por la gerencia de Literatura de IDARTES. Asistió al primer Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá, “Desde la luz preguntan por nosotros” (2018).

## JENNY CEPEDA FUENTES

Taller Fernando Soto Aparicio (FERSOAP) · Jericó

Vereda La Estancia, Jericó, Boyacá, 2003. Los primeros tres años de primaria los cursó en la vereda La Ovejera, la otra parte de la primera la cursó en la Escuela Kennedy. Actualmente cursa grado noveno en el Colegio López Quevedo. Hace parte de la banda sinfónica del municipio de Jericó y practica el balonmano.

## JESSICA YULIANA SÁNCHEZ GARZÓN

Taller Permanente de Dramaturgia · Manizales

Estudia en la Universidad de Caldas. Prácticamente vive en dos partes: Manizales, porque ha decidido estudiar allí, y Puerto Loco, como ella le llamaba al pueblito que tanto solía odiar, y al que ahora anhela ver cada que llegan las vacaciones. En este pueblo conoció uno de sus grandes amores: la improvisación teatral. Originaria de la ciudad de Bogotá, aunque físicamente podría pertenecer a cualquier región del país, o incluso, a cualquier lugar del mundo. En la revista *El Cartel Urbano* publicó un texto narrativo titulado “Vesania”.

## JULIÁN ZÚÑIGA UPEGUI

Taller Pluma Encendida · Envigado

Ibagué, Tolima, 1984. Autodidacta de la angeología y las ruedas energéticas. Tiene interés por las lenguas extranjeras. Toca guitarra en sus tiempos libres. En 2017 inició su andadura escritural en el taller RELATA Liberatura, para más tarde ingresar al Taller Pluma Encendida de Envigado. A diferencia de su relato, alguna vez conoció a Hansel y a su hermana, y aunque intentó, no pudo comerse a esta última.

## JULIO CÉSAR TORRES MERIDIETA

Taller Maniguaje · Florencia

Florencia, Caquetá, primera mitad de los ochenta. Las dificultades de su vida se deben, en gran parte, a “causales de la desgracia” mientras era miembro de las Fuerzas Armadas, que afectaron de manera importante su capacidad auditiva; hoy es pensionado del Ejército. Pese a esas dificultades auditivas se graduó como licenciado en Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de la Amazonia, en 2015. Es uno de los integrantes más antiguos del Taller Maniguaje, al cual se refiere como “una manera de alejar los demonios que la incertidumbre de la vida le envía para acosarlo”.

## LAURA IVETH GARCÍA PARRA

Taller virtual

Duitama, Boyacá, 1984. Graduada de medicina y economía. Cuando no está trabajando se dedica a la lectura del género histórico y a dar sus primeros pasos como escritora. En el año 2001 trasladó su residencia a la capital para llevar a cabo sus estudios universitarios.

Al recorrer las calles de la ciudad se encontró con el inevitable contraste entre el presente y el pasado, representado en sus construcciones; esta experiencia la motivó a investigar acerca de la memoria de la ciudad y a plasmar en sus escritos la Bogotá de antaño, con sus costumbres y vivencias.

## LEIDY JOHANNA VALENCIA ARANA

Taller Nautilus · Tuluá

Tuluá, Valle del Cauca, 1991. Licenciada en Educación Básica con énfasis en Lenguas Extranjeras de la UCEVA; se desempeña como docente de inglés en el sector oficial en Tuluá. Participa en el taller de escritura Nautilus de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa RELATA desde hace un par de años y en el taller de escritura creativa Comfandi, realizado el año pasado, bajo la guía del escritor Walter Mondragón. También participó del taller de escritura Recontándonos - Tuluá en el año 2013.

## LINDA MARCELA CHITO CARMONA

Taller de Escritura Amílkar U · Santa Rosa de Cabal

Pereira, Risaralda, 2002. Actualmente cursa el grado décimo en el Colegio Laboure. Participó durante cuatro años en un proceso de formación en música en la Casa de la Cultura de su ciudad. Ha participado en tertulias literarias, en eventos de su institución educativa y en el encuentro “Nadaísmo en todas partes”; además, ha publicado algunos de sus poemas en el periódico *El Faro*. Actualmente es integrante del taller de escritura creativa Amílkar U.

## LUCAS HERRERA LEIVA

Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá · Cundinamarca

Bogotá, Cundinamarca, 1993. Estudiante de último año de Medicina en la Universidad Nacional de Colombia. Asistió al primer Taller Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá “Desde la luz preguntan por nosotros” en 2018. Hizo parte de la colección narrativa *Bogotá cuenta* (2014) y de la publicación independiente del colectivo Errante Insaciable, *Escrituras insaciables II* (2013). Recibió mención de honor en el II Concurso Nacional Universitario de Microrrelato EAFIT (2017). Escribe para el blog de la revista universitaria *Ciudad Blanca*.

## LUIS ALBERTO MURGAS GUERRA

Taller José Manuel Arango, RELATA Valledupar · Cesar

San Diego, Cesar. Profesor de Literatura en la Universidad Popular del Cesar. Coordinador del Taller José Manuel Arango, RELATA Valledupar. Director de Taller Libertad Bajo Palabra en el Establecimiento Penitenciario de Valledupar. En 1991 publicó el poemario *Errancia del agua*. Ha ganado en dos ocasiones (1989 y 1992) el Concurso Departamental de Literatura, categoría poesía. El libro *Hojas de hajo* mereció una beca en la Convocatoria Regional, costa Caribe, Colcultura. En 2008 ganó el Concurso Nacional de Poesía

Gustavo Ibarra Merlano, y en 2009, el II Concurso Regional de Minicuentos Zona Caribe, Montería. Ganador del concurso de piezas literarias de apoyo a mejores textos en talleres de la Red de Escritura Creativa RELATA 2014, con la propuesta poética “Epifanía de la luz”.

## LUIS ALBERTO PACHECO

Tertulia Literaria y Cultural Pisisí Lee · Turbo

Turbo, Antioquia, 1964. Estudió el bachillerato en un instituto colombo-venezolano y pregrado en pedagogía infantil en UNIMINUTO. Ha participado en talleres de escritura en la Tertulia Literaria y Cultural Pisisí Lee y tiene dos poemarios inéditos. También se dedica a la pintura.

## LUIS CARLOS MANTILLA ESPINOSA

RELATA UIS · Bucaramanga

Aunque nació en Bogotá el 22 de Febrero de 1980, fue registrado casi dos años después en Bucaramanga y ha vivido allí desde entonces. Es, por tanto, legal y afinmente bumangués. Ingeniero electrónico de la Universidad Industrial de Santander, especialista en Administración de la Informática Educativa y magíster en Gestión de la Tecnología Educativa de la Universidad de Santander. Ha dedicado su vida laboral a la enseñanza de la informática y las matemáticas. Aspirante a escritor; ha publicado los cuentos “El Todopoderoso”, “Séptima toma” y “La historia jamás contada de Asdrúbal Mariol” en *El desamparo y la compañía. Antología Relata UIS 2015*; “Excrecencias” en la revista digital mexicana *La Sirena Varada* (2017), y “Tácito - Humano - Pelele” en la antología *Penalti* del Concurso de Relato Corto San Fernando Plaza-ITM de Medellín (2017). Fue ganador del concurso de cuento del Ministerio de Cultura para talleres de escritura creativa del año 2014 con el relato “El Todopoderoso”, publicado en la antología correspondiente.

## LUIS CARLOS VÉLEZ BARRIOS

Taller de Lectura y Escritura Creativa Café y Letras, RELATA Quindío · Armenia

Armenia, Quindío. Pensionado de Bancafé. Estudió Tecnología de Sistemas y Música en el Instituto de Bellas Artes de la Universidad del Quindío. Es autor y compositor. Algunos de sus temas figuran en el *Cancionero mayor del Quindío*. Participó en el Taller Literario Carmelina Soto. Finalista en el Primer Concurso Departamental de Cuento Innovador (2002). Ocupó el segundo lugar en el Tercer Concurso de Cuento y Narración Oral “Historias en Yo Mayor”. Es miembro de las tertulias de Comfenalco y La Estación, y del taller de lectura y escritura del Museo Quimbaya de Armenia. En los libros *La región contada* (2018), *Para antes del olvido* (2015) y *Crónicas. Oficios perdidos del Quindío* (2014) aparecen textos de su autoría. Cronista habitual de *El Quindiano*.

## MAGALY PACHECO MARIMÓN

Taller de Escritores Urabá Escribe · Apartadó

Socióloga de la Universidad Autónoma Latinoamericana (UNAUCLA), magíster en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia y máster en Ciencias de la Educación de Paris XII Val Marne. Integrante del colectivo “Las musas cantan”, apéndice femenino del Taller de Escritores Urabá Escribe.

Coautora del proyecto ganador de la segunda convocatoria de estímulos al talento creativo 2013 del Instituto de Cultura y patrimonio de Antioquia-Gobernación de Antioquia, área literatura. Coautora del proyecto ganador de la Convocatoria 2016 en el área de literatura, modalidad poesía del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia. Actualmente se desempeña como docente de tiempo completo de la Corporación Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO). Catedrática de las universidades de Antioquia y del Politécnico Jaime Isaza Cadavid de Urabá.

## MARGARITA MARÍA URIBE SILVA

Taller de Narrativa La Tinaja · Chía

Cúcuta, Norte de Santander, 1980. Participa en el Taller La Tinaja de Chía desde el primer semestre de 2017. En años anteriores asistió a talleres con los escritores Pablo Ramos y Juan Diego Incardona en Buenos Aires. Este cuento se presentó como propuesta del ciclo de terror y misterio, temática sugerida por el taller para el 2018. Economista y librera.

## MARÍA EUGENIA ALONSO DE APARICIO

Taller Écheme el Cuento · Valle

1952. El frío de una sabana cundiboyacense la envolvió al nacer. Conoció el Amor y ese amor la llevó a saborear el dulce del Valle y allí se quedó. “Mi hijo dice que soy pequeña de estatura pero grande de corazón, mientras que mis hijas insisten que soy loquita y medio bruja. Grande en espíritu y grande en peleas justas, loca por aprender y bruja para crear. Humilde a veces, intensa casi siempre y como dice mi amor: “antes de ella no queda sino el resuello”. Publicaciones: “Una ofrenda para el padrecito” (en *Relatos del sur*. Cuentos y poemas de los talleres de escritura de Relata Nodo Sur); “Las tres guerras” (en *Antología RELATA 2016*) y “El lunar de Dubier” (en *Antología diez años de Écheme el Cuento*).

## MARÍA ELENA GIRALDO SÁNCHEZ

Taller Letratinta · Itagüí

Poeta y compositora. Recibió título profesional en arte y diseño, área en la que ha ganado diversos concursos. Participante activa del taller Letratinta. Autora del libro de memorias *Mi padre me quitó la inocencia* (2015). Participó en el taller de poesía de la Escuela Internacional de Poesía PROMETEO Medellín (2018) y en la lectura de poemas del cierre de este evento, en el marco del 28 Festival Internacional de Poesía de Medellín (2018). Actualmente prepara un libro de poesía. Poemas suyos aparecen en las antologías *Poesía internacional por la paz y Tiempo escarlata* (México).

## MARINO AGUDELO HOYOS

Taller Palabra Mayor · Cali

La Mina, Tuluá, Valle del Cauca, 1954. Es el quinto de doce hermanos. Su infancia la vivió en Tuluá y Cartago, en donde estudió parte de su bachillerato en el Colegio Nacional Académico. Actualmente vive en Cali disfrutando de su jubilación después de trabajar más de treinta años en la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca como técnico operativo y administrativo. Desde su infancia ha sido un apasionado por la lectura de autores como Federico García Lorca, Pablo Neruda, Constantino Kavafis, Oscar Wilde, Marguerite Yourcenar y Franz Kafka.

Tuvo la fortuna de hacer parte de la convocatoria 2018 de la Caja de Compensación Familiar, COMFANDI, para mayores de cincuenta años, para el taller de escritura creativa Palabra Mayor, conducido por el profesor Alberto Rodríguez.

## NATALIA GARCÍA MORA

Taller virtual

Ecóloga graduada con honores de la Pontificia Universidad Javeriana, magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Diplomada en Escritura Creativa y en Estética de la Corrección de la Universidad Javeriana. Cursó un taller de crónica organizado por la Alcaldía Mayor de Bogotá. Correctora de estilo de textos académicos de ciencias naturales y ciencias sociales. Ha sido autora de contenidos académicos y literarios en publicaciones impresas y virtuales, columnista de temas ambientales en la *Revista Javeriana* y docente universitaria en temas ambientales y de investigación. Algunas de sus publicaciones son: “Desamparo nocturno” (en *Inspiraciones Nocturnas III. Diversidad Literaria*, Madrid, España, 2017); “La economía social en España, Iberoamérica y países del Magreb” (en *La economía social y la cooperación al desarrollo. Una perspectiva Internacional*. Valencia, España, 2012); “La Piña” (en *Memorias del agua, Antología de Crónicas*, Bogotá, 2011) y “Manejo y conservación de las tortugas *Podocnemis expansa*, *Podocnemis unifilis* y *Podocnemis sextuberculata* en las playas de Puerto Nariño-Amazonas (en *Fauna acuática amenazada en la Amazonía colombiana*, Bogotá, 2008).

## ÓMAR ROBERTO QUINCHE GARCÍA

Taller Manuel María Aya Díaz · Fusagasugá

Chiquinquirá, Boyacá, 1958. Vive en Silvania desde hace doce años. Mecánico industrial de profesión, se confiesa apasionado por la lectura, motivo por el cual se inscribió en el taller Manuel María Aya Díaz de Fusagasugá.

## ÓSCAR FERMÍN RAMÍREZ SÁNCHEZ

Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila · Neiva

Neiva, Huila, 1990. Licenciado en Humanidades con énfasis en Lengua Castellana de la Universidad Surcolombiana de Neiva. Docente del área de lenguaje y de niños en condición de discapacidad de la Secretaría de Educación del Huila. Formador en talleres

de escritura creativa y lectura. Hace parte del Taller José Eustasio Rivera, RELATA Huila, desde hace dos años; finalista en el concurso de minicuento Rodrigo Díaz Castañeda en el 2016 (Palermo, Huila) y segundo puesto en el concurso departamental de literatura del Huila modalidad “Humberto Tafur Charry”.

## OSWALDO OBANDO ANDRADE

Taller José Pabón Cajiao · Samaniego

Samaniego, Nariño, 1955. Ha vivido gran parte de su vida en su pueblo natal. Desde sus comienzos pertenece al taller de escritura creativa José Pabón Cajiao. Comerciante de profesión; en las conversaciones con sus clientes nacen las historias que narra. Ha publicado en *la Antología RELATA 2011* y en las diferentes antologías del taller.

## ROSALBA PLAZA P.

Taller Biblioteca de la Universidad Santiago de Cali (USC) · Cali

Cali, Valle del Cauca, 1952. Licenciada en Literatura de la Universidad del Valle. Ha ejercido como docente en los sectores privado y público desde hace más de veinte años; en la actualidad, labora en la Institución Educativa de Santa Librada. Asiste al taller de la Biblioteca de la Universidad Santiago de Cali, que dirige Harold Kremer. Como resultado de los ejercicios realizados en este taller ha escrito varios cuentos, con el resultado, para este año, de participar por elección y concurso de los asistentes al taller en la selección Relata, a nivel nacional, con uno de ellos.

Ha publicado *Yo, María Teresa* (Ministerio de Cultura, Gobernación del Valle, Premio Jorge Isaacs de Novela 2014). Cuentos suyos han aparecido en la antología *Y ellas echaron el cuento* (2011) en la revista *Ekuóreo* (2011) y en la revista *La Verdolaga* (Canadá, 2008).

## ROSS ALIED SILVA VILLAMIL

Taller Permanente de Escritores Guaviarí · San José del Guaviare

Bucaramanga, Santander, en 1961. Residenciada en San José del Guaviare; integrante fundadora del Taller Permanente de Escritores Guaviarí. Gestora cultural, licenciada en Psicología Educativa y Filosofía de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Adelantó estudios de posgrado en Administración, Pedagogía y Modelo de Enseñanza Problemática en las Universidades de La Sabana, INCCA y El Bosque, respectivamente. Ejerció la pedagogía y la administración educativa como docente y directivo docente en la Institución Educativa Centro de Desarrollo Rural de San José del Guaviare por más de veinticinco años. Ha publicado: “La Escuela un refugio para la vida” (obra colectiva, 2005); “El príncipe de las aves” (en Raudal de cuentos, 2006); “La nona” (en Llegué para quedarme, 2010); “Iguanina” (en Punto de encuentro, 2013); “Laica” (en Nosotros también contamos, 2014) y “La boda” (en Testigos y protagonistas - Relatos de Región, 2016). Gina, Juli, Ana María y Pedro, hijas e hijo motivación constante.



## SAMUEL POSADA HERAS

Taller Maskeletras · Barranquilla

1999. Estudiante de sexto semestre de Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad del Atlántico. Colabora en el comité editorial de *LUA* revista cultural, y a su vez desarrolla un proyecto de investigación sobre la función de los recursos literarios presentes en la canción popular vallenata.

Es aficionado a la poesía española contemporánea, en especial a la del nobel de literatura Juan Ramón Jiménez, el cual se relaciona en sus poemas, con el uso de la eternidad como elemento recurrente.

## SANTIAGO JAVIER REODAROD

Taller Páginas de Agua · Sincelejo

San Marcos, Sucre, 1990. Ha vivido la mayor parte de su vida en Sincelejo. Contador público de titulación, no de profesión; practicante de escritor y poeta anónimo de todo mundo que no sea él.

## SERGIO ANDRÉS FORERO MACHADO

RELATA-Liberatura · Ibagué

Ibagué, Tolima, 1995. Comunicador social y periodista de la Universidad de Ibagué. Asistente al taller RELATA-Liberatura desde 2017. Se desempeña como Joven Investigador de la Universidad de Ibagué.

## VERÓNICA VICTORIA VENEGAS VERGARA

Taller Rayuela · Pamplona

Barrancabermeja, Santander, 1976. Licenciada en Lengua Castellana y Comunicación de la Universidad de Pamplona. Promotora de lectura y creadora de la Biblioteca Escolar Pedro Cuadro Herrera en un colegio de Cúcuta. Tiene cuatro hijos con los que comparte el gusto por la lectura. Perteneció al Taller Rayuela desde el año 2011, donde se ha destacado en la escritura de poesía. Ha participado en diversos escenarios literarios en Cúcuta y Pamplona.

## YENNY CASTAÑEDA RAMÍREZ

Taller Distrital de Cuento · Bogotá

Manta, Cundinamarca, 1979. Trabajadora social de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca, especialista en Gerencia Social de la Escuela Superior de Administración Pública y magíster en Trabajo Social con énfasis en familia y redes sociales de la Universidad Nacional de Colombia. Trabaja actualmente en la Procuraduría General de la Nación. Vive en La Calera, Cundinamarca.

## YERITZA VIANA MORENO

Taller La Voz Propia · Pelaya

Barranquilla, Atlántico, 2000. Su madre y padre es la docente Smirnova Viana Moreno. Vive en Pelaya, Cesar. Le gusta leer, escribir, escuchar música, comer, dormir, cocinar, colorear, pasar tiempo con su familia y amigos, observar la naturaleza; le encanta la playa. Le gusta escribir porque es una forma de expresarse y mostrarle al mundo las diferentes ópticas con que se puede mirar lo creado. Aspira entrar a la universidad, estudiar idiomas y especializarse en traducción simultánea; desea además estudiar gastronomía, pues le encantaría convertirse en chef internacional.

## YESID ALBERTO CUERO

Taller Ítaca · Zarzal

Zarzal, Valle del Cauca, 1991. Estudiante de décimo semestre de Ingeniería Industrial en la Universidad del Valle, sede Zarzal. Escribe desde los doce años gracias a su madre Eunice Caicedo, que le enseñó el amor por la escritura y los libros. En la actualidad es miembro activo del Taller de Escritura Creativa Ítaca, adscrito al Ministerio de Cultura.

## YURANY MEJÍA PÉREZ

Taller Tríade literario · Itagüí

Itagüí, Antioquia, 1996. Estudió Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Humanidades y Lengua Castellana en la Institución Universitaria Tecnológica de Antioquia. Participa en el Taller Literario Tríade desde el año 2016. Allí escribió el texto “Inercia” entre 2017 y 2018.



